



*Un asesinato sin resolver
y la ira de la familia más
poderosa del mundo.*



La conspiración
MÉDICI

**BARBARA
FRALE**

Lectulandia

Florenxia, domingo 26 de abril de 1478. Durante una misa solemne celebrada por el cardenal Riario, una multitud de sombras se abalararon sobre Lorenzo de Medici y su hermano Giuliano. El Magnífico sobrevivió de milagro, pero Giuliano fue apuñalado tan salvajemente que no hubo forma de salvarlo. Ahora Lorenzo teñirá de sangre las calles de la ciudad, la cuna del Renacimiento...

El dolor y el remordimiento se han instalado en el corazón del otrora llamado gran mecenas de las artes, hoy un tirano. Su soberbia y el despotismo con el que ha gobernado la República congregaron en torno a él un círculo de odio del que su hermano no pudo escapar. Pero algo no tiene sentido: ¿por qué Giuliano y no él? ¿Qué lograrían sus enemigos con esa muerte, si su papel dentro de la política fue secundario, siempre a la sombra de Lorenzo? ¿Hay algo más detrás de esta sangrienta conspiración? ¿Un amor prohibido? La terrible obsesión de Giuliano por la hermosa Simonetta Vespucci, «la diosa que había dejado a toda Florenxia en lágrimas» con su prematura muerte y que Botticelli inmortalizó en sus más célebres lienzos, podría encerrar la respuesta.

Barbara Frale

La conspiración Médici

ePub r1.0

Titivillus 01.12.2021

Título original: *Conspirazione Medici*
Barbara Frale, 2019
Traducción: Alejandro A. Fonseca Acosta

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Prólogo

Primera parte. Presagio

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Segunda parte. Sortilegio

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Tercera parte. Venganza

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Epílogo

Nota histórica

Sobre la autora

Prólogo

FLORENCIA
20 DE JUNIO DE 1478

De pronto, la multitud de sombras se le vino encima. Malvadas e implacables, se abalanzaron sobre él y lo arrollaron, lo aplastaron, lo ahogaron.

«¡Ayuda! Me matan...».

Pero el grito se ahogó en su garganta. Nadie pudo oír su desesperada súplica.

—¡Hijo!

Lorenzo se sobresaltó y se volvió bruscamente hacia donde provenía la voz. Vio el hábito claro de un fraile erguido de pie junto a él. El religioso lo miraba con auténtica inquietud. Le puso una mano en el hombro para calmarlo.

—Debes de haberte quedado dormido, Lorenzo. Estabas soñando. Gritabas algo.

—Estaba rezando, pero de repente me he deslizado en una pesadilla. Debe de ser por todas estas estatuas que me rodean. Son tan inquietantes... ¡Me asustan!

Contempló afligido a toda esa multitud de seres sin alma que lo circundaban, con los cuerpos rígidos y los ojos inexpresivos, con las vestimentas arrugadas y desgarradas por el filo de la daga. Todos iguales, todos en la misma angustiante postura, hombres de pie apoyados en las piernas, pero privados de aliento.

Los ciudadanos de Florencia habían querido agradecer a Dios que salvara la vida de Lorenzo el día que los conspiradores, decididos a aniquilar a los Médici, pintaron de sangre las antiguas baldosas del Duomo; pero, en lugar de encender suntuosos cirios como ofrenda a la Virgen, vaciaron sus propias bolsas para financiar todas esas estatuas de tamaño natural, que reproducían con un realismo asombroso las facciones del hombre que había sobrevivido gracias al milagro.

Su gran semejanza con el verdadero les confería un aspecto macabro: la diáfana nitidez de la cera creaba una perversa ilusión de realidad y evocaba la palidez de un rostro exangüe. Y la impresión de un cuerpo sin vida era mil veces más intensa en la obra del mejor aprendiz del maestro Andrea Verrocchio, es decir, el joven Leonardo, hijo de don Piero da Vinci: en un arrebato de entusiasmo, o tal vez de descaro, el aprendiz osó pedir que Lorenzo donara a la estatua la ropa que había usado aquel fatídico día, impregnada de su propia sangre, que ahora se había convertido en una horrible costra negra.

El fraile se acercó más. Parecía furioso con Lorenzo, su mirada albergaba una difícil lucha entre la ira, el resentimiento y el arrepentimiento. Pero, más fuerte que cualquier otro sentimiento, había en él un afecto fraternal teñido de una profunda tristeza. ¿Lo conocía? Probablemente sí, pero su cara se confundía entre la multitud de nombres y rostros con los que se cruzaba tantas veces en el convento de San Marcos.

—Veo que apartas la vista de esa representación, Lorenzo. Sin embargo, es tu retrato. ¿Acaso tienes miedo de ti mismo? ¿O tal vez le temes a tu mala conciencia?

El heredero de los Médici se alteró aún más de lo que lo había estado hasta entonces. La voz del religioso se había vuelto más baja y dulce, pero también amenazante, incluso acusadora. Extenuado por tantos días sin tregua y noches sin descanso, Lorenzo pensó que tal vez no era un verdadero fraile, un hombre de carne y hueso, sino el demonio disfrazado de humano que había venido a atormentarlo en ese momento de dolor, a echarle en cara todas sus culpas una por una.

Porque sí, *mea culpa!* Lorenzo de Médici había cometido errores. Errores de cálculo con el dinero y las personas; cálculos mal ejecutados fruto de la arrogancia, la ligereza, el orgullo o una ambición desmesurada. Cargaba una inmensa responsabilidad sobre sus espaldas, y ahora la vida le pasaba factura.

Se había convertido en un hombre incapaz de sentir compasión, un déspota que daba rienda suelta a su rabia a través de un torbellino de eficaces represalias para esparcir el terror por las calles de Florencia: juicios sumarios; ahorcamientos en la Piazza della Signoria; emboscadas; venganzas a puerta cerrada contra aquellos que tenían su parte de pecados que expiar, pero que no podían caer en manos de los Médici sin que el pueblo se sublevara contra Lorenzo y toda su familia.

Ahora lo llamaban «tirano»; apenas unas semanas antes era el gran mecenas de las artes, el heraldo de la Signoria. El ciudadano honorífico. El

orgullo de Florencia.

Se arrepentía de su ingenuidad, de cómo había mantenido los ojos obstinadamente cerrados ante las señales de advertencia que tanto la vida como sus amigos le enviaron. Y, sobre todo, se arrepentía de haber sucumbido a la más diabólica de las tentaciones: la seducción del poder.

Dirigió la resuelta mirada hacia ese punto de la nave donde se había perpetrado el atroz crimen. Lorenzo vio de nuevo a Giuliano sentado a poca distancia de él, en el extremo opuesto del coro. Así debía ser: los dos hermanos Médici lideraban el coro del Duomo, sólidos y firmes como dos imponentes torres en las esquinas de un tablero de ajedrez. ¿Quién no habría entendido de inmediato el verdadero peso de la familia en la ciudad con solo notar qué asiento les estaba reservado en la catedral?

El joven cardenal Raffaele Riario celebra misa en el altar mayor. Su apariencia es ridícula, ataviado con sotanas suntuosas, él que en el umbral de los diecisiete años se deja ya con orgullo su primera barba, convencido de que le confiere autoridad y un aire más maduro. El niño cardenal alza la hostia, se encuentra de espaldas y no ve nada de lo que sucede detrás de él en ese instante. Todos se arrodillan, pues es el momento más solemne del rito, y justo entonces, como un demonio que ha escapado por las puertas del infierno, Francesco de Pazzi ataca a Giuliano y lo apuñala salvajemente. Una, dos, tres veces. Es tanto el odio que acumula que, en su furia de atravesar al otro sin darle escapatoria, se hiere incluso a sí mismo y pierde sangre de una pierna. Lleva algo de tiempo que los demás, atónitos, se den cuenta de lo sucedido. Y luego un cataclismo de gritos salvajes resuena en todas las direcciones. Las bóvedas profundas amplifican esos gritos, así como los pasos furiosos de miles de pies y el estrépito de armas desenfundadas que chocan con fiereza.

Lorenzo recuerda solo algunas imágenes de la tragedia. El destello de una hoja metálica que le roza el rostro, un dolor insoportable en el cuello; se lleva la mano a la garganta y la ve empapada de sangre. Diez compañeros están junto a él, lo arrastran lejos del peligro mientras él llama a gritos a los suyos. Rápidamente lo empujan a la sacristía, forman un escudo humano a su alrededor, Poliziano les cierra la pesada puerta a los atacantes en la cara. Pero un momento antes de que esa puerta lo ponga a salvo, Lorenzo alcanza a ver a su amigo Nori desplomarse al tratar de servirle de escudo con su propio cuerpo; expira casi de inmediato, con el estómago perforado por las dagas. Ve a Giuliano tendido en un charco de sangre. Giuliano, lejos de él, perdido, exánime, abandonado por todos, incluso por Dios.

Y después del día de la sangre, llegaron los del furor. Con ira ciega, Lorenzo se vengó de sus enemigos de modo ejemplar, ordenó funerales públicos para su hermano y obligó a la Signoria a considerar su muerte un crimen contra el Estado. También esas imágenes estaban impresas en su memoria con letras de fuego: el obispo Salviati, ¡maldito Salviati!, cuelga de una ventana del Palazzo della Signoria; todavía lleva puestas sus vestiduras sagradas. Sus ojos, desorbitados, parecen preguntarse con incredulidad en qué pudo haberse equivocado.

Y Francesco de Pazzi, Salviati y el resto de los sucios ladrones que se aliaron para llevar a cabo la masacre, todos se convirtieron en alimento de cuervos y buitres, expuestos en la calle para escarnio público. Ese fue el último día de primavera, una primavera que tiñó horriblemente de sangre la ciudad de Florencia.

—Tus enemigos han caído uno tras otro —dijo el fraile—. ¿Te sientes satisfecho con la venganza?

—No todos están muertos. Faltan los más infames.

—Supongo que te refieres a Bandini y Girolamo Riario, el sobrino favorito de Su Santidad. ¿Por qué te odia?

—Está corroído por la ambición. Le gustaría gobernar toda Italia y cree que soy un obstáculo. Además, me considera culpable de la muerte de su hermano. Ludovico Riario y yo éramos amigos. Lo asesinaron para perjudicarme y Girolamo quiere lavar la ofensa con mi sangre.

—No renunciarás a la venganza, ¿verdad, Lorenzo?

—¡Nunca! No encontraré paz hasta que haya puesto a todos los asesinos de mi hermano bajo tierra.

—¿No tienes temor de la ira de Dios?

Lorenzo no respondió. El atrevimiento del fraile lo irritaba; miró hacia otro lado.

—¿Está aquí para sermonearme, reverendo padre? —preguntó con tono áspero.

—Hoy no, Lorenzo. Sígueme, vamos fuera. Es urgente que veas algo.

En la tierra calcinada por la canícula estival, entre los tallos secos inclinados por el viento, algo se movía. Lorenzo avanzaba cauto entre la maleza, siguiendo el hábito del fraile. El lugar era realmente inhóspito, había que esquivar las zarzas y cuidar dónde se ponían los pies, rezando a Dios para no

toparse con víboras u otras alimañas ponzoñosas escondidas entre esas malas hierbas.

El rumor del Arno detrás de ellos parecía atenuado. Lo ahogaba un zumbido constante e inquietante que se intensificaba a cada paso. Lorenzo se detuvo aterrorizado: ahora entendía qué era ese ruido.

Eran gusanos, miles. Larvas de moscas carnívoras que se arrastraban por el suelo en una procesión larga y disciplinada, lejos ya de los fluidos humanos, diluidos por la muerte, con los que se habían alimentado. Entre los arbustos de enebros y laureles descansaba un cuerpo que no era más que un inmenso banquete repleto de insectos que pululaban por todas partes debajo de la piel. Era un hervidero; brotaban de la boca, de las cuencas vacías y del resto de los orificios de aquel cuerpo irreconocible, antes de arrastrarse en una dirección precisa, la misma para todos. Era imposible identificar quién era en esas condiciones, incluso si era hombre o mujer, joven o viejo.

Lorenzo se llevó las manos a la boca para reprimir las náuseas. Sintió una endemoniada urgencia de vomitar, y ahogarse con su propio vómito podía ser un fin lo bastante humillante como para expiar sus culpas, pero no había comido en días y tenía el estómago cerrado por la tensión y los nervios. Al final, su cuerpo se rebeló contra esa visión atroz. Tras unos instantes espasmódicos, sintió la garganta corroída por los jugos gástricos.

—¿Quién era?

—Alguien como tú, tan soberbio que creyó que el hombre es el artífice de su propio destino. Pero no halló más que desgracia. Ni siquiera tuvo el consuelo de descansar en una tumba.

—¡¿Quién era?! —rugió Lorenzo, colérico.

—El primero al que diste muerte: Jacopo de Pazzi.

Atónito, Lorenzo clavó los ojos desorbitados en ese horrible amasijo de carne en descomposición y larvas hormigueantes.

—Es el jefe de la familia que quería destruirnos... ¿Por qué está su cuerpo aquí? ¡Lo enterraron, a pesar de que no lo merecía!

—Un grupo de sinvergüenzas decidió hacerle un segundo funeral —le contó el fraile con amarga ironía—. Lo desenterraron en secreto y lo trajeron aquí, a orillas del Arno. Tienen la intención de cortarlo en pedazos y tirarlo al río como si fueran los restos de un puerco.

—¡Es horrible!

—Y también muy sospechoso. ¿Cómo es que los muchachos no sienten pavor frente a un cuerpo tan descompuesto? Alguien ha corrido el chisme de

que tú estás detrás de esta infamia, de que pagaste bien a esas pequeñas sabandijas.

—¡Eso no es verdad!

—Entonces lo hacen porque esperan una recompensa. Por ahora he logrado ahuyentar a esos malintencionados, les dije que Dios los maldeciría vertiendo sobre ellos un mar de desgracias. Pero volverán, lo sé. La chusma tiene hambre de dinero y sed de violencia.

—Vámonos. ¡No me importa lo que hagan con este maldito cadáver!

Dicho esto, Lorenzo desanduvo los pasos por el sendero entre zarzas y matorrales. Cuando se encontraban tan lejos del cadáver que su hedor ya no viciaba el ambiente, escucharon un alboroto de voces febriles y pasos agitados de numerosos pies que retumbaban hacia las orillas del Arno.

—¡Ahí están, han vuelto!

—¡Agáchese, reverendo! Que no lo vean o será peor para usted.

El religioso apartó con furia la mano de Lorenzo, que lo tenía sujeto por el hábito, repugnado con la idea de que aquella horda destrozara el cadáver de un hombre. Franqueó el seto de enebros que los ocultaba y salió al descubierto frente al grupo de alborotadores, que se apiñaban alrededor del cuerpo. Lo rodearon nerviosos, arrebatados, como hormigas feroces que no se atreven a machacar con sus tenazas a un escorpión agónico, aún medio vivo.

El horror de esa carne ennegrecida y podrida, convertida en un banquete para gusanos, paralizaba a los niños presentes. Había pocos, apenas una decena, y contemplaban la horrible escena con ojos aterrorizados e incrédulos, como corderos llevados al matadero. Los otros ya tenían barba, y los lideraban tres individuos siniestros que Lorenzo no tuvo problemas en reconocer: hombres leales a la casa Pazzi o Salviati, todos probablemente involucrados en la conspiración de una forma u otra. Había razones para pensar que habían organizado esta vil venganza póstuma porque ahora ya no tenían que temer las represalias del muerto. Pero la de los Médici sí, ¡y sería despiadada!

Vieron al fraile acercarse con expresión severa.

—¡Vuelvan a la ciudad, en nombre de Dios! Desmembrar un cadáver es un sacrilegio, y no serán perdonados. Aunque pecador, ¡este hombre era cristiano!

—Vete, fraile —lo amenazaron—. No tenemos nada contra ti y no queremos lastimarte.

—¡Abandonen sus perversas intenciones! ¡Y pidan perdón al Señor! —bramó.

Tal desesperada insistencia irritó al líder de la pandilla, que agarró al religioso por el cuello del hábito y lo arrojó tres pasos hacia atrás. Los otros dos se rieron de él y comenzaron a empujarlo pasándoselo entre ellos como si fuera un muñeco de trapo. Lo hicieron retroceder brutalmente por el camino para que ya no pudiera molestarlos con sus palabras. ¡No habían llegado tan lejos solo para escuchar sermones!

El religioso soportó sus ataques con total entereza, retrocedió sin bajar la mirada, pero dio un mal paso y terminó en el suelo. Debió de estrellarse contra una piedra al caer, porque, cuando intentó levantarse, se llevó mecánicamente la mano a la nariz, que le dolía una barbaridad. Tal vez se la había roto, porque a Lorenzo, agazapado entre las zarzas, le pareció que su cara era como una máscara de sangre.

Mientras tanto, los delincuentes arrojaban baldes de agua sobre el cuerpo devorado por gusanos para darle una limpieza rápida. Un hombre de mirada torva y cuerpo de luchador avanzó hacia el cadáver. Hasta entonces había mantenido su distancia, observando toda la escena con ojos gélidos, pero ahora tenía que hacer su parte. Blandía un cuchillo de carnicero, y con él desprendió el cráneo descarnado de un solo golpe. Sus movimientos eran firmes, precisos. Parecía tranquilo, sin titubeos, como cualquier artesano en plena labor; esto indicaba que con toda probabilidad era verdugo de oficio. Le pasaron una pala, con la que levantó en el aire el horripilante trofeo; la blancura del hueso craneal que estaba al descubierto en varios puntos era una admonición espantosa de la mezquindad humana. Lo arrojó al río sin dudar.

Tiró la pala sobre la hierba y, otra vez trabajando con el cuchillo, se afanó en desmembrar las extremidades una por una. También estas terminaron en el río. Cuando corrió la misma suerte hasta el último de los pedazos, el jefe le dio una patada al más grande de los jovenzuelos.

—¡Canta! —ordenó.

El pobre muchacho tragó saliva, luego miró a los demás en busca de solidaridad y ayuda. Pero todos eran más pequeños y estaban más asustados que él. Hizo acopio de valor, inspiró y un débil sonido salió de su garganta.

—«Mira, don Jacopo...».

—¡Más fuerte!

El niño asintió, mientras que a los otros los pusieron en fila de a uno y los espolearon para correr siguiendo el curso del río, que fluía llevando su macabra carga sanguinolenta.

—«¡Mira! ¡Don Jacopo baja por el Arno!».

Ahora la despiadada procesión corría por la orilla cantando esa canción burlona a coro, y, gritando esas palabras, entraron por la puerta que daba al espacio urbano.

Lorenzo se acercó al fraile y lo ayudó a levantarse.

—Pobre de su nariz... Debe de estar rota.

El religioso tenía expresión de sufrimiento, pero se podía pensar que era más por el dolor de no haber sido capaz de impedir la decadente escena blasfema, de la que había sido un espectador impotente, que por la nariz. Lorenzo le ofreció un pañuelo limpio para quitarse la sangre de la cara.

—Venga, reverendo. Volvamos a la ciudad.

El fraile no se movió. Observó fijamente a Lorenzo con una mirada oprimida por una urgencia secreta que, sin embargo, le resultaba difícil comunicar.

—No te he traído aquí solo para mostrarte ese cuerpo —murmuró finalmente—. Hay cosas que tengo que decirte. Y quería hacerlo en un lugar seguro, donde no corramos el riesgo de que nos espíen.

Vio que, no lejos de los dos, pero al menos a cien pasos de la puerta trasera custodiada por gendarmes, bajo la confortable sombra de un roble centenario, había una gran fuente de piedra donde los viajeros abrevaban sus caballos. Le pidió que lo siguiera hasta allí, que se sentara en el borde junto a él. Ese lugar contaba con la privacidad adecuada para hablar confidencialmente sobre cosas secretas. A su alrededor se oía solo el chirrido de las cigarras aturcidas por el sol ardiente, millones de ellas.

—El primero en caer ese funesto día fue Giuliano —murmuró el fraile con el sagrado respeto debido a los muertos—. Los asesinos atacaron a tu hermano antes de ir por ti. ¿No te parece extraño, Lorenzo? Parece como si hubiera sido él el verdadero objetivo de la conspiración, no tú.

—También Giuliano tenía que morir —respondió con debilidad—. Y yo, y mi esposa Clarice..., toda la estirpe de los Médici habría sido borrada de la faz de la Tierra.

—Debes reflexionar sobre un hecho tan ilógico, Lorenzo. ¿Por qué Giuliano? ¿Por qué él primero?

—A mi alrededor había varios hombres armados. En cambio, Giuliano estaba solo, desarmado y sin sospechar nada.

—Eso es comprensible: nunca desempeñó labores en la Signoria. Su peso en el juego de la política siempre fue insignificante. Tú has dirigido a la familia desde la muerte de tu padre. Tú solo. ¿Por qué entonces tus enemigos habrían tenido que deshacerse de él? Solamente era un joven audaz y galante,

un poco presuntuoso tal vez... *Cui prodest?* ¿Quién podría sacar provecho de su muerte?

Lorenzo miraba la línea del horizonte a lo largo de las colinas distantes con la mirada vacía de un insensato.

—No lo sé, padre. No puedo imaginar ningún motivo razonable...

—¿Estás seguro?

Prefirió no responder esa pregunta. Ambición, avaricia, sed de poder... Cuanto más revisaba los acontecimientos de los últimos meses, más confundido se sentía Lorenzo acerca de los motivos de la conspiración que había truncado la joven vida de Giuliano y lo había obligado a él a vivir aislado dentro de una jaula protectora.

—No lo sé —repitió débilmente.

—Entonces, escúchame, Lorenzo. Te contaré algo que no sabes, así podrás entender. Y tal vez llegues a perdonarte algún día.

Primera parte

Presagio

La piedra de calcedonia tiene un color pálido [...].
Tiene el poder de ahuyentar los espejismos enviados
por el demonio, da el poder de vencer a cabalidad las
batallas contra los enemigos.

ARNOLDO EL SAJÓN,
El poder de las piedras, 12

I

El cielo sobre la laguna parecía haber tomado un color enfermizo. Una fina capa de nubes cubría el sol y daba a la luz un matiz macilento. Desde alguna parte, a lo lejos, amenazaba temporal, pero, por ahora, sobre los tejados de Venecia tan solo caía una densa capa de humedad.

Desde el magnífico jardín con vistas al Gran Canal, Giuliano de Médici observaba el agua estancada a sus pies y sentía una ligera inquietud por el olor a algas podridas y la lentitud de la corriente. Le hacía pensar en sangre espesa y densa deteriorándose en las venas de un cuerpo aún vivo. A sus espaldas, la hermosa residencia ducal celebraba con música, canto y libaciones solemnes la Navidad del año de gracia de 1477.

Unos pasos firmes sobre la grava lo hicieron darse la vuelta. Su excelencia Marco Correr, persona de confianza del dux y miembro destacado del patriciado de la Serenísima, se le acercaba con aire desenfadado. Alto, imponente, moreno como un moro, iba cubierto con una túnica de terciopelo azul de medianoche bastante sobria, en contraste con la opulencia de las sedas translúcidas y los brocados de oro tan en boga entre los nobles venecianos. Tenía la sonrisa despreocupada de quien busca un fácil acercamiento charlando de cualquier minucia.

—Giuliano de Médici, ¿es usted un joven incorregible! Se ha escapado sigilosamente del banquete que el dux ha ofrecido en su honor. A fe mía, creía que sería para llegar a un encuentro galante. Pero no, lo encuentro aquí solo, observando el canal, melancólico. ¿A qué se debe?

—Necesitaba un poco de aire fresco. Hace demasiado calor en el salón —respondió con vaguedad.

—¿De verdad? ¿No será más bien que está tratando de escapar de los tentáculos de aquellos que quieren manipularlo? El reverendísimo patriarca parecía ansioso por engancharlo. Querrá pedirle una entrevista privada, podría apostar por ello. A nombre del santo padre.

—Tal vez —dijo Giuliano evasivo.

—¿Sabe lo que se murmura por ahí? Que Sixto IV se muere de ganas de que usted se case con su sobrina Agostina, la hermana de Girolamo Riario.

Comentan también que su hermano Lorenzo no es contrario a ese proyecto en absoluto, porque lograría para Florencia una alianza con Génova y las otras ciudades de Cinque Terre. Pero usted, joven, no se ve muy entusiasmado. No tiene el rostro radiante de quien está a punto de contraer nupcias.

—¿Acaso debería? Nunca he visto a esa doncella en mi vida.

Eso no era falso, pero, a juzgar por el retrato que le habían enviado, Agostina Riario no poseía ninguno de los atractivos femeninos capaces de avivar los deseos de un hombre joven. Menuda, de nariz aguileña e incluso un poco jorobada. Sin embargo, ciertos agentes aduaneros que frecuentaban Liguria aseguraban que en realidad el pintor había sido magnánimo; la damisela en cuestión era más bien bajita, morena de piel y tenía además complexión de labradora. ¡Podría pasar por una campesina sarracena!

La cara de disgusto de Giuliano hizo innecesarios mayores detalles. Complacido con esa admisión tácita, Correr se percató de que era momento de llevar a cabo su maniobra.

—Me he dado cuenta de que mi hija Laudomia le tiene afecto. ¿Sabe que ella lo vio pasar por la calle y me insistió mucho en que encontrara el modo de invitarlo? Creo que ha perdido la cabeza por usted. Si está de acuerdo, puedo hablar con el dux al respecto. Todos sabemos que una alianza con Venecia puede resultar muy útil para la Signoria y su hermano Lorenzo. ¿Acaso no ha venido aquí para sondear el terreno? Mi hija le conviene, Giuliano. Siempre que el compromiso entre usted y la señorita Riario no sea ya un hecho, por supuesto... No, no lo es. ¿O estoy equivocado?

—Nada irrevocable, excelencia. En realidad, mi hermano no ve con buenos ojos un vínculo entre nosotros, los Médici, y Girolamo Riario. No deja de ser el sobrino del papa, es cierto, pero no goza de buena reputación.

Ante tales palabras, Marco Correr estalló en una gran carcajada.

—¿Buena reputación? ¡Por favor, pero si ese Girolamo Riario es uno de los peores sinvergüenzas que conozco! ¡Solo un cínico como Sixto IV podría tenerlo a su lado en la curia y presumir de él como si fuera el orgullo de la Santa Iglesia Romana!

Correr no exageraba. Ambicioso, arrogante, desvergonzado y ni siquiera muy inteligente, Riario tenía como única cualidad una apariencia atractiva que le conseguía el amor de las mujeres, ya fueran viudas, solteras o casadas; de ahí su gran fama de mujeriego, que ciertamente no beneficiaba a Su Santidad el papa, su tío. A pesar de todo, Sixto IV lo idolatraba y era incapaz de mantenerlo bajo control. Acosado por su sobrino, que quería subir de rango a toda costa, el pontífice le había comprado el título de conde a un alto

precio. Al no ser suficiente para satisfacer la avaricia del joven, Sixto IV se vio presionado a pedir para él la mano de doña Caterina Sforza, hija natural del duque de Milán, y hasta llegó a comprar la ciudad de Imola para que Girolamo pudiera convertirse en señor. Pero ni eso le bastaba. Nunca era suficiente.

—Piénselo, Giuliano. Y, sobre todo, haga entrar en razón a su hermano. Ustedes los Médici necesitan adquirir prestigio en este momento para consolidar su ascenso dentro de la Signoria, especialmente después de que Lorenzo tuviera la brillante idea de casarse con una mujer de la casa Orsini. Su familia ha alcanzado ya un rango principesco y, a estas alturas, ¿qué pasaría si ahora se emparentaran con una joven de oscuros orígenes? Antes de que Sixto IV se convirtiera en papa, Girolamo Riario vivía al día como escribano. No sería el mejor pariente, ¿verdad? Nosotros, los Correr, en cambio, pertenecemos al patriciado veneciano más antiguo e ilustre. Hemos tenido varios dux en la familia y muchas relaciones que pueden resultarles útiles. Y por último, algo que nunca está de más, poseemos una gran fortuna.

Los ojillos de Correr brillaban como el oro cuya fascinación evocaba. A Giuliano le pareció más prudente moderar su euforia: no quería arriesgarse a que Correr se creara falsas expectativas, y mucho menos que creyera que podía cantar victoria sin antes discutir la propuesta con Lorenzo.

—Tal vez nunca me case, excelencia. Después de todo, se supone que Lorenzo continúa con la estirpe. Y la vida de soltero no me desagrada en absoluto.

Algo decepcionado, Correr adoptó un semblante sarcástico y un poco malicioso.

—Pero ¡no me diga! Entonces los rumores son ciertos. Su hermano Lorenzo vuelve a la carga para encontrarle un lugar en la curia. Una posición muy prestigiosa, dicen. Tal vez hasta en el Sacro Colegio...

Los ojos de Giuliano se abrieron con sorpresa. La sonrisa aparentemente frívola de Correr hacía suponer que sabía más de lo que era prudente y oportuno.

—No es ningún secreto, hijo —indicó el veneciano anticipando cualquier pregunta.

Entonces le extendió la transcripción de una carta que monseñor Gentile Becchi, en otro tiempo tutor de Lorenzo, había escrito un mes antes. Era una carta confidencial, pero el dux de la Serenísima tenía fieles informantes en la curia romana que no le quitaban el ojo de encima a quienes fuera necesario para luego informar de cada detalle que pudiera considerarse de interés.

Giuliano agarró el papel con una mano furiosa y lo miró. Monseñor Becchi parecía apremiado por una urgencia sincera. Y su tono indicaba alarma.

Mi querido Lorenzo:

Ayer recibí de nuevo la visita del cardenal Ammannati, quien, como sabes, os tiene en alta estima a ti y a toda tu familia. En mi calidad de tutor, pero sobre todo por el afecto que te tengo, creo que debes prestar la máxima atención a este problema.

El eminentísimo padre volvió a preguntarme si aún eres de la opinión de que tu hermano Giuliano debe tomar los votos para que luego, a su debido tiempo, pueda recibir la sagrada púrpura. Él sabe que te interesa mucho llegar a ver un cardenal de la casa Médici en el Sacro Colegio, y fue en otro tiempo también un gran deseo que Cosimo no pudo cumplir. Ammannati no está en contra y, si sigues sus consejos, lo consultará con el papa.

El primer punto sobre el que debes reflexionar es que Giuliano es un joven que no está preparado en términos de doctrina. Es de costumbres muy libertinas, licencioso y despilfarrador. Convertirlo de inmediato en cardenal parecería poco conveniente; por ende, no tiene caso elevarlo enseguida a un honor tan alto. No tiene nada de sacerdote y ninguno de los cardenales se acostumbraría a verlo vestido de púrpura, sentado en el consistorio. Será necesario educarlo y pulirlo, y para ello tendrá que usar el roquete eclesiástico y deberá recibir órdenes menores. Un par de años como protonotario apostólico le enseñarán a hablar, pensar y comportarse adecuadamente en la curia romana. No es necesario que sea consagrado sacerdote; por el contrario, es apropiado que siga siendo clérigo, porque será más fácil, en el caso de que mueras a manos de tus enemigos, hacer que recupere su condición laical para que pueda reemplazarte y tome en sus manos el mando de la familia Médici.

Sé que mis palabras te lastimarán, pero este es el único medio que tengo para ayudarte. Todos los días, mientras camino, escucho serpientes despiadadas siseando en las sombras contra vosotros, los Médici. Me gustaría detenerlos, pero no puedo. Ni siquiera Ammannati, que se encuentra muy por encima de mí, puede hacer nada. En el Vaticano, la complicidad no es un delito, mientras que el silencio a menudo se considera un deber. De manera que te suplico que, por favor, no ignores mis advertencias.

Con gran estima y afecto,

Gentile Becchi

Giuliano arrugó la hoja en un arrebato de ira incontenible. ¡Al diablo con Lorenzo y sus complots!

Detestaba la idea de quedar sepultado en la curia, ya fuera por el bien de la patria, la gloria de la familia o la prosperidad del banco de los Médici. Quería vivir su vida, una que prometía ser espléndida y llena de alegrías mundanas. Acariciaba la posibilidad de casarse con una mujer noble de alguna poderosa ciudad italiana, y Venecia era una excelente opción, dada la nueva orientación que estaba tomando la política. También tenía mucho que ofrecer en lo que a mujeres respectaba: Falier, Foscari, Gradenigo, Barbaro,

Marcello, Vendramin... y decenas de otras familias patricias, todas muy ricas y con al menos una hija para casarla lo mejor posible. Por eso Giuliano había emprendido ese viaje en secreto acuerdo con el dux, después de meses de negociaciones realizadas personalmente con la discreción que lo distinguía. A Lorenzo, esa potencial unión no podría desagradarle, pues haría que las relaciones diplomáticas entre Florencia y la Serenísima fueran mucho más cordiales. Parecía atraído por la idea, por eso había autorizado el viaje de Giuliano y le había proporcionado una generosa cantidad de dinero para gastar y mantener alta la reputación de los Médici. Sin embargo, por debajo de la mesa, evidentemente, tejía su propia tela con un diseño muy diferente; se obstinaba en tener un cardenal Médici a cualquier coste, usando el destino de su único hermano como si no fuera más que una pieza de ajedrez.

—Hablaré con Lorenzo sobre su propuesta, excelencia —dijo con firmeza—. Si él está de acuerdo, su hija Laudomia será la mujer más admirada de Florencia. Y una esposa feliz.

Marco Correr rio de buena gana y luego le dio una calurosa palmada en el hombro.

—¡No le pide tanto su hermano, Giuliano! ¿También quiere convertirse en un santurrón como él? Dicen que después de la boda con esa noble romana pudo por fin sentar cabeza y que ahora es una persona muy recta. Parece estar tan obstinado con la fidelidad conyugal como lo estaba con su papel de seductor libertino cuando estaba soltero... Pero ¿será realmente cierto?

Giuliano puso la mejor sonrisa posible en tales circunstancias. No estaba claro, por la forma en que hablaba Correr, si consideraba la lealtad de Lorenzo como una espléndida virtud o como una debilidad que lo ridiculizaba.

—Es totalmente cierto, que yo sepa —respondió.

—¡Admirable! ¿Entonces es Clarice Orsini tan hermosa?

—La belleza solo tiene que ver en parte. Mi cuñada tiene una personalidad especial. Cuando pesca algo no lo suelta. No hay escapatoria.

—¡Qué retrato tan singular! Al oírle, uno se preguntaría si su cuñada es encantadora o más bien una bruja.

Giuliano se rio para sus adentros, como dictaba la decencia. Despreciaba las fanfarronerías, así como quienes tenían la pésima costumbre de alardear sobre asuntos privados o, peor aún, lavar en la plaza la ropa sucia de casa; pero, si hubiera tenido que describir a su cuñada, habría elegido justo esas dos palabras.

Al principio, sus inicios en el palacio Médici no habían sido fáciles para Clarice. Al llegar con sus numerosas cajas de fina ropa interior y cofres de joyas, como corresponde a la dote de una novia de la casa de los Orsini, se los confiscaron de inmediato porque los intendentes de los Médici tenían que examinar, cotizar y registrar cada objeto, hasta los broches con los que se cierran los vestidos. Además, doña Lucrezia tenía mucho poder en la casa y lo usaba de forma despótica; gestionaba cada aspecto de la vida familiar y tenía la perniciosa convicción de que era su derecho, e incluso un deber, dar órdenes a su nuera, quien no podía más que obedecer.

Clarice se sentía casi prisionera en esa casa rebosante de riqueza, tanto en mobiliario como en decoración, pero cuya ostentación servía únicamente para mantener el prestigio dinástico, un señuelo brillante para encandilar con gloriosos títulos a los embajadores e invitados de paso por esas salas. En la vida cotidiana, los Médici economizaban en todo, y la viuda de Piero di Cosimo a veces demostraba una avaricia de usurera que Clarice encontraba repugnante. Por ejemplo, comía carne de ternera solo si se la regalaba algún terrateniente de fincas que quisiera obtener algún favor político de su hijo; comprarla estaba fuera de toda discusión, ¡era demasiado cara! A Clarice le resultaba difícil creer que Piero hubiera muerto en verdad de gota. ¿Cómo pudo ser, si tenía al lado a esa especie de arpía que le racionaba la carne?

Lenta y hábilmente, Clarice fue encontrando la manera de hacerse valer, apoyándose en Giuliano y empujando a Lorenzo a confiar más en su hermano menor, quien, a pesar de su corta edad, tenía habilidades de agudeza y delicadeza política en abundancia.

Giuliano estaba agradecido una inmensidad por ello. Pensaba, por tanto, que era precisamente a ella, a Clarice, a quien podía pedirle ayuda para hacer que Lorenzo, de una vez por todas, olvidara la odiosa idea de sacrificar a su único hermano con tal de satisfacer las ambiciones curiales de la familia.

—Me casaré con su hija —afirmó convencido—. Tengo un aliado en la familia que puede hacer que Lorenzo entre en razón.

Ante esas palabras, Correr mostró una expresión de duda.

—Siempre y cuando ese aliado no sea su tío Tommaso Soderini —murmuró—. Es un hombre excepcional. ¿Cuántos pueden jactarse de haber sido elegidos cuatro veces para el cargo de gonfaloniero? Todos lo estiman. Es recibido con los brazos abiertos en cualquier corte de Italia. Aun así, su hermano lo redujo a un mero y silencioso observador. Dicen que Lorenzo le tenía envidia.

Giuliano tragó bilis. Por desgracia, Marco Correr no hablaba falto de razón. Estaba bien informado sobre los hechos florentinos y tenía el perverso don de saber cómo echar sal en la herida sin perder la elegancia.

Desde la muerte de Piero el Gotoso, Lorenzo, entonces poco más que un niño, se había convertido en el jefe de la familia Médici; obviamente también heredó el papel político que había sido de su padre hasta unos días antes. Consciente de la carga que a partir de entonces pesaba sobre sus hombros, puso manos a la obra para dar a las instituciones de Florencia la impronta de su voluntad y una dirección más conforme a las ambiciones de los Médici. Nada nuevo bajo el sol; sin embargo, lo había hecho saliéndose un poco de lo establecido, es decir, violando esa línea invisible trazada por Cosimo y Piero, ambos hombres cautelosos. Cosimo solía supervisar todas las decisiones y dirigía los resultados gracias a que contaba con un gran número de seguidores interesados en concederle todos sus deseos; pero, en todo caso, eran votantes formales con plena libertad de decisión, dueños de sí mismos y de su voto, independientes. Piero había seguido los pasos de su padre: ninguno de los dos actuó nunca violando las antiguas tradiciones republicanas.

—Tiene razón, Correr —dijo Giuliano admitiendo la estocada—. Le debemos todo a nuestro tío Tommaso. Lorenzo fue muy desagradecido con él.

El veneciano asintió con aire pensativo. Sabía bien que Soderini había sido un colaborador cercano de Cosimo y, después de su muerte, un fiel consejero de su hijo Piero. Nunca había mostrado señales de deslealtad hacia la familia Médici. En el momento decisivo que siguió a la repentina muerte de Piero, reunió con rapidez a los principales partidarios de los Médici, los convenció de que juraran lealtad y de que de inmediato brindaran su apoyo al joven heredero de tan solo veinte años. Muchos aceptaron sin siquiera conocer a Lorenzo, sin tener mayor certeza acerca de su temperamento ni de sus intenciones; confiaron en el buen juicio de Soderini, que serviría de garante y que, como era natural, se encargaría de guiar al muchacho que de forma prematura debía tomar las riendas del destino de la familia Médici y de la ciudad.

A ojos de todos, Soderini perpetuaba ese buen gobierno que antes garantizaba Cosimo, que usó la violencia y el exilio con gran moderación, solo cuando fue estrictamente necesario. Una vez muerto Piero, todo aquello se prolongaría en el futuro gracias a Lorenzo. Estaban convencidos de ello, pero por desgracia el joven se había dejado guiar dócilmente por la prudencia de su anciano tío solo por un breve tiempo, justo el suficiente para que votaran por él, para poner un pie en la Signoria y comprender cómo manejar

las riendas del poder. Pronto comenzó a dar señales de impaciencia, sin importarle que su comportamiento pudiera parecer arrogante e ingrato; comenzó por desafiar a Soderini y a disminuir de manera sistemática su autoridad y funciones, hasta que al final logró excluirlo de todo. Ayudándose de sus propias amistades, todos descendientes de las familias más prominentes, Lorenzo había logrado minar la alta estima con la que Soderini contaba entre la gente. Esparció pequeñas calumnias y chismes poco consistentes aquí y allá: un lento juego de aniquilación llevado a cabo con pocos escrúpulos y mucha astucia que terminó por cansar al anciano diplomático, quien, como hombre íntegro, prefirió retirarse voluntariamente. Eso disgustó a muchos de los ciudadanos influyentes.

—Su hermano se enorgullece de haber enderezado a Soderini..., por así decirlo. Ahora su antiguo tutor prefiere guardar silencio cuando habla su sobrino.

—Lorenzo es testarudo. Él siempre quiere hacer lo que desea —minimizó Giuliano.

—Y ¿lo ve apropiado? Usted es joven, Giuliano, pero tiene el juicio suficiente para entender que la política es un juego peligroso. Soderini los protegió a ambos, fungió como árbitro entre ustedes, los Médici, y las volubles grandes familias de Florencia. Al contener la bravuconería de su hermano, mantuvo a sus rivales a raya. Estaban a salvo de sorpresas desagradables bajo el manto protector de su prestigio. Y ahora, ¿qué pasará?

—¿Qué debería pasar?

—¡Solo Dios lo sabe, hijo! Llegan mercancías a las costas de la Serenísimas, al igual que muchos de sus conciudadanos que ya no encuentran tan saludable el aire de Florencia. Corren rumores de descontento. Parece que su hermano mantiene en el palacio Médici un cuerpo diplomático distinto al de la Signoria y mucho mejor informado.

—La información es esencial para los negocios. A menudo recibimos despachos de muchos agentes de nuestras filiales disgregadas por toda Europa.

—¿Solo despachos comerciales? —preguntó con ironía—. Me parece que su hermano recibe embajadores de varios Estados que le piden favores o su mediación. Él los satisface pródigamente, así puede tener conocimiento de hechos importantes y confidenciales incluso antes de que la Signoria reciba noticias oficiales. También dicen que, si algún asunto involucra de forma directa a Lorenzo de Médici, el Consejo de los Cien lo trata a puerta cerrada, en sesiones aparte. La mayoría de los priores deben abandonar la sala

mientras discuten, porque el voto estará en manos de unos pocos ciudadanos bien elegidos entre los amigos de su familia, o al menos entre aquellos con reputación de no ser hostiles hacia ustedes. Giuliano, debe saber una cosa y que le sirva de advertencia: ¡fuera de Florencia es difícil, o tal vez imposible, distinguir si un acto depende de las decisiones del gobierno o si lo dicta la voluntad de quienes viven en el palacio Médici!

Mientras hablaba, el tono de Correr se había vuelto de pronto vibrante y desesperado, perdiendo toda su alegría inicial. El veneciano parecía en extremo interesado en asegurar una alianza matrimonial con los Médici y, a juzgar por su expresión, temía que el proyecto estuviera en grave peligro.

—Mi hermano Lorenzo cree que el amor y el miedo no se llevan bien. Y, si uno tiene que elegir entre los dos, cree que el miedo es más útil. Juzga mejor ser temido que amado. Tal vez para los venecianos es difícil de entender, pero Florencia es una ciudad extraña, donde no se puede mantener la riqueza sin estar en el centro de las cuestiones políticas. Controlar la Signoria es fundamental y al mismo tiempo agotador, pero el juego vale la pena. Se tiene que pagar un precio por ello.

La mirada de Marco Correr se oscureció.

—Todo tiene un precio en este mundo, lo sé. Pero ustedes, los Médici, deberían hacer bien las cuentas. ¿Qué pasará si la imprudencia de Lorenzo les cuesta su futuro?

Sentada de rodillas en la cama, una hermosa mujer de tez oscura contemplaba al joven que yacía a su lado, desnudo y desarmado. Lo observaba anonadada, preguntándose qué podría hacer para ayudarlo. Giuliano sentía que lo oprimía una sensación letárgica que no podía sacudirse; incluso la pena que había albergado durante días le parecía ahora indistinta, como cuando se intenta vislumbrar el perfil de un objeto a través de una gruesa cortina de agua.

—Lo siento —declaró—. No es porque seas negra, me gustan las mujeres de color. Me gustan las mujeres morenas. En realidad, me gustan todas las mujeres hermosas. Es solo que...

No tuvo que decir más, ella ya había captado muy bien cuál era el problema. Samira, la costosa esclava africana que el dux Andrea Vendramin de forma magnánima había puesto a disposición de su huésped florentino, tenía la piel brillante y grandes ojos de cervatillo, pero detrás de su obsequiosa dulzura se dejaba adivinar el fulgor de una astucia vivaz.

En virtud de ese talento, y también a la luz de su amplia experiencia con los hombres, no le era difícil detectar cuáles podían ser los obstáculos que habían arrastrado a ese joven guapo, fuerte y saludable al abismo de la derrota.

—Eres joven, señor, pero tienes muchas responsabilidades —dijo con tono comprensivo.

Tenía una voz suave, grave y cálida, que recordaba al sonido aflautado de ciertos instrumentos orientales, ideal para hacer sentir cómodo a un hombre frágil e inseguro.

—Tal vez tengas razón, Samira. Las negociaciones con la Serenísima fueron bien, tanto es así que el dux te cedió a mí.

—Entonces ¿por qué estás triste? ¿Hay una mujer en tu corazón?

Giuliano se levantó con un gesto brusco, demasiado brusco para esconder el intenso abatimiento que sentía. Se dirigió a la ventana y apoyó las manos en el alféizar, permitiendo a la esclava una clara visión de su espalda desnuda e indefensa, encorvada por la desesperación. Era un hombre bien parecido, de mediana estatura y buenas proporciones, moreno, de rasgos duros pero suavizados por un carácter alegre y divertido. Su cuerpo parecía esculpido como el de un antiguo atleta gracias al entrenamiento continuo e intenso que llevaba a cabo para participar en los torneos, ya los organizaran los Médici o asistiera por invitación de otro gran señor. Tenía todo lo que un hombre joven podía desear, pero en ese momento parecía un perdedor.

No podía sacar su imagen de la cabeza. El verdor del jardín de abajo le recordaba la frescura de esos ojos; las flores evocaban el aroma de su piel, tan dulce y seductor que lo volvía loco. Simonetta Vespucci se llamaba su obsesión.

—Sí, hay una mujer —murmuró—. No puedo olvidarla. Dejó una herida en mí que arde como el fuego. Llevaré este dolor hasta la tumba.

—¿La desposaron?

—No. Ya era la esposa de alguien cuando la conocí.

—¿Su esposo la alejó de ti cuando lo descubrió?

Giuliano se volvió para mirarla por un momento, y la esclava notó que sus ojos estaban humedecidos por una añoranza imposible de extinguir.

—Me la robó alguien mucho más poderoso que su esposo, Samira: la muerte.

—Lo lamento mucho, señor. ¿Cuándo sucedió?

—Fue hace más de un año.

—Y aún sufres tanto por ella... Deberías casarte, señor. Busca una esposa y ten hijos. Eres joven. Debes encontrar consuelo, seguir viviendo.

Giuliano enderezó la espalda y luego se sentó en la cama junto a ella. La acarició con ternura.

—¿Tú alguna vez has estado enamorada?

La muchacha echó para atrás su hermosa y majestuosa cabeza, sacudiendo una cascada de rizos negros. Una sonrisa ingenua brilló en ese rostro oscuro como la noche.

—Claro —agregó—. Me enamoro cada vez. También de ti, señor, estoy muy enamorada.

Eso le ganó un pellizco afectuoso en el brazo.

—Eres una joven muy despierta, Samira. ¿Qué significa tu nombre?

—Significa «mujer de compañía agradable».

—¡No podría haber un nombre más atinado! Eres demasiado lista para ser esclava. Si quieres, puedo pedirte al dux como regalo. Te llevaré conmigo.

Parpadeó despacio, mostrando sus pestañas largas y sorprendentemente bellas.

—¿Me llevarás a Florencia, señor?

—Claro. Vas a estar bien.

La seguridad con la que había hecho esa promesa era tal que no la hizo dudar de la autenticidad de sus intenciones; sin embargo, ella se rodeó las piernas con los brazos y lo miró con astucia.

—Me gustaría visitar Florencia. Me gustaría ir contigo. Solo que tú no deseas volver a tu ciudad, mi señor Giuliano de Médici.

Sintiéndose descubierto por aquella observación, que parecía asomarse sin autorización al oscuro fondo de su conciencia, él acomodó la almohada bajo su cabeza.

—¿Ah, sí? ¿Qué te hace creerlo? —le preguntó.

Muy seria, clavó en la mirada de ese joven la aguda obsidiana de sus ojos.

—Tu corazón está lleno de ira, señor —murmuró ella con suavidad, como un médico concienzudo—. Y desbordado de dolor. Es aquí en Venecia donde te gustaría quedarte, no en Florencia.

Giuliano se puso nervioso.

—¡Esta sí que es buena! ¿Eres también adivina, por casualidad?

Samira no se dejó desanimar por el tono afilado de su voz.

—Mi padre era *mganga*, un chamán. Y de entre todos sus hijos, me eligió para convertirme en su *mdundami*, su aprendiz.

Sorprendido, se apoyó sobre los codos.

—¿Y eso qué importa? —preguntó con aire aburrido, pero quedaba claro que estaba muy interesado en el asunto.

—Mi padre era *mganga wa fikira*, curaba con el pensamiento. Por eso puedo leerte la mente. Te escuché hablar con Marco Correr mientras estabas en el jardín. En tu voz la rabia hervía como la lava de un volcán a punto de erupcionar.

Superados sus recelos, él decidió quitarse la máscara.

—Está bien. Lo admito. Tengo grandes diferencias con mi hermano. Y ¡te lo juro, me muero por saldar cuentas!

—¿Qué te hizo?

Giuliano resopló, tenía la maldita necesidad de restarle importancia a su pena, pero también de confiar en alguien que no pudiera interferir en sus problemas privados.

—Soy un peón en sus juegos políticos —comentó enojado—. Y actúa a mis espaldas, ¡maldita sea! Si al menos me mantuviera informado, si me hiciera partícipe de sus planes... Pero ¡soy solo su estúpido títere, al que se cree con derecho a usar como le plazca!

La esclava sonrió en silencio. Tenía un corazón tan grande que evitó darse el gusto de subrayar su superioridad y revelar que lo había advertido de inmediato. Tampoco era para presumir que, antes de haber sido secuestrada y vendida a los mercaderes venecianos, un día su padre le había abierto los ojos al revelarles la luz de los espíritus ancestrales. Samira era una sanadora, y eso conllevaba responsabilidades precisas ante los hombres y ante el Creador Supremo del Universo, de quien provenían todos los dones.

—Puedo ver tu futuro, señor.

—¿En serio?

—Hay algo que te circunda —le explicó con firmeza—. Lo puedo percibir. Aprendí a ver con mis *ishirini* lo que pasará.

—¿Tus qué?

—Son pequeños cubos de marfil similares a los dados de un juego. Veinte en total. Hay un símbolo en cada cara.

—¿Querías usarlos conmigo?

El tono burlón de Giuliano no hizo mella en la gravedad que marcaba la mirada de la esclava. Ella dudó apenas un momento, luego se levantó y depositó una pequeña bolsa de seda negra sobre la cama. Desató el condoncillo y dejó que él los viera.

—Déjame hacerlo, señor. Los hombres son perversos. Por ejemplo, podrían volverte loco con una mala hierba.

—No conozco a nadie a quien le interese verme loco, Samira.

—Te pueden hacer cosas peores. Algunas personas degüellan un pollo en el *lyang'ombe*.

—¿Qué es eso?

—Un amuleto en forma de brazalete. Y luego rezan así: «Derramo esta sangre para que ese hombre allí se consuma; mientras la sangre de este pollo se absorbe, que su sangre sea succionada». Yo puedo salvar a esas personas. Para contrarrestar esto, pido traer un pollo y preparo una medicina.

—¿Preparas una droga?

—Está hecha con diferentes ramillas sostenidas por un anillo de hierro. Se debe degollar el pollo para que la medicina absorba su sangre, luego se hierve la sangre con la medicina. Cuando el enfermo la bebe, la maldición deja de succionarle la vida del cuerpo.

Giuliano torció la boca con disgusto.

—¡No haré nada de eso! Pero te permito que me leas el futuro con esos extraños artilugios, si tanto te importa.

Sin más demora, Samira saltó de la cama y corrió las cortinas para que la habitación quedara aislada de la luz del día, envuelta en una tranquila y estática penumbra. Encendió tres lamparillas y, en la cuarta, comenzó a quemar granos de incienso. Sentada sobre sus talones, de perfil, parecía evocar el carisma de una antigua sacerdotisa etíope que oficiaba el rito de Isis en el Egipto de los faraones.

Apretó la bolsa de seda entre las manos y la sacudió durante mucho tiempo revolviendo las piezas mientras recitaba en voz baja una letanía incomprensible. Luego lanzó un grito que hizo que Giuliano se sobresaltara y se sentara con rapidez en la cama, pero entonces se dio cuenta de que el grito no era de dolor.

—*Kuluka nijani* —murmuró—. Significa «cruza la calle». Parece que alguien pasará por tu vida, un encuentro ocasional pero importante.

—¿Quién es?

—Una mujer, señor. Ella te marcará.

—¿Qué quieres decir?

—*Ku-zinga* —dijo ahora Samira—. «Rodear». La mujer que conocerás te atrapará y despertará el interés de tu alma como nunca antes.

—No lo sé —repuso con tristeza—. Pero me gustaría. Desearía tener una familia, algún día. ¿Qué más ves? —Los ojos de la esclava vacilaron ante el augurio silencioso que se le presentaba—. ¿Samira? —la apremió él.

—*Kutega* —profirió desolada—. «Trampa». El vínculo con la misteriosa mujer puede costarte caro, tus enemigos se unirían contra ti.

Ella lo miraba casi horrorizada y sus ojos se abrían con desmesura, dilatados por la atrocidad que creían ver.

—Está bien, me mantendré alejado de las mujeres —respondió en un tono bastante despreocupado.

Samira no le creyó ni por un instante. Se puso de pie de un salto, abrió un armario y le entregó a Giuliano un pequeño hatillo de ramitas unidas por un anillo de hierro.

Lyang'ombe.

La medicina mágica capaz de revertir la catástrofe que se cernía sobre él.

II

Oro, incienso, mirra. Púrpura, escarlata y lapislázuli. ¿Cuántos materiales invaluable derrochó el maestro Botticelli para pintar la *Adoración de los Magos*?

Tan pronto como regresó a Florencia, incluso antes de presentarse en casa, Giuliano sintió una necesidad incontenible de entrar en la catedral de Santa Maria del Fiore. Y ahora estaba allí de pie, atónito, en la capilla funeraria de Gaspere di Zanobi del Lama contemplando el retablo. No podía quitar los ojos de la pintura.

En el centro aparecía Lorenzo, jefe de la familia Médici, retratado con la ropa del rey Melchor, con una sonrisa magnífica y mucho más hermoso que en la vida real, porque le importaba bastante la idea que dejaba de sí mismo para la posteridad. Llevaba un sombrero puntiagudo, pero, sobre todo, un manto purpúreo, el manto de los emperadores... Botticelli había elegido un tono ligero y poco saturado, esperando que pasara casi inadvertido, pero ¿quién sería tan tonto como para no darse cuenta? ¡Lorenzo de Médici iba vestido como uno de los antiguos césares!

Quizá el pintor se sintió avergonzado de ello, pero difícilmente tuvo elección. También Giuliano, además, parecía incómodo ante tanta exaltación descarada de su familia, o al menos eso parecía por la expresión compungida, de vaga incomodidad, que quedó eternizada en la figura de un joven príncipe colocado en la primera fila, a la izquierda del cuadro, vestido con un invaluable tabardo de seda escarlata. Firme, seco, delgado, con el perfil marcadamente noble, altivo, la nariz un poco aguileña y la barbilla prominente, como si sintiera desprecio por el mundo entero. Estaba allí, en el borde izquierdo de esa pintura mágica, con los ojos entornados o fijos en el suelo, como absorto. Estaba apoyado en una espada larga, delgada y flexible, al menos tan soberbia como él. Botticelli no había embellecido su imagen para adularlo, más allá de los verdaderos dones otorgados por la Madre Naturaleza. Y tuvo que esforzarse aún menos por dar esplendor a la santa Virgen retratada en el centro de la pintura. Simonetta, la diosa inmortal que había dejado a toda Florencia en lágrimas, sonreía con su rostro al mismo

tiempo casto y sensual, feliz en ese sagrado abrazo, ofreciéndole al mundo el Hijo de Dios. En la santa Virgen, la señora Vespucci fue retratada con un realismo sensual, carnal, escandaloso.

Los ojos de Giuliano brillaban de pena, extraviado en el rostro de su gran amor perdido. Ahora se sentía como un pobre peregrino que vagara de santuario en santuario buscando la salvación de su alma; lo único que lo aliviaba era la idea de visitar todas las iglesias de la ciudad donde pudiera haber un retrato de su diosa, buscándola con alma atormentada, ávido de su imagen. Había ideado ingeniosos pretextos para que lo recibieran en las casas privadas de los hombres ricos que, según Botticelli, habían ordenado un retrato de la señora Vespucci. La única casa en la que no se había atrevido a poner un pie era en la de su esposo, Marco, porque existía el riesgo de llevarse una puñalada en el vientre por parte de ese hombre que tenía todas las razones para sentirse públicamente humillado.

Pero ¿qué debía hacer, si nada parecía capaz de curar esa herida? Estaba en un dilema atroz: ¿debía marcharse a Roma para tratar de encontrar un propósito a su existencia sirviendo a Dios con sotana sacerdotal, o debía ir en cambio a Venecia para formar una familia con Laudomia Correr, con la esperanza de que algún día, rodeado de la alegría de muchos hijos, lograra por fin encontrar alivio al dolor dejado por Simonetta? No lo sabía. Ninguna de las opciones le parecía atractiva.

Junto a él, su amigo Braccio Martelli estaba preocupado de que los fieles que visitaban la iglesia, percatándose de la obsesión de Giuliano, corrieran chismes sobre el escabroso tema que todos los florentinos en realidad ya conocían. En sus ojos curiosos se podían leer la pena, la solidaridad, la codicia y el gusto perverso que les causaba captar la debilidad de los demás. El segundogénito de la casa de los Médici realmente atraía las miradas, por lo que su amigo trataba de desviar la atención morbosa de los presentes a toda costa.

—Botticelli exageró —declaró en voz alta—. Hay quien dice que es una indecencia. Los Médici se pasaron de la raya, ¡hasta parece que en toda la ciudad es imposible admirar una hermosa pintura sin tener que ver sus rostros retratados en este o aquel santo!

—Quizá —murmuró Giuliano distraídamente y un poco burlón—. Pero eso no tiene nada de malo. ¿Acaso no somos santos nosotros, los de la casa Médici?

Alguna de las personas presentes en la capilla se rio con discreción, dejando claro que había alcanzado a escuchar el diálogo. De hecho, el chiste

no carecía de ingenio, ya que muchos florentinos, para obtener gracias, favores y beneficios, escribían súplicas a Lorenzo o a su madre tal como era costumbre escribirlas al papa, y en esas cartas imploraban su intercesión ante la Signoria con términos casi de oración, dignos de Dios, de la Virgen y de los más milagrosos santos.

—Tener a un Médici como amigo es como tener un santo en el cielo —dijo, irónico, Martelli—. Además, no sois la única familia que se concede ciertas vanidades. Los Strozzi, en su tiempo, hicieron exactamente lo mismo. ¿Acaso no era la maravillosa *Adoración de los Magos*, del maestro Gentile da Fabriano, el estandarte de su gloria dinástica? ¿No fueron eternizados por la mano del genio los rostros de Palla, de los Albizi, de todos sus secuaces y varios acólitos?

—Tienes razón, Braccio, esta pintura debe estar en el Duomo, al igual que el retablo que celebra la gloria de los Strozzi. Haré mi petición para que lo trasladen. De todas las obras de Botticelli, esta es la que más me gusta. Fue cuando ella posó por última vez, antes de...

Unos pasos lentos se acercaban a sus espaldas. La cadencia solemne y el leve repiqueteo de una punta de madera contra el mármol del piso anunciaba la llegada de un anciano apoyado en un bastón.

Una voz seria saludó a Giuliano, quien se volvió y respondió con cortesía al saludo, pero definitivamente era alguien a quien no le apetecía ver en ese momento.

Braccio Martelli inclinó la cabeza y se alejó al instante, como todos los demás en la capilla.

—Botticelli siempre da en el clavo. ¿No es cierto?

—Eso es obvio, don Jacopo. Está hablando del mejor pintor que Florencia haya tenido jamás.

Los ojos de Jacopo de Pazzi se entrecerraron como ranuras y adquirieron un brillo insinuante.

—Me refería a su astucia, no a su talento para el arte —agregó—. Siempre se las arregla para alabar con desmesura a los Médici en todo lo que hace. Como en esta pintura, por ejemplo. La pagó alguien más, pero ¡celebra la gloria de ustedes!

Giuliano decidió responderle en el mismo tono, pero con moderada cortesía. El tono de Jacopo de Pazzi no era malintencionado. Advertía, más que amenazar.

—Pues yo lo veo retratado a usted también, don Jacopo. ¿No es usted el viejo bien parecido vestido de azul que sostiene la solapa de su capa sobre su

hombro, ahí a la derecha del cuadro?

Complacido, Pazzi asintió.

—Puede ser. También está mi sobrino Franceschino, para el caso —agregó—. Pero aparecemos de forma más incidental, en posiciones aisladas y secundarias. Digamos que Botticelli nos otorgó a los Pazzi el derecho de ciudadanía en su obra solo porque nos ve como parte de la familia Médici, gracias a la boda entre mi sobrino Guglielmo y su hermana Bianca.

Esta vez hablaba en un tono muy diferente, entre el orgullo y la irritación. Jacopo había dado su consentimiento muchos años antes, cuando Piero de Médici había propuesto esa unión como pacto de sangre entre las dos casas más ilustres y poderosas de la ciudad, pero las cosas habían cambiado mucho desde entonces. Con alguien como Piero al timón de la nave Médici, se podía llegar a acuerdos. Lorenzo era un hombre completamente diferente.

—¿Cómo es que admira esta pintura con tanta devoción, Giuliano de Médici?

—Quizá sea porque se anda usted por las ramas con preguntas inútiles, en lugar de decirme directamente lo que quiere —respondió.

Jacopo de Pazzi respiró hondo. Parecía un veterano en vísperas de una batalla campal.

—Se corrió el rumor de que su hermano quiere organizar otro torneo, Giuliano.

—¡Maravilloso! Los florentinos le estarán muy agradecidos.

—Demasiado agradecidos, querido muchacho. No nos hagamos los tontos; tengo el pelo blanco, y usted, aunque joven, no tiene un pelo de tonto. Los espectáculos que su hermano ofrece a la gente no son más que una manera de controlar Florencia con puño de hierro. Siempre hay una estrategia precisa de dominación en todo lo que hace. ¿O va usted a negarlo?

Giuliano no tenía la menor intención de responder, y mucho menos de contradecir al patriarca de la familia rival: no era tan insolente. Recordó el último evento similar a ese, durante la primavera, tres años atrás. ¡Qué alboroto montó Lorenzo por ese evento cortesano!

Más que un gran espectáculo de guerreros a caballo, la justa fue ideada para celebrar la alianza con Venecia que la Signoria había logrado pactar el mes de noviembre anterior, cuando Lorenzo advirtió que se encontraba peligrosamente aislado y, por lo tanto, se dispuso a buscar aliados donde, por tradición, nunca los había tenido. Podía haber competido él mismo en el torneo, pero, como ya era un hombre casado y padre de familia, le parecía más apropiado que Giuliano luchara entre todos aquellos ardorosos jóvenes

para mantener en alto el nombre de los Médici. Y tal vez quería darle a su hermano menor una especie de satisfacción para retribuirlo por su obediencia fiel y servil.

Giuliano nunca antes había aparecido en la escena pública de Florencia, siempre había sido la eterna sombra e instrumento perenne en manos de su todopoderoso hermano. A veces sucedía que Lorenzo le concedía un poco de autonomía, pero solo para decidir de manera opuesta a lo que Giuliano había establecido; esto lo frustraba, le causaba una vergüenza dolorosa. Una vez se lo confió en secreto a Sagramoro; le reveló que Lorenzo lo hacía sentir inepto, el joven más infeliz de la Tierra.

Sin embargo, en aquella gran justa, la primavera de 1475, Giuliano fue el protagonista absoluto. El triunfador, el orgullo de Florencia ante los grandes señores de Italia. ¿Quizá Lorenzo quería decirles a todos que Giuliano, aunque joven, era perfectamente capaz de tomar su lugar si acaso él llegara a faltar? ¿Estaba tal vez marcando a su hermano menor como otro futuro «magnífico»? Muchos lo creyeron así.

Los preparativos realizados con casi un año de anticipación hacían aún más probable esa conjetura. Lorenzo había agobiado a las principales cortes de Italia para que los poderosos se involucraran de una forma u otra en el memorable evento que lo colocaba a él en posición de coreógrafo y estratega. De forma similar, en la primavera de 1469, Piero de Médici había organizado una justa para exaltar la bravura y la genialidad de su primogénito. Los señores competían entre ellos para ver quién enviaba a los mejores caballeros y corceles, o la armadura más costosa con detalles grabados en oro puro, pues un apoyo tan cálido debía mostrar a los florentinos que los Médici contaban con ayuda y aliados en todas partes, y que no era oportuno, por el bien de la paz civil, enfrentarse abiertamente contra ellos. Atentar contra los banqueros todopoderosos que prestaban dinero incluso al papa significaba enemistarse también con el duque de Milán, el rey de Nápoles, Federico da Montefeltro e incluso el rey Luis XI de Francia. Cosimo fue el primero en dar pasos en ese sentido: tan pronto como alguien intentaba marginarlo de las posiciones de poder, de inmediato se veían llegar a las tropas amenazadoras de Francesco Sforza a las puertas de la ciudad.

Sin embargo, esta vez los señores de Italia no parecían tan ansiosos de acudir a la invitación de Lorenzo el Magnífico. Giuliano echó un vistazo a la profusa correspondencia que su hermano intercambió con ellos solo para darle a la justa la mayor pompa posible. En esas cartas le pareció percibir en ciertas frases casi dichas de soslayo el eco de hostilidades ocultas, reticencias

y descontento entre líneas. En particular, le llamó la atención la turbia negociación entre Lorenzo y Federico da Montefeltro para pedir prestado a Baiardo, el corcel que Giuliano debía montar en el torneo.

Federico juró que enviaría a ese magnífico caballo, al que quería más que a ningún otro. Sin embargo, solo unos días antes de la competencia, llegó a la ciudad un jamelgo débil y escuálido que parecía inadecuado incluso para el matadero. El emisario de Montefeltro, cuestionado sobre el malentendido, se disculpó una y otra vez: ¡un torpe caballerango inexperto había enviado el caballo equivocado! La bestia fue reemplazada por otro corcel, porque no había tiempo para hacer traer al correcto desde Urbino.

Sin embargo, ¡qué consternación el día del torneo! El hermoso Baiardo, cubierto por un manto negro como la noche, finalmente había llegado a Florencia, pero ¡lo montaba alguien de la casa Pazzi! Ni Lorenzo ni su madre, Lucrezia, supieron explicarse esa situación paradójica: ¿se trataba de un error o, más bien, los Montefeltro querían avergonzarlos en público?

Giuliano se abstuvo de cualquier comentario al respecto. Si Federico da Montefeltro, que era el padrino de bautismo de Lorenzo, había llegado al punto de maquinarse ese golpe bajo, tenía que haber algo turbio de por medio.

Incluso Galeazzo Sforza se había mostrado indiferente y tacaño en esa ocasión, al enviar a Florencia solo un reducido grupo de trompetistas, que, además, se retrasaron durante el viaje y llegaron a la ciudad cuando el torneo había terminado. Como un gran señor, Giuliano puso al mal tiempo buena cara, luchó con honor y vigor, y barrió a sus adversarios. Ese día, pese a los boicots y las dificultades, Giuliano se moría por eclipsar la gloria caballeresca lograda por su hermano seis años antes; después de todo, esa era su primera gran oportunidad.

Montaba un caballo tordillo llamado Orso, ofrecido en préstamo por el rey de Nápoles; ¡al menos el rey Ferrante no se había retractado en su afecto por Lorenzo!

Por amor a Simonetta, Giuliano había dado muestra de su increíble valor. Y para la gloria de los Médici, en la ropa y el arnés del joven competidor se había cosido una enorme cantidad de perlas y piedras preciosas que durante el enfrentamiento se descosieron y rodaron por tierra, sin que nadie de la familia Médici se encargara de recuperarlas. ¡Ah, dijo Lorenzo, que la gente también disfrute de lo mucho que llega a sus señores!

Esto parecía un pésimo augurio, porque las perlas no son como las gemas, que están vinculadas con el cielo, de donde capturan sus virtudes, ni con la

tierra, que las conserva y oculta su resplandor. La perla proviene del agua y de la luna, y algunos dicen que tiene una relación arcana con las lágrimas.

La gente recordó ese detalle el año posterior al torneo, cuando Simonetta Vespucci, a quien se había dedicado la espléndida victoria, murió de repente, sumiendo a la ciudad en el desconsuelo. El recuerdo de aquellos días aún dejaba huellas de dolor en el rostro de Giuliano. Y Jacopo de Pazzi lo percibió y sintió compasión por él. Después de todo, el segundo hijo de la casa Médici nunca había sido su adversario.

—La gente dice cualquier estupidez —murmuró—. El marido de Simonetta no la tiró por la escalera. Marco adoraba a su esposa. Le perdonó todas sus infidelidades, ya que él le llevaba veinte años de diferencia. Pero no todos son tan generosos. Deberías decírselo a tu hermano.

Jacopo había dejado de lado las formalidades. Fue directo, le habló de tú.

—¿Qué insinúa, don Jacopo?

—Si yo fuera tú, Giuliano, le diría a Lorenzo que no se le ocurra montar otro de sus fastuosos espectáculos. Los florentinos no tolerarían otra demostración de fuerza de su parte. Además, se sospecha que las paga con dinero público. Dadas las recientes dificultades financieras del banco Médici, es una conjetura verosímil.

Dio donde más duele y Giuliano lo resintió.

—¿Usted qué sabe?

—Tengo mis fuentes, muchacho.

—¿Fuentes papales? —se burló.

—También. Pero no me gusta el tono acusatorio que sale de tu boca. Nosotros los Pazzi nos convertimos en banqueros del papa después que vosotros, es cierto, pero solo porque Lorenzo fue tan insensato que llegó a irritar a Sixto IV.

—Un error que ustedes aprovecharon de inmediato. ¡Se lanzaron al negocio como chacales!

—Tenemos nuestros informantes en la curia —admitió Pazzi.

—Sé muy bien lo que pasó, esa serpiente de cascabel de Francesco Salviati puso al papa en nuestra contra. Para favorecerlos a ustedes, que son sus parientes.

—¿Y qué, si fue así? Salviati es un hombre íntegro y vosotros, los Médici, cometisteis el error fatal de sabotearlo injustamente para enaltecer a vuestros secuaces tontos y sin talento. No es de extrañar que hoy os tenga rencor. Quiere favorecernos a nosotros, que somos sus parientes y siempre lo hemos respetado.

—No es así de simple, don Jacopo. El alma de Salviati es negra como el infierno. Intentó matar a mi hermano hace años cuando estaba en Roma. ¡Conspiró siniestramente contra él, y Lorenzo se salvó de milagro!

Un silencio glacial siguió a la acusación.

—De milagro, exacto —contestó lúgubre el anciano patriarca—. Pero en el futuro puede que no se salve. Entonces serías tú el jefe de la familia Médici y del banco. La Signoria tendría un nuevo líder. Un hombre más razonable. Más moderado.

—La política no es para mí.

—¿Estás seguro, Giuliano? Yo conocía bien a tu abuelo. Trabajé con él durante años. Era astuto como pocos en el mundo, pero también prudente. Nunca habría cometido los errores de tu hermano. Así que... créeme, muchacho: no es Lorenzo el verdadero heredero de Cosimo. ¡Eres tú!

Giuliano se sobresaltó.

—¿Qué quiere decir?

Jacopo no respondió, se dio la vuelta y se fue como llegó.

III

La luz del alba se deslizaba despacio sobre el jardín, tenue y de colores maravillosos.

Un soplo de viento fresco propagaba por el aire el aroma agridulce de los naranjos amargos del huerto de cítricos, orgullosos de sus oscuras copas, siempre verdes como una promesa de inmortalidad. Circundado por paredes, bordeado por varasetos de flores trepadoras, equipado con celosías y vallas para que los animales salvajes no pudieran estropear las delicadas hortalizas, el vergel del pintor Scheggia di Giovanni tenía la gracia que corresponde a un palacio principesco, aunque de más modestas dimensiones. Sin duda, digno de aparecer en las pinturas de su hermano Masaccio.

Giuliano se adentró cauteloso por entre las hileras del pequeño viñedo castigado por los rigores del reciente invierno. Escudriñaba con ojos inquietos los cambios de luz que iban del azul al claro, señal de que el día avanzaba, lo cual le hacía sentir la urgencia de salir de aquella casa. Lo seguía una chica desnuda, con el cuerpo envuelto en una capa puesta deprisa y mal, con las mejillas aún rojas de placer y calor.

—¡Espera! —gritó.

Giuliano no le prestó atención. Tenía demasiada prisa por abandonar aquel sitio privado donde se había infiltrado de forma clandestina, como un ladrón, para robar una noche de amor a la que no tenía derecho. Florencia pronto despertaría con las campanadas festivas que anunciaban la Epifanía de Nuestro Señor. Toda la ciudad desfilaría con orgullo en la gran procesión, conocida por todo el mundo como la cabalgata de los Reyes Magos, y los Médici, eminentes sobre cualquier otra persona en Florencia, eran quienes representaban a los tres santos soberanos en el desfile de cada año.

—¡Giuliano! —lo llamó con desesperación.

Solo entonces se volvió. En la claridad cada vez más intensa era como si estuviera viéndola por primera vez. La había conocido en una fiesta en la casa de los Rucellai. Se llamaba Flora, pero, debido a su cuerpecito menudo, todos la llamaban Fioretta.

Estaba allí esa noche, en esa gran sala, como una criatura discreta pegada a la pared entre las siluetas de personajes que cubrían el tapiz, tan inmóvil que parecía una de ellas. Estaba de luto por la muerte reciente de un viejo tío, sin maquillaje, triste como una antigua urna funeraria. A pesar de ir vestida de gris y llevar el rostro sin gracia, era tan magnética que él, aunque intentó resistirse, no pudo dejar de mirarla durante toda la noche. Además, cada vez que Giuliano volvía la cabeza, era la chica quien clavaba en él su mirada febril.

Era delgada; su seno plano no estaba destinado a despertar los sentidos masculinos. Tenía el pelo oscuro. El negro azabache del cabello acentuaba la palidez de su piel, haciéndola parecer exangüe. Y, sin embargo, había en ella algo atractivo, algo turbio y vagamente morboso que la hacía parecer única a los ojos de Giuliano.

¿Qué era lo que le había gustado de esa frágil criatura? ¿Qué fue lo que le llevó a pensar en ella, a seguirla, a ganársela, a forjar relaciones con su padre pintor, llegando incluso a encargarle cuadros para el palacio Médici? ¿Por qué la había seducido y convertido en su amante?

Él no lo sabía.

Quizá fue la exagerada humildad que había en ella. Sus ojos con ojeras, su forma sigilosa de moverse, apenas rozando las cosas, y aquel temblar inquieto a cada palabra hacían pensar en una sirvienta acostumbrada a sufrir todo tipo de maltrato por parte de sus injustos patrones. Sin embargo, bajo esa apariencia se percibían ciertos destellos de orgullo, una vitalidad y una fuerza avasalladora que ella se esforzaba en evitar que trasluciera. Giuliano había encontrado entre sus brazos, en su cama, un rincón de paz ante la angustia que estaba erosionando su juventud.

Por la muerte de su diosa, Simonetta Vespucci, había vagado durante meses por la oscuridad como un insensato, emborrachándose, jugándose el pellejo en vulgares peleas de taberna, pensando qué hacer consigo mismo ahora que todo estaba perdido.

Hasta que de repente se celebró una fiesta en la casa Rucellai. Esos ojos cansados y llenos de una humildad extrema se fijaron en él, lo compadecieron y, tal vez, en cierta manera, también se mofaron de él.

¿Por qué un hombre joven, guapo, brillante y extremadamente rico sufría como un perro por la muerte de su amante, cuando podía tener a sus pies a todas las mujeres que quisiera? Esto era lo que preguntaban los ojos negros de Fioretta y, con esa pregunta, él se había quedado mirándolos extasiado, enredado, hechizado. Ella no representaba el futuro, no era el amor de toda

una vida, pero había recibido un misterioso regalo de los dioses: lograba mantener alejada a la muerte.

—¡Giuliano! —gritó por tercera vez.

Había llegado a donde él estaba. De pie detrás de la puerta del jardín, él se aseguraba de que el camino estuviera libre de la presencia de inoportunos transeúntes, preocupado de que alguien pudiera verlo allí. Así ella pudo robarle un último beso.

—Hay algo que debo decirte —susurró.

—Ahora no, Fioretta. El día despunta, debo desaparecer de aquí.

—Es importante. Es algo sobre nosotros dos.

—Puede esperar de todos modos.

—¡Por favor!

—Tengo que irme.

—¿Cuándo volveré a verte?

—No lo sé. Quizá pronto.

—¿Cuándo? —insistió ella.

—Mañana —prometió Giuliano.

Luego salió a la calle y avanzó rápidamente hacia su casa sin mirar atrás. Casi había llegado a Via Larga cuando, en la intersección, lo abordó un prior de edad avanzada que paseaba por las calles de la ciudad temprano por la mañana. El viejo lo saludó mirándolo con complicidad y un poco de envidia, ¡ah, los jóvenes que andan de noche en busca de aventuras!

—Buenos días, señor Médici.

—Buenos días, Griselli.

—Me he enterado de que su pintor favorito ha retomado la pintura. ¡Cuánto me alegro!

A Giuliano le costaba seguir la conversación.

—¿De quién habla, reverendo?

—Pues del hijo de Mariano Filipepi, por supuesto.

—¿Botticelli?

—Todos lo llaman así. Pero yo conocí a su abuelo Vanni, que en paz descanse, y le aseguro que no estaría contento con ese nombre.

—¿Botticelli ha empezado a pintar de nuevo? —preguntó Giuliano sorprendido por la novedad.

—¿No lo sabía? Creía que Sandro era casi como de la casa para ustedes, los Médici.

—Claro. Lo era... Pero ¡no lo entiendo! Rompió todos sus pinceles hace dos años y juró no volver a pintar cuando... —No terminó la frase porque un

estremecimiento de dolor le quebró la voz. El viejo lo ayudó.

—Cuando la hermosa Simonetta, su fuente de inspiración, murió, ¿querrás decir? Recuerdo aquel día. Qué desgracia para toda la ciudad... Así lo quiso Dios. Ahora, sin embargo, Sandro ha reanudado sus labores. Ha comenzado a pintar de nuevo.

—¿Sin su musa?

El viejo se encogió de hombros.

—Tal vez encontró otra —comentó con tono fatalista.

Luego se alejó por el camino desierto, lento y con pasos oscilantes, como un espectro evanescente.

Voluptuosidad, Castidad y Belleza: las tres Gracias danzan sobre la hierba de un prado que la primavera naciente templea con su sol y flores nuevas. Bailan a doble paso un ritmo alegre, mientras las manos se entrelazan en sensuales caricias. Envuelto en el dulce aroma de los naranjos en flor, Céfiro, inflamado de pasión, desciende para secuestrar a la hermosa ninfa Cloris y se enlaza con ella en un fecundo abrazo del que nace Flora, que propaga por el mundo la felicidad de la vida nueva. Venus se destaca en el centro, en la gloria de su belleza inmutable, y bendice a los hombres y a la naturaleza, mientras Mercurio disipa las nubes oscuras que se ciernen envidiosas sobre el porvenir.

Giuliano avanzaba despacio, embelesado en la contemplación de la pintura que aparecía en la distancia, desde el escorzo de los arcos. Intrigado por las palabras del viejo prior, se encaminó de inmediato al taller de Sandro Botticelli, empujado por una urgencia que amenazaba con doblegarlo. Fue para entender qué pasaba. Para ver a alguien que hubiera amado a Simonetta tal vez tanto como él, pero que había logrado sanar.

Giuliano abrió atónito las ligeras cortinas de gasa y entró en la habitación en silencio. Ante sus ojos apareció ella retratada en el lienzo con sorprendente realismo. Llamada la Inigualable por su belleza perfecta hasta el punto de parecer sobrehumana, ella lo contemplaba con una mirada más verde y viva que el prado en flor. ¡Cuántos recuerdos! ¡Cuántas esperanzas que la vida había destruido!

Besos robados en la penumbra de una alcoba clandestina, cómplice de su placer. Miradas furtivas en las reuniones a plena luz del día, noches de insomnio y de celos agotadores, pensando que ella seguía supeditada sin remedio a los deseos de otro. La esperanza que vino después de poder anular ese matrimonio fallido, de verla libre, para hacerla suya. Y el abismo de la

desesperación. Simonetta embarazada, esperando el hijo de su amante. Simonetta que cayó de su caballo y murió, llevándose consigo al hijo del hombre amado y, con él, también su alma.

Giuliano sintió que se le agitaba el pecho como el océano sacudido por una tormenta, mientras que sus ojos perdieron momentáneamente la vista, inundados por un mar de lágrimas. Había logrado dominar la melancolía contra la que había luchado durante mucho tiempo para no sucumbir al deseo de alcanzarla en la muerte. Se quedó observando el gran lienzo en el que Botticelli trabajaba. ¡Tenía que ser suyo, a cualquier precio!

Vio al pintor sentado con la espalda contra el muro en un momento de descanso en el trabajo. Tenía los ojos cerrados, la cabeza apoyada en la pared; Botticelli parecía exhausto, pero había una evidente satisfacción en su rostro. ¿Cómo no sentirla, en todo caso, después de haber logrado tal prodigio?

—¡Maestro!

Tal vez se había quedado dormido, porque no respondió. Giuliano se acercó y sacudió su hombro cortésmente.

—Maestro Botticelli...

Él se despertó sobresaltado.

—¡Señor! ¿Qué hace aquí?

—Tenía que verlo. Tenía que ver... ¡No importa! Dios ha puesto en sus manos un regalo divino. El lienzo en el que está usted trabajando es increíble.

—Me halaga, señor.

—Su memoria logra reproducir cada ínfimo detalle. Extraordinario... Sus ojos, su boca... incluso su expresión son muy fieles al verdadero. ¡Y está trabajado sin ayuda de ningún retrato!

Halagado por los muchos cumplidos, Botticelli cometió una impertinencia que después, en retrospectiva, nunca se perdonaría.

—No necesito retratos, señor —repuso complacido—. La naturaleza misma me guía, puedo copiar del natural. Simonetta regresó a mí, en carne y hueso.

El rostro de Giuliano cambió por completo, la alegría de su sonrisa se volvió negra melancolía.

—No se burle de mí, maestro Botticelli. ¡No sea cruel! —replicó enojado—. No he encontrado la paz desde que ella murió. ¡Usted lo sabe!

El pintor se arrepentía ya de la audacia de poco antes y se maldecía por haber hecho esa estúpida broma, que además era de mal gusto. Pero se sintió aún peor cuando la modelo que lo había inspirado en el trabajo regresó

después de la media hora de descanso que se había tomado, acompañada de su madre.

Era una aparición. Avanzaba bajo la luz del día con paso zigzagueante, como si bailara. Había alcanzado una belleza deslumbrante a sus escasos diecisiete años; tenía los ojos brillantes y verdes como las aguas de un lago impoluto, cabellos rubios que caían en unos ligeros rizos que se deslizaban hasta la cintura, y sobre su cabeza había muchas e intrincadas trencillas adornadas con hilos de oro y perlas.

Giuliano estaba transfigurado. Pasó unos momentos sin aliento, en los que incluso pareció que su corazón dejaba de latir.

—¡Señor! —gritó Botticelli. Lo sacudió para hacerlo reaccionar, pues Giuliano se había quedado tan inmóvil y pálido que parecía que alguna divinidad lo había convertido en estatua de sal—. ¡Señor! —gritó de nuevo el alarmado pintor—. Perdóneme. Debí haberle hablado de ella. Pero no imaginé que vendría usted a visitarme...

Fuera de sí, Giuliano se lanzó hacia la chica con la clara intención de abrazarla, como si fuera un dios capaz de arrebatarse al inframundo su gran amor secuestrado. Botticelli lo detuvo antes de que pudiera cometer un ultraje a la decencia que habría mancillado el honor y el nombre de los Médici. En cualquier caso, no pudo guardar del todo las apariencias, y la joven y su madre se quedaron boquiabiertas ante aquella insinuación que, por fortuna, fue obstaculizada antes de desatar un escándalo.

—Disculpen —alcanzó a decir Giuliano con los ojos perdidos y los labios secos—. No sé qué me ha pasado...

A decir verdad, todos los presentes sabían qué había pasado, imaginaban el desconcierto, el dolor y la alegría irracional que había sentido en el momento en que creyó haber visto a Simonetta resucitada. Por ello lo compadecieron y pasaron por alto la ofensa.

Una vez seguro de que Giuliano había recuperado la sangre fría, Botticelli aclaró la situación.

—Le presento a doña Battistina Fregoso —murmuró—. Y esta joven belleza es su hija, Semiramide Appiani.

Aturdido, Giuliano continuó mirando de una cara a otra, de unos ojos a otros. Daba tal pena que oprimía el corazón, tan angustiado e incrédulo.

—Appiani... —susurró débilmente—. Entonces son ustedes parientes...

—La pobre Simonetta Vespucci era mi sobrina —dijo la señora—. Y era prima de mi hija, Semiramide. De ahí el gran parecido que lo ha impresionado tanto.

Estaba asustada por el ardor con el que ese joven había querido abalanzarse sobre su hija, como si ella fuera la única ancla de salvación capaz de mantenerlo unido a esta vida. Una pasión abrumadora la intimidaba. ¿Qué habría pasado si hubieran estado solos? ¡No quería ni pensarlo! En cualquier caso, Botticelli era un hombre de confianza: doña Battistina podía estar segura de que sabría mantenerlo en secreto. En el fondo de su corazón, sentía pena por ese chico tan prometedor, pues el hecho de que Giuliano de Médici hubiera amado a su sobrina Simonetta con un sentimiento abrasador y sincero era un asunto de dominio público en Florencia y más allá de sus confines. Su repentina muerte lo había devastado, y tampoco eso era un secreto.

Giuliano estaba consternado. Se sentía indefenso, abofeteado y burlado por el destino.

—¡Le pido de nuevo perdón, señora! No quise faltarles el respeto ni a su hija ni a usted.

Doña Battistina asintió efusivamente, apreciando esas palabras. Luego su mirada se suavizó y perdió parte de su dura expresión.

—Quiero creerle. Y seré clara: entiendo que ver a mi hija Semiramide es un gran consuelo para usted; sin embargo, ella está comprometida. Por lo tanto, no puede recibir obsequios de otros hombres, ni siquiera cumplidos inocentes, nada de regalos, canciones ni poemas. ¿Puedo contar con su palabra?

—Por supuesto —replicó Giuliano frunciendo el ceño.

Le costó mucho inclinarse ante la chica que acababa de tratar de abrazar apasionadamente y felicitarla por su inminente boda. Ella sonrió con timidez aceptando la disculpa, pero, a juzgar por la mirada fugaz que le dirigió y por sus labios entreabiertos que dejaron escapar un leve suspiro, no le había disgustado en absoluto el intento de embestida carnal de ese hombre joven apuesto, apasionado y experto en asuntos de amor.

Hablaron entonces sobre el proyecto nupcial que la aguardaba, un evento importante que estaría en boca de toda Florencia durante semanas. Mientras tanto, violentas emociones se debatían en el corazón de Giuliano y opacaban su lucidez de juicio; debería haber captado de inmediato que la muchacha iba a casarse, bastaba con mirar la pintura en la que Botticelli estaba trabajando.

Las tupidas flores esparcidas por el prado claramente aludían a una boda: los lirios, las margaritas y los nomeolvides eran un galante homenaje a la belleza de la mujer amada, mientras que las flores de azahar que brotaban en los naranjos, junto con la consuelda florecida en el prado, representaban un augurio de felicidad conyugal.

—¿Con quién está comprometida, si se puede saber?

A doña Battistina le pareció que casi había un tono de desafío en aquella pregunta. Aunque Botticelli había callado hasta ese momento el nombre del novio, ella decidió responder.

—Mi hija se casa con un hombre de gran linaje, señor Médici: con Francesco de Pazzi, el sobrino del señor Jacopo.

—¿Ese adefesio enclenque?

Doña Battistina se hizo la sorda por completo mientras el rostro de Botticelli se ruborizaba de vergüenza. El hombre al que acababan de nombrar era, en realidad, uno de los solteros más codiciados de Florencia: alto, rubio, de una sola pieza y, además, rico. Todos lo llamaban Cischio de manera cariñosa porque tenía los incisivos superiores un poco torcidos, por lo que cuando pronunciaba palabras con «s», parecía tener en la boca un silbato un poco ronco. Era la diversión de los amigos, que se burlaban de él de buena gana, pero también los enemigos le hacían burla por ese pequeño defecto y nunca perdían la oportunidad de fastidiarlo sin piedad. Algún defecto había que encontrarle a ese hombre tan valioso que despertaba envidias entre los compañeros de brigada.

—Me parece que es pariente suyo, Giuliano —agregó la dama queriendo desviar la discusión hacia temas menos escabrosos—. ¿No se casó Guglielmo de Pazzi con una joven de la casa Médici?

—En efecto —respondió en voz baja—, Guglielmo es el esposo de mi hermana Bianca.

No era una respuesta, parecía más el gruñido de un lobo al que se le quiere arrebatar la presa. Sin embargo, la dama no le prestó atención; o tal vez prefirió hacerse la tonta, aunque de tonta no tenía un pelo, pero en aquel momento esa cualidad fue providencial para no entrar en conflicto con la poderosa familia que dominaba Florencia.

—Bueno, señor Médici. Me alegra saber que las relaciones entre nuestras familias se volverán más cercanas y cordiales. Ahora, maestro Botticelli, volvamos al trabajo. El día avanza y se hace tarde.

Giuliano tomó un banquito y se sentó apartado, en un rincón del taller, mudo como un fantasma, absorto como un asceta extraviado en una visión mística. Parecía haberse vuelto todo ojos, anhelo y pena, mientras admiraba a esa hermosa joven, Simonetta vuelta a la vida, que posaba como Venus con un vestido de simple gasa y un paño de terciopelo escarlata. De vez en cuando, ella, astuta y furtiva, desviaba los ojos para verlo y lanzarle una mirada llena de preguntas.

«¿Realmente me deseas? —decían sus ojos—. ¿Me quieres solo para ti, como la querías a ella?».

Giuliano volvió a traicionar a su sentido común y la observaba cada vez más intrigado.

«¡Sí, Dios mío! Te deseo. ¡Te quiero y te tendré, aunque sea lo último que haga!».

Tenía que echar por tierra ese compromiso inoportuno, esa especie de engaño vil que el destino había tramado contra él; ¡le había devuelto a Simonetta en carne y hueso, pero únicamente para ver cómo se la quitaban de nuevo! ¡¿Qué podía hacer?!

Pensaba, razonaba, evaluaba la situación y no veía ninguna alternativa. La frustración avivaba en él una ira ciega e irrefrenable.

—Cischio de Pazzi... ¡que se muera!

Si miraba en retrospectiva el ciclo de su vida, le parecía como si él siempre hubiera estado allí para estorbarlo, como una piedra en el camino. Siempre estaba espiando a los Médici, tratando de encontrar alguna forma de ponerles la zancadilla. Había rivalidad entre ellos desde la infancia, ambos segundogénitos de poderosos banqueros, ambos movidos por un gran deseo de revancha, de demostrar que ellos también tenían madera para el éxito. Pero mientras que a Giuliano le resultaba difícil encontrar su lugar en la casa de los Médici y hacerse escuchar por Lorenzo, don Jacopo de Pazzi, en cambio, depositaba su confianza en su sobrino Francesco, lo consideraba tan hábil como su hermano mayor Guglielmo y tal vez hasta lo prefería.

Incluso con Simonetta se entrometió. ¡Idiota! ¿Cómo esperaba ganársela? Era frío, torpe, incapaz de cortejarla o de mostrarse galante. Habría sido un sacrilegio contra la Madre Naturaleza que una mujer tan hermosa hubiera llegado a sucumbir ante el deseo de semejante don nadie. Pero no había sucedido, por supuesto. Giuliano no tuvo que aguantar demasiado antes de que su atractivo físico, o más aún su inteligencia y su carácter deslumbrante, vencieran los celos de esa criatura maravillosa. Simonetta había sido suya, en cuerpo y alma. Ahora, sin embargo, el tal Cischio del demonio regresaba a la carga, buscaba revancha, y quizá hasta venganza, al intentar apropiarse de esa joven que parecía un calco de la otra, ambas iconos perfectos de la diosa del amor. Mientras Giuliano estaba obsesionado con un dolor que no encontraba reposo, Francesco de Pazzi la había visto primero y de inmediato se había presentado ante ella.

¿Lo impulsaba la pasión o el cálculo? Casarse con ella, de hecho, también le habría dado más prestigio a su nombre, creando vínculos con la antigua e

ilustre casa de los señores de Piombino.

—¡Malditos Pazzi...! Desgraciados entrometidos...

Giuliano miraba el cuadro reflexionando para sus adentros, hirviendo de ira. Le parecía que, después de haber sido dueño y señor de Simonetta Vespucci, el destino le otorgaba un derecho natural sobre esta otra que tanto se le parecía, pues eran como dos gotas de agua.

Mientras tanto, el juego de miradas con ella continuaba lento, clandestino, excitante. Giuliano se sorprendía a sí mismo haciéndose las mismas preguntas de antes, teniendo las mismas dudas que antaño lo atormentaron: ¿era sincero el interés que ella sentía, o podía más su ambición y conspiraba con el fin de ganarse a un hombre de la familia Médici? Hoy, como entonces, no le importaba, ¡haría lo que fuera con tal de tenerla!

Sabía que estaba corriendo un gran riesgo. La hija del señor de Piombino no era solo una muchacha estupenda, se dijo a sí mismo. Antes que nada, era una garantía de alianza, una moneda de cambio en el terreno político. Cortejarla significaba traicionar esos acuerdos, tirar por la borda el pacto celebrado. Era un gesto temerario que no debía cometer, una imprudencia indigna de él.

«Significa jugar con fuego —se repetía—, pero, Dios mío, ¡tengo tantas ganas de jugar!».

Se devanaba los sesos en estas cuestiones como un pobre insecto que chirría mientras intenta liberarse de la telaraña que ya lo ha atrapado, cuando se percató de un detalle. ¿No era su hermano Lorenzo al que Botticelli había retratado vestido de Mercurio?

¡Sí, Mercurio! El dios del dinero y el comercio, de los comerciantes y los traficantes, de los rufianes y los seductores, de los hábiles tejedores de engaños, en todo caso.

Fijó su mirada en esa cara hecha de puro color y se convenció de que el maestro, sin lugar a dudas, había querido retratar a su hermano. Un poco más hermoso que en la vida real, tal vez, e idealizado en una adolescencia eterna como lo exige el canon del arte, pero de cualquier forma, era Lorenzo, el astuto *deus ex machina* empeñado en ahuyentar las nubes negras que amenazan con precipitarse sobre su jardín paradisíaco.

¡Por supuesto! Lorenzo era como una poderosa deidad tutelar capaz de cambiar su destino. Él sabría mover las palancas correctas, como de costumbre; con su hábil juego de prestidigitación, desarmaría los planes de la familia Pazzi.

Pero ¿accedería él a hacerlo?

Giuliano no estaba convencido. Lorenzo tenía en mente otros planes para su hermano menor. En las sagaces manos del Magnífico que todo lo podían y no perdonaban a nadie, la dócil marioneta tenía que limitarse a desempeñar un papel preciso en la construcción de la grandeza dinástica.

Un papel secundario, por supuesto.

IV

Si, con las artes de Mercurio, grabas la imagen de un escorpión en una esmeralda, en la hora de Mercurio y con Mercurio en ascendente, cualquier mujer embarazada que lleve ese talismán se sentirá ligera y fuera de todo peligro, y, con ella, también la criatura.

Lorenzo contemplaba cautivado esa gema prodigiosa: era en sí misma de un valor inestimable, tallada a partir de una esmeralda de rara transparencia; custodiaba, además, el poder arcano de los astros que una sabia mano había logrado aprisionar en su verde luz. Al grabar el diseño de un escorpión en la superficie lisa de la piedra, se había logrado crear un sello astrológico protector. El documento adjunto a tal joya, que había sido un regalo del papa para la familia Médici, lo especificaba minuciosamente, citando la fórmula tal como fue tomada de un antiguo libro sellado.

La colección de objetos preciosos que el difunto Pablo II había logrado reunir durante sus escasos siete años de pontificado aparecía, asombrosa, a ojos de Lorenzo: una cantidad prodigiosa de gemas raras, bronce antiguos, camafeos, marfiles, medallas acuñadas con códigos de singular valor, monedas de oro y plata, iconos bizantinos, mosaicos, tapices flamencos, bordados, relicarios...

Lorenzo habría encontrado un lugar de honor para cada una de esas piezas, únicas en el mundo, en la ya de por sí amplia colección de arte que hacía deslumbrar al palacio Médici. Cosimo la había comenzado, y él, por su parte, tenía la intención de cometer cualquier acto, lícito o ilícito, para convertirla en la más famosa de Europa.

Lorenzo estaba muy orgulloso de sí mismo por la manera ingeniosa, si bien un tanto falaz, gracias a la cual había logrado que toda la colección de antigüedades del papa Barbo terminara en sus manos. La mitad de la colección había sido el resultado de una compraventa; la otra, en cambio, le llegó como un regalo de varios cardenales agradecidos por el hecho de que sus molestos acreedores, de pronto, se apaciguaran.

Sentada en su regazo, con la espalda descansando suavemente contra el pecho de Lorenzo, Clarice pasaba entre los dedos un objeto tan valioso como

su anillo, pero más peculiar. De vez en cuando él le apartaba el cabello del cuello y le mordisqueaba la oreja, trataba de encenderla de igual forma que ella le había hecho hervir la sangre. El simple contacto físico con Clarice, la intensa percepción de su olor de mujer, le desencadenaba una avidez carnal que le costaba contener. Comenzó a acariciar su busto hasta que se topó con los cordones de seda del corsé, los desató y deslizó dos dedos ansiosos e indiscretos entre sus senos.

—¿Por qué no te subes en mí? —le dijo insinuante.

—¿Te parece el mejor momento? Es casi la hora de comer.

—Exacto. ¡Me muero de hambre! —protestó, y le levantó traidoramente la falda para hurgar entre sus piernas con una mano prepotente. Clarice lo apartó riéndose.

—¡Basta! Tendrás lo tuyo a su debido tiempo.

Resignado a mantener a raya su agitado deseo al menos hasta el descanso después del almuerzo, Lorenzo la hizo levantarse de donde estaba sentada. Si continuaba teniéndola encima, existía el riesgo de que los sirvientes, al entrar, los descubrieran en pleno ejercicio de sus derechos conyugales a plena luz del día, en el estudio y, por si fuera poco, sobre el escritorio. Y habrían causado un escándalo en toda Florencia.

Clarice se paró y se recompuso, tratando de poner en orden el corsé suelto y la blusa arrugada. Pero ¿cuántas manos tenía él cuando lo asaltaban esos arrebatos de deseo?

—Como no quieres cumplir con tus deberes, deberías ir adelantándote a la mesa —dijo un poco enfadado por esa abstinencia forzada.

—Ya voy, Lorenzo. Pero primero me gustaría saber qué es esto.

Y le mostró a su esposo una preciosa píxide elaborada con cristalina amatista.

—Es parte de las cosas de ese cofre de ahí —explicó—. Es uno de los objetos más preciosos de la colección de Pablo II, junto con la esmeralda protectora que te acabo de regalar. Y que no mereces, porque eres una esposa que no me trata tan bien como debería —agregó con una mirada lasciva.

Clarice se rio de buena gana, pero luego se puso seria. Sus ojos no podían desprenderse de cierto detalle que le había llamado la atención.

—Esta píxide no está vacía.

—Según el documento que acompañaba el regalo, debería contener las cenizas de Julio César —dijo Lorenzo—. Como puedes ver, está cerrado con un cordón de seda y asegurado con una especie de sello.

Con el dedo índice señaló un pequeño círculo oscuro y aplanado.

—Se ven unas letras, pero no entiendo el significado.

—Probablemente son siglas bizantinas. Esa píxide es un objeto antiquísimo.

Clarice frunció el ceño y colocó el precioso regalo en el cofre que había llegado de Roma.

—¿Quién te envía estos objetos?

—Nadie. Los compré. Y fue una ganga, porque son el resultado de un saqueo en el Vaticano.

Clarice no se inquietó por esa extraña afirmación: nacida en Roma de una familia de la más alta nobleza papal, sabía bien a qué se refería su esposo. En la Urbe, ya desde tiempos inmemoriales, existía la escandalosa costumbre entre los visitantes de asaltar las habitaciones papales, donde yacía el cuerpo del pontífice recién fallecido, para hacer las veladas de oración, y, en lugar de rezar por el alma del difunto, saquear esos sitios con furia de mercenarios. Se robaba de todo, incluso muebles, tapices, cortinas, y se decía que a veces, algunos desvergonzados, después de haberse hecho la señal de la cruz, incluso se atrevían a sacarle los anillos o las zapatillas blancas sagradas bordadas con hilo de oro al cadáver. Los señores cardenales, que tenían acceso a las salas sagradas antes que los demás, obviamente se llevaban la mejor parte. En todo caso, la mayor dificultad para Lorenzo había sido llevar a cabo investigaciones secretas y cuidadosas para descubrir quién había tomado qué en esa inmensa tropelía. Casi ninguno de los altos prelados tenía escrúpulos para el saqueo; de hecho, era útil para ayudarlos a financiar las suntuosas fiestas que cada cardenal debía ofrecer en memoria del difunto pontífice. Pablo II, por otra parte, también había sido un hombre frívolo y derrochador.

—Pero ¿por qué el papa mantenía un objeto tan macabro cerca de él? —preguntó Clarice.

—Por razones políticas. Fue Octavio Augusto quien recogió esas cenizas de la pira de Julio César y las conservó como un trofeo, más que como una reliquia familiar. Octavio fundó el Imperio, de modo que la píxide pasó a Tiberio y luego a todos los demás emperadores que lo siguieron. Llegó hasta Constantino, quien la donó al papa Silvestre cuando permitió que el cristianismo fuera una religión legítima. A partir de entonces, permaneció en manos de los papas, que hacen ostentación de tales objetos para sentirse herederos de los césares.

—Hasta que vino a parar a tus manos, Lorenzo. ¿Quieres convertirte tú también en un César? —Él sonrió desafiante. La ligera provocación de su esposa, lejos de sentirla como crítica, lo seducía y le sugería ingeniosas

tácticas de gobierno—. Deberías deshacerte de esas cenizas —sugirió Clarice a quemarropa; parecían causarle repugnancia.

—¿Por qué? Son lo que le da valor a la píxide.

—Lo entiendo, pero..., bueno, son las cenizas de un hombre pagano. No me gusta.

Lorenzo sacudió la cabeza riéndose de ella.

—¡Qué mojigata! A pesar de todos estos años de vivir en Florencia, ¿tu alma romana sigue igual de supersticiosa?

Ella no se lo tomó mal. En las palabras de su esposo había un trasfondo de verdad. Le parecía que los florentinos, aunque asistían a los servicios religiosos, observaban ayunos y penitencias rigurosamente y, en conclusión, alimentaban una cierta fe, eran al mismo tiempo personas demasiado obsequiosas hacia las tradiciones de los antiguos, cuya cultura, hechizada por la antigüedad y el mundo clásico, había terminado imbuida de paganismo. ¿Qué eran esos hombres y mujeres desnudos, diseminados en casi todos los lienzos y en las estatuas? ¿Acaso no tenían los antiguos griegos y romanos la suficiente ropa? Ella creía que se regodeaban a la hora de representar y mirar los cuerpos sin velos, como si quisieran hacer una gran hoguera con el pudor y conceder plena ciudadanía a todas las formas de libertinaje. Y no entendía cómo las mujeres florentinas, tanto las de buena familia como las jóvenes solteras, consentían que los pintores las retrataran con los pechos desnudos, vestidas de Diana o hasta de Venus. Extrañaba mucho el arte romano, más casto, sus mil iglesias que centelleaban con el oro de los mosaicos bizantinos, el púrpura y el azul ultramar de todos sus iconos sagrados.

—No me gusta —enfaticó con firmeza.

Miró la píxide, que yacía en el cofre, y cerró la tapa con un ruido seco. Parecía un acto de condena irrevocable.

—Ven —propuso Lorenzo—. Vamos a comer. Sagramoro nos estará esperando famélico, y ojalá que hayas organizado un banquete exquisito. Ya sabes que el embajador de los Sforza es de paladar refinado. No quisiera quedar mal.

—Confía en mí, Lorenzo, eso no va a suceder. Sospecho que el señor Sagramoro se ha quedado en Florencia más de lo que debería justamente para disfrutar de nuestra mesa.

—O mejor, para espiarme —contestó él con sequedad.

A la ilustrísima señora doña Bona Sforza, duquesa de Milán:

A través de un mensajero secreto, un hombre de máxima confianza, comunico a vuestra gracia la información que me ha solicitado. No tengo la menor duda de

que sabrá hacer buen uso de esta misiva.

Como todos los años, el pasado día de la Epifanía, Florencia celebró su ceremonia más solemne y fastuosa, la cabalgata de los Reyes Magos. Como de costumbre, los Médici la encabezaron, si bien la fiesta debería involucrar nominalmente a todas las familias notables de la ciudad, que, aunque sí participan, exhiben una sujeción tan manifiesta hacia los nietos del finado Cosimo que se vuelve una desvergüenza a los ojos de cualquier espectador no florentino. En cuanto a los habitantes de la ciudad, parecen estar tan acostumbrados a la altanería de los Médici que ya no le prestan la menor atención; o al menos eso es lo que parece.

Este año, ilustrísima duquesa, la cabalgata fue más espectacular que nunca. Fue mucho más allá del área restringida donde se había celebrado en el pasado, es decir, no fue solo en el corazón urbano alrededor de la catedral de Santa María del Fiore, sino que alcanzó a tocar todas las áreas de la ciudad, de forma que la gente tuvo la impresión de ser parte de una enorme fiesta colectiva.

El palacio del rey Herodes fue construido cerca del convento de San Marcos por los artistas más talentosos de la ciudad, con gran despliegue de recursos. Simulaba un gran palacio principesco con altas columnas casi de tamaño natural, en las que se podían apreciar cortinas azules salpicadas con estrellas de oro. A lo largo de ambos flancos y al fondo se tendieron espléndidos tapices flamencos que recordaban paredes pintadas al fresco, el piso estaba cubierto con alfombras preciosas, mientras que las decoraciones florales colgaban de las cornisas del edificio con la insignia del célebre Marzocco, el león que simboliza el poder del pueblo en Florencia. ¿Qué poder tiene la gente en realidad en esa ciudad? Sería ingenuo plantearles esta pregunta, que seguramente recibirían con una silenciosa sonrisa socarrona. Eso es tan cierto que al lado de la insignia de Marzocco lucía otro símbolo heráldico con esferas de mirto, el escudo de armas de los Médici.

En el interior, el admirable edificio real albergaba una cama con cobertores púrpura y cubierta con cortinas de seda; en la decoración relucían adornos preciosos y vajillas de plata, objetos acordes al esplendor de un rey. Tal vez haya usted adivinado, ilustrísima señora, que fue Lorenzo de Médici quien ofreció toda esa panoplia de ornamentos, para que los hombres, al ver brillar la gloria del Hijo de Dios, tuvieran que pensar también en la suya.

Por otro lado, los campamentos de los Reyes Magos estaban ubicados en los otros barrios, cada cual con un gran número de ciudadanos congregados que actuaban como sirvientes de diferentes rangos en sus respectivos cortejos reales. A la hora programada, tres embajadas cruzaron las calles de la ciudad con exuberantes procesiones, para luego encontrarse en la Piazza dei Priori y allí rendir homenaje a la Signoria. Los ciudadanos más eminentes se reunieron con los Magos como dignatarios enviados por Herodes y, a manera de broma, se dispuso que cada uno de ellos fuera también interpretado por su propio hijo, vestido exactamente como su padre y capaz de imitar su tono de voz, los ademanes y sus peculiares modales, tras haber practicado con muchos días de antelación para poder hacerlo. El objetivo de esa puesta en escena, que seguía la práctica común de echar mano de dignatarios «falsos» durante las visitas de personajes ilustres, era mostrar la magnificencia de los tres reyes y el decoro del senado de Florencia de una manera ilustre y también un poco teatral.

Luego siguió una procesión grandiosa y colorida con multitud de sirvientes, caballos, animales de carga y fieras salvajes de numerosas especies, algunas de ellas vivas y otras artificiales, hechas de papel maché recubierto de pieles, que simulaban ser transportadas dormidas en jaulas. Había perros y preciosas aves de rapiña de alto vuelo entrenadas para cazar, seguidos de una infinidad de regalos para el Niño Jesús, y esclavos vestidos con ropas exóticas que imitaban a la

perfección los trajes orientales y los hacían parecer en verdad nativos de las tierras de donde venían los Magos.

Cuando la monumental procesión llegó a Piazza San Marco, el rey Herodes la recibió con gran celebración y, después de las formalidades rituales, los Magos regresaron a sus respectivos campamentos, cada uno desfilando con su propio cortejo por las calles de la ciudad. Al día siguiente, con igual pompa, se celebró propiamente la adoración del Niño.

El propósito oculto detrás de tanta solemnidad, ilustrísima señora, era asegurarse de desviar la atención de la gente de Florencia, descontenta por la forma demasiado obvia en que Lorenzo de Médici mete mano en los engranajes de la Signoria, y tengo razones para creer que también por los excesivos favores otorgados por los Médici a sus amigos. Entregados con gran esfuerzo a la confección de los disfraces y de la laboriosa parafernalia que desfilaron en la plaza, durante meses los ciudadanos estuvieron muy concentrados en ese trabajo, así como en hacer las numerosas pruebas de coreografía, de manera que no tuvieron tiempo de pensar en los rigores de la tiranía, y ya con el estómago lleno y los ojos colmados de maravillas, se quedaron tranquilos y renunciaron a cualquier levantamiento.

Así es, excelentísima duquesa. Tal como en la época de los césares, que daban pan y circo a la plebe para mantenerla calmada, los Médici mantienen a Florencia en sus manos porque embriagan al populacho con espectáculos caros y sorprendentes. El ciudadano común se siente el hombre más feliz del mundo, complacido porque no existe en Italia, y quizá en todo el mundo, otra ciudad en la que se puedan admirar tales bellezas al caminar por la calle. El arte es una droga divina para el alma y el corazón, pero, sobre todo, una medicina que evita la gangrena del conflicto político.

Este razonamiento astuto no se debe al genio personal de Lorenzo, ya que tanto Cosimo como su hijo Piero mostraban tales excesos. Sin embargo, Lorenzo carece del sentido de moderación que tenían los dos primeros, siempre quiere sobresalir, sin importarle si se vuelve odioso. Finalmente noté, y muchos otros también lo remarcaron, que ningún miembro de la casa Pazzi participó personificando a ninguno de los Reyes Magos, y ningún integrante de esa familia estuvo presente ni siquiera en la multitud de personas notables que seguían los tres desfiles reales.

¡Es algo sorprendente! Porque debe usted saber que ese linaje, entre los más eminentes de Florencia, tiene raíces antiguas, proviene de la noble colina de Fiesole y se estableció en el barrio de Porta San Piero a partir del siglo XIII. Los magnates Pazzi son acérrimos güelfos del partido negro, y las crónicas florentinas los citan con frecuencia en asociación con grandes eventos, de manera que se les menciona incluso en la Comedia de Dante. Se precian de tener una ilustre historia familiar que se remonta a tiempos remotos. Descienden de un héroe de la primera cruzada, el primero en escalar los muros de Jerusalén el día en que lograron arrebatarla de las manos sacrílegas de los infieles. Las reliquias que trajo a su suelo natal desde Tierra Santa son el orgullo y la gloria del Duomo de Florencia: tres grandes piedras claras tomadas del Santo Sepulcro. Desde aquel lejano día, todos los años se enciende con ellas el fuego sagrado para la liturgia de Pascua, que se coloca en un espléndido carro decorado con oro y cortinas preciosas y se conduce por las calles de Florencia para impartir la divina bendición por toda la ciudad.

¿Pueden personas como estas soportar la arrogancia de los Médici sin hacer nada al respecto? Yo no lo creo.

Esté muy atenta, ilustrísima duquesa, y estudie cuidadosamente cada movimiento; la soberbia de su amigo aumenta día tras día y su comportamiento

indigna a muchos señores. Me temo que los Pazzi no lo olvidarán con facilidad.

Por el momento me despido. Lorenzo de Médici me espera para un banquete al que seguro que dará una solemnidad especial en honor suyo, ilustrísima señora, y en homenaje a la casa Sforza que represento. Ustedes son los únicos aliados que le quedan, mientras que los enemigos están cerrando filas a su alrededor.

V

Había un incesante ir y venir de sirvientes con uniformes festivos que limpiaban atareados después del banquete, lo que creaba juegos de colores rutilantes a lo largo de las galerías del palacio Médici.

Había quien recogía migajas de los manteles con la hoja de un cuchillo y las colocaba en un gran frasco de vidrio; luego, de acuerdo con las buenas costumbres de la economía doméstica, cuando estaba casi lleno se amasaba con azúcar y mantequilla para hacer un postre frugal, adecuado para ocasiones menos solemnes. Otros guardaban la vajilla de plata en los grandes cofres de la casa, de los que saldría solo en el próximo banquete. Unos apagaban las velas y otros más recolectaban las muchas flores esparcidas en las mesas, en los tapices, incluso en el suelo, pues doña Lucrezia, que había conservado los hábitos de una buena ama de casa, haría con ellas un muy apreciable regalo al Duomo al día siguiente. Parecían muchas abejas laboriosas y diligentes que se desvivían por mantener la eficiencia de su colmena. Su reina, de acuerdo con la ley de la Madre Naturaleza, descansaba después de haber cumplido con sus muchos deberes, entre otros, el de brillar en sociedad cuando había que recibir invitados de prestigio.

A Clarice no le incomodaba en absoluto desempeñar el papel que en otra época había hecho sudar la gota gorda a su suegra, Lucrezia Tornabuoni. Su elegancia natural, la noble educación que había recibido, pero sobre todo el prestigio de haber contado con dos papas en la familia, así como un número impresionante de cardenales, obispos y monseñores poderosos, la colocaban al mismo nivel que los personajes que visitaban el palacio Médici; los Sforza, por ejemplo, siempre habían sido amigos y aliados, o Federico da Montefeltro, que incluso fue el padrino de bautismo de Lorenzo.

Aunque el evento de esa noche ni siquiera había sido de los más exigentes, la había dejado con una sutil inquietud a flor de piel que no lograba sacudirse.

La culpa fue de la conversación que mantuvo con Sagramoro Filippi da Rimini, embajador del duque de Milán, si bien era un hombre de modales exquisitos, lleno de sentido común y afable.

—Por favor, dese la vuelta, señora.

—Déjalo así, Betta. Ve a acostarte ya.

La criada le desató los cordones de seda que apretaban su corsé en la parte superior de la espalda, se aseguró de que el pesado vestido de brocado estuviera lo bastante abierto para que pudiera quitárselo sola, se inclinó y salió de la habitación.

¡Por fin!, pensó Clarice. Sentía una imperiosa necesidad de estar sola y reflexionar. Se sentó en la cama, luego se dejó caer de espaldas y se deslizó dulcemente sobre el suave cobertor. El techo pintado de la gran cama nupcial le ofrecía la vista de un cielo estrellado donde no había rastros de nubes oscuras, un grato augurio de serenidad conyugal. Sin embargo, las nubes se acumulaban sobre sus días y percibía el presagio por señales invisibles.

Cerró los ojos exhaustos. Vio de nuevo la cara de Sagramoro, con esos penetrantes ojos azules que parecían estar buscando las palabras correctas sin encontrarlas nunca. Esa cara enmarcada en un impecable corte tipo casco con cabello blanco muy brillante le daba el aire de un guerrero con un yelmo plateado. ¿Qué habían discutido, después de todo? Tonterías, fútiles argumentos que solo servían para animar una alegre conversación de banquete, nada más. Entonces ¿por qué se sentía tan turbada?

—Señora, la duquesa de Milán lamenta no haberle agradecido aún una cierta cortesía que tuvo usted con ella hace tiempo —dijo Sagramoro.

—Lo dudo, excelencia. La duquesa Sforza siempre es generosa en sus agradecimientos. Y ninguna cortesía es suficiente pago por su amistad.

—Pero esta cortesía fue realmente extraordinaria, créame, algo nunca visto.

—¿A qué ocasión se refiere en concreto?

—Fue durante la última visita del duque a esta ciudad. ¿Usted se acuerda?

—Por supuesto.

—Era la fiesta de la Anunciación, el 25 de marzo. Aquí es costumbre celebrar esa fecha con mayor solemnidad que en otros lugares.

—Excelencia, todos los extranjeros quedan asombrados por la cantidad y la suntuosidad de los espectáculos que se pueden disfrutar en Florencia. Incluso a mí, que vengo de la ciudad de los papas, me impresiona.

—Recuerdo que el señor duque había venido con su familia y que usted, señora, hizo que el mismísimo Andrea Verrocchio decorara el palacio Médici para la ocasión.

—Sí, la idea fue mía. Me parecía apropiado debido al rango de las personas que venían a nuestra casa.

—Eso la honra, doña Clarice. Pero su esposo también puso de su parte para que ese día fuera inolvidable. Por ejemplo, ¿recuerda que la duquesa Bona sufría de migraña esa mañana? El duque, por otro lado, abusó del vino la noche anterior y batallaba para despertarse.

—Cosas que suceden en las celebraciones.

—¡Bueno, sí! Mientras tanto, la ceremonia comenzó sin la presencia del duque y la duquesa, pero su esposo tuvo la amabilidad de pedir que la representación sagrada se repitiera tres veces, para que el duque pudiera verla. ¡No dos, sino tres veces! Se lo juro, señora, que he acompañado a mi señor por toda Italia ¡y nunca, de verdad que nunca, he visto tal gentileza!

—Creo que los florentinos lo hicieron de buena gana. La predilección que los Sforza tienen por esta ciudad es motivo de orgullo para ellos.

—Señora, usted es romana. Tal vez aún no entienda por completo el alma de sus conciudadanos actuales. La gente de Florencia tiene un carácter terco y orgulloso. Recuerdo que fui temprano a la ceremonia ese día, y alguien a mi alrededor parecía muy irritado porque la fiesta no podría continuar si el duque no venía. Incluso se había formado un pequeño grupo de hombres molestos que decían que la Anunciación era una fiesta sagrada de Florencia y para Florencia, no un teatro de marionetas organizado para entretener a los milaneses. Murmuraban que era algo indecente y humillante. Una verdadera bofetada a la libertad florentina.

—Los aguafiestas nunca faltan.

—Su esposo, sin embargo, no se dejó impresionar por tales ánimos y se mantuvo firme en su decisión. Tiene mucho peso su palabra, ¿no es acaso él el primer ciudadano?

—No creo que sea justo ponerlo en esos términos. Todos los miembros de la Signoria tienen la misma importancia.

—¿Son todos iguales? En apariencia, tal vez. A los ciudadanos eminentes se les da un trato preferencial. Tomemos el caso de Bando Corsi, por ejemplo. Fue gonfaloniero de justicia hace unos años, pero probablemente no era un hombre de buen gusto; dicen que estaba metiendo presión para que se discutiera en la Signoria una cierta solicitud hecha por el rey Ferrante de Nápoles, incluso cuando su esposo ya había expresado una opinión contraria al respecto. ¡Por supuesto que Lorenzo lo resintió! El muy imprudente incluso fue tan lejos como para exigir una votación, y por supuesto prevaleció el no, como su esposo quería. Corsi fue enviado al exilio al año siguiente, si no me equivoco...

—Seguramente habrá sido culpable de hacer algo contra la República, excelencia.

—Y ¿quién podría negarlo? También está el caso de ese tipo llamado Alamanno Rinuccini, ¡qué hombre tan poco cauto!

—No sé nada al respecto.

—No pasa nada, señora. Una dama de su rango y belleza solo debe lidiar con cosas agradables. En resumen, hace un par de años el tal Rinuccini fue enviado como embajador a Roma. Llevó a cabo su misión incluso con éxito, al parecer. Luego regresó a Florencia y, tan pronto como puso un pie en la ciudad, fue de inmediato al palacio de gobierno para informar a la Signoria del resultado de las negociaciones que había llevado a cabo.

—No me parece tan incauto lo que usted cuenta.

—A eso voy. Informó a la Signoria de la entrevista que tuvo con el papa antes de hablar de ello en privado con su esposo, aquí con toda privacidad en el palacio Médici, para saber lo que tenía que declarar y lo que tenía que callar... ¡Un loco, ese Rinuccini! Un verdadero desconsiderado. De hecho, poco después fue destituido de cualquier función. ¿Acaso él no sabía que Lorenzo de Médici tiene un cuerpo diplomático personal, para su propio uso y beneficio, paralelo pero independiente del gobierno de Florencia? ¡Por favor, si lo sé incluso yo que vivo en Milán!

—¿Una diplomacia personal? Tiene usted una idea exagerada, excelencia.

—Soy exagerado por defecto. Usted es demasiado modesta, señora. No se da cuenta del prestigio del que goza su marido en toda Europa. ¿Recuerda cuando nació su pequeña Lucrezia? A Lorenzo le habría gustado pedirle a mi señor, el duque Sforza, que fuera su padrino de bautismo, pero no pudo hacerlo: el rey Luis XI de Francia reclamó ese papel para sí mismo. Así que su pequeña hija fue llevada a la pila bautismal por los embajadores franceses.

—Espero que el señor duque no se haya sentido ofendido por esto. ¡Me mortificaría!

—No, señora, Sforza entendió. ¿Quién puede oponerse a los deseos de un monarca? Además, ustedes los Médici le deben mucho a la casa real de Francia. Lorenzo es muy cercano al soberano, tanto es así que, cuando el cardenal Bessarione fue enviado por el papa a París, hizo escala aquí en su palacio, donde su marido le reveló ciertos secretillos sobre el rey Luis que servirían para las negociaciones que iban a comenzar...

—Su excelencia, ¿cree que mi esposo está actuando mal?

—No, señora. Al contrario. Cada uno de sus movimientos sigue a la perfección el modelo del gran señor que domina y gobierna su ciudad con

puño de hierro.

—Pero Florencia es en realidad una república.

—Exacto. Y, si quiere mi opinión, creo que la gente de su ciudad no está hecha para ser sometida a un dominio señorial. No lo soportarían, se inflaman de ira incluso ante la sola idea. Hay ya tantos malhumorados por ahí, hombres carcomidos por la envidia y el resentimiento por haber sido injustamente excluidos.

—Y ¿son peligrosos?

A esa pregunta, Sagramoro no respondió. Pero mientras bebía despacio su copa de vino, fijó en ella sus ojos azules, afilados como cuchillas de acero.

VI

Sola en su habitación, donde se había retirado con el pretexto de un dolor de cabeza fingido para abandonar el banquete, Lucrezia rompió con manos inquietas el sello de una carta llegada de Roma. Casi tenía miedo de leerla: su hermano Giovanni Tornabuoni era un hombre con un carácter metódico y muy riguroso; sin embargo, se volvía un inútil cuando por alguna razón se veía asaltado por la ansiedad. Y esas sombras oscuras en el papel, que parecían deberse a dedos manchados de tinta, no auguraban nada bueno.

Querida Lucrezia, hermana mía:

Me pides novedades sobre el progreso del banco en Roma, solo puedo darte noticias alarmantes y pedirte que actúes para contener a tu hijo Lorenzo. Tan concentrado como está en las cuestiones políticas, en las que me dicen que pretende dictar ley sin atender a la tradición florentina, termina por afectar a los asuntos del banco, con gran perjuicio y peligro para todos nosotros.

En los libros de cuentas de los Médici, encuentro que, a partir del año 1434, es decir, desde que Cosimo regresó de su exilio en Venecia, se ha gastado una suma con la que bien podría financiarse una guerra: 663.775 florines de oro, y no exagero. Mucho se ha ido en construir vuestro gran palacio en Florencia, pero también costaron mucho las diversas limosnas que Cosimo, que en paz descanse, dio a la Santa Iglesia Romana para que se hiciera la vista gorda ante ciertos tejemanejes minúsculos y discretos que realizaba bajo la mesa, como se suele decir.

El banco nunca recuperó la suma de 170.000 florines que se prestó a Francesco Sforza, y nos afecta mucho este déficit. En cuanto a otras filiales, no veo tampoco ninguna razón para alegrarse: la oficina de Lyon padece las malversaciones de Lionello de Rossi, y ha estado al borde de la bancarrota varias veces. ¿No podría encontrar Lorenzo un gerente más capaz y menos ladrón?

Nuestra sede en Londres pronto será liquidada, estoy casi seguro, y quedaremos con un pasivo de 51.553 florines. En cuanto a nuestra oficina en Venecia, no tengo noticias recientes; sin embargo, las malas relaciones entre Florencia y la Serenísima ciertamente afectarán. ¿Es cierto lo que se rumorea sobre Giuliano y una joven del patriciado veneciano? Si estos rumores están fundados, eso sería un auténtico regalo del cielo para nosotros.

La filial que se abrió en Nápoles estaba supeditada a los deseos del rey Ferrante, que eran como órdenes, pero ahí nunca hemos navegado en aguas tranquilas. Por otro lado, en Brujas, es difícil que nuestro agente Tommaso Portinari pueda recuperar la gran cantidad de dinero prestado al duque de Borgoña, aquel Carlos el Temerario que era notoriamente un pésimo pagador. Cuando murió hace meses, calculamos que le debía al banco Médici la preciosa

cifra de 9.500 libras, una suma cercana a los 2.500 florines. Y quiero agregar que, según mis fuentes confiables, el propio Portinari no lo pasa nada mal; vive en un hermoso palacio, donde lleva la vida de un gran señor.

Por último, estoy muy preocupado por la pérdida de los créditos que teníamos con el sumo pontífice, pues retiró a los Médici la depositaría para la cruzada. Dime, querida hermana, ¿es de verdad irrevocable esta decisión?

Me enteré, por medio de los monseñores de la curia, que sobre las decisiones de Sixto IV pesa mucho la influencia de su sobrino Girolamo Riario, y que el papa nunca hubiera siquiera soñado gastar una fortuna para comprar la ciudad de Imola, si ese patán no lo hubiera atormentado mes tras mes porque quería casarse con la hija de Galeazzo Maria Sforza. Este Girolamo es un hombre ambiciosísimo, arrogante y pretencioso. Parece que antes pensaba casarse con una hija del príncipe de Rossano, porque le entusiasmaba la idea de tener un título principesco. La cercanía de ese hombre con el santo padre es terrible para nosotros, y además el papa no se tomó bien la negativa de tu hijo. Me pregunto: ¿por qué Lorenzo le negó a Sixto IV el dinero necesario para comprar Imola? ¿No habría sido prudente cumplir con los deseos del papa, sobre todo cuando su debilidad hacia su sobrino Girolamo es un hecho consabido? Aquí en Roma se dice que no es el papa quien en realidad gobierna, porque Riario y un puñado de sus acólitos tienen secuestrada a la curia dentro de una jaula de hierro, y nada importante se decide fuera de ella.

La situación habría sido muy diferente si su eminencia el cardenal Pietro Riario viviera; su repentina muerte dejó un vacío insalvable tanto en el corazón de Sixto IV como en los juegos de poder de la curia, y Girolamo se aprovechó de inmediato de eso con una astucia diabólica.

Pietro dio mucho de qué hablar en los pocos meses en que utilizó sin escrúpulos el poder y el crédito debido al afecto de su tío pontífice, pero no era un mal hombre, y lo vimos con nuestros propios ojos cuando fue nombrado arzobispo de Florencia. Es cierto que, aunque provenía de una orden con votos de pobreza, igual que el papa, poco tenía de la modestia genuina y la consabida frugalidad de Francisco de Asís. Trató de acumular beneficios por una gran cantidad de rentas que lo hicieron muy rico, pero era aún más famoso por sus clamorosas disipaciones y su comportamiento libertino. Incluso tenía una amante oficial, una tal señora Teresa, a quien, después de la muerte del cardenal, todos los grandes señores de Roma vinieron a ofrecer sus condolencias como si fuera la viuda de un rey. Mantuvo una corte de verdad, que lo seguía, y dicen que incluso en sus residencias era habitual un ceremonial suntuoso, no muy diferente del que caracteriza a los días de Su Santidad.

Los romanos guardaron diez días de luto riguroso, ciertamente no porque hubiera sido un sacerdote ejemplar, sino agradecidos por toda la diversión que pagó de su propio bolsillo y ofreció a la gente. ¿Me creerá que desde los estandartes de Castel Sant'Angelo se vio ondear una bandera que decía: «Adiós a nuestras fiestas»?

Nosotros, los Médici, en cambio, no lo extrañamos en absoluto, pues en los dos años que encabezó el Sacro Colegio logró despilfarrar 300.000 florines, suma que nosotros tuvimos que prestarle, tan grande que no le fue posible cubrir la deuda ni siquiera con su poderoso sistema de cuotas a cardenales; de hecho, dejó todavía 6.000 florines pendientes de deuda en la depositaría. Me duele decirte esto, pero a lo anterior se añade un déficit de 107.000 florines que, por orden de Lorenzo y en contra de mi consejo, fueron anticipados a la Tesorería Apostólica, los cuales trato de recuperar con desesperación.

En resumen, hermana mía, debes reprender a tu hijo: el banco está navegando en pésimas aguas y, si por casualidad tres o cuatro de nuestros principales clientes

quisieran retirar su dinero, no podríamos pagar esas sumas. ¿Por qué Lorenzo se dedica en cuerpo y alma a la política, descuidando el rumbo de los negocios?

¿Y por qué tiene un estilo de vida principesco y gasta más de lo que puede pagar entre obras de arte, objetos preciosos y fiestas?

Confío en que la sabiduría y el amor de madre te guiarán para reconducirlo a una conducta más prudente.

Tu Giovanni Tornabuoni

Angustiada por las noticias que acababa de recibir, que superaban sus más oscuras expectativas, Lucrezia se apresuró a hacer desaparecer la carta en el cajón en el que guardaba la correspondencia más preocupante y los documentos confidenciales que los demás miembros de la familia no debían ver. Ni siquiera Lorenzo era admitido en esa reserva especial de secretos.

En su momento, Cosimo le enseñó que no todos los caballos son capaces de aguantar la misma carga; por lo tanto, el que sea capaz de hacerlo debe sacrificarse por todos los demás y padecer su propio calvario en silencio y soledad. Cosimo conocía a Aristóteles, e igual que el filósofo creía que los hombres de ingenio deben ser por naturaleza los líderes de los demás.

Hundió la cara entre las manos en un instante de profunda desesperación. Pero en breve su carácter combativo la ayudó a recobrar su lucidez. Entonces tomó papel, pluma y tintero. Alisó el papel y comenzó a escribir.

Querido Giovanni, hermano mío:

No puedo sino lamentar las malas noticias de las que de mala gana eres portador. El estado financiero del banco no es mejor aquí en Florencia.

Lorenzo es terco, lo sabes bien. No se deja aconsejar y aún menos guiar. Por desgracia, no tiene el mismo talento que Cosimo para los negocios. El abuelo elegía a sus colaboradores uno por uno, supervisaba su trabajo y tomaba las decisiones importantes en persona. Mi hijo, en cambio, deja gustoso los negocios en manos de Francesco Sassetti, que hace lo que quiere. Por lo tanto, los gerentes de las distintas filiales disfrutan de una libertad que antes era impensable, y no todos la usan dignamente.

Tampoco te equivocas con el resto, Lorenzo gasta demasiado. ¡Yo intento ahorrar en todo, para compensar ciertos excesos, y lo único que me gana son las acusaciones de mi nuera de ser más tacaña que un judío!

Se gasta cifras exorbitantes en arte. Imagínate que muchos magnates de Florencia, incluso personas de los linajes más antiguos, le piden consejo cuando quieren restaurar sus edificios y, si por casualidad el proyecto que Lorenzo les diseña en persona resulta demasiado costoso para sus bolsillos, entonces mi hijo dona con gran prodigalidad lo que falta para que se complete. ¡Dios es testigo de que lo he reprendido por ello!

Lorenzo responde que eso permite dar muestras de grandeza, porque hace que las finanzas de los Médici parezcan tan prósperas que incluso se pueden dar el lujo de pagar los palacios de los demás. Y a eso añádele que cada día quiere ver crecer Florencia con mayor esplendor, y sentirse orgulloso de vivir en la ciudad más hermosa del mundo.

Yo creo, en cambio, que mi hijo comete un grave pecado de vanidad. Lorenzo quiere imprimir la huella de su genialidad en Florencia, de manera que su alma sedienta de belleza pueda reflejarse en tal magnificencia como un diamante en un espejo.

Ninguna cantidad le parece excesiva cuando se trata de financiar a algún escultor, o de sufragar los gastos de un pintor talentoso. Sin embargo, creo que buena parte de la colección de joyas a las que te refieres, que pertenecían al papa Pablo II, en realidad la recibió como regalo...

Los golpes en la puerta hicieron que Lucrezia se sobresaltara. Dobló la hoja en dos, cubriendo lo que había escrito.

—Adelante.

Clarice cruzó el umbral con la espalda erguida y el paso solemne. Lucrezia Tornabuoni Médici le dirigió una mirada fugaz y distraída.

—¿La señora princesa no está descansando? Debe de estar cansada después de la fiesta.

Clarice tuvo cuidado de no caer en la provocación, aunque era evidente que Lucrezia tenía la cabeza llena de preocupaciones, al igual que ella.

La relación entre suegra y nuera no era precisamente miel sobre hojuelas. Difícilmente podría haber sido de otra manera entre dos mujeres inteligentes, de personalidad fuerte, pero tan diferentes en carácter, educación y bagaje.

—¿Puedo hablar con usted, querida suegra? Si la carta que escribe es importante, volveré mañana.

Lucrezia guardó con rapidez el papel. Nadie debía entrometerse en esas cuestiones engorrosas.

—Habla entonces —dijo.

Por el tono, parecía una orden más que un permiso, pero Clarice no le prestó atención. Aunque la voz sonaba un poco áspera, no había en ella rastro de malicia. Además, tenía que tratar con alguien que conociera a fondo a Lorenzo para entender lo que le estaba sucediendo a su esposo. Y Lucrezia, pese a que veces se mostraba un poco estrecha en sus razonamientos, rara vez se equivocaba cuando se trataba de sus hijos.

—Tuve una conversación interesante con el señor Sagramoro durante el banquete.

—Hombre de agradable elocuencia —concordó Lucrezia.

—Pero las cosas que él me dijo no lo fueron, querida suegra. O más bien, lo que pensé que quería decirme entre líneas con su lenguaje ambiguo de diplomático.

—¿Qué quieres decir, nuera?

—¿Qué grado de franqueza puede soportar, Lucrezia?

Una pregunta tan inusual aumentó la curiosidad de la matrona y le infundió una apremiante sensación de alarma.

—Sé por completo honesta o, si no, es preferible que te quedes callada.

La invitación tranquilizó a Clarice, quien esperaba ya ese tipo de actitud en su suegra. Sin más formalidades, se sirvió vino y lo bebió con una prisa inusual, de modo que la mirada experta de la suegra pudo detectar su ansiedad.

—¿Usted cree que Lorenzo puede haberse granjeado la enemistad de alguien muy poderoso en la ciudad?

—Es normal, Clarice. Tu esposo puede ser odioso cuando quiere. Lo sabes bien. Fue el nieto favorito de Cosimo, que lo educó y lo malcrió de una manera desvergonzada, por lo que aquí en casa siempre teníamos que hacer lo que decía.

—Que lo haga en casa es una cosa. Pero, si Lorenzo pretende hacerlo también en el interior de la Signoria, entonces es un problema. Sagramoro aludía justo a eso. Lorenzo tiraniza las instituciones, desprecia las tradiciones de Florencia. Se siente tan fuerte que humilla en público a las familias de abolengo, y cualquiera que no coincida con él sabe que lo pagará muy caro. ¿Está de acuerdo, suegra?

Mientras hablaba su nuera, Lucrezia se acercó a la mesa y se sirvió una copa de vino. En lugar de beberlo todo de golpe como había hecho Clarice, comenzó a caminar de un lado a otro por toda la habitación. Se pasaba la copa llena de una mano a la otra.

Por último se detuvo. Se volvió y clavó los ojos en su nuera. ¿Era mejor hablar o callarse por completo? ¡Qué terrible dilema!

Clarice nunca antes se había involucrado en los asuntos públicos de Lorenzo; detestaba la política, la consideraba un asunto cruel, lamentable y sucio. Estaba convencida de que una dama de alto rango debía permanecer al margen de ella, del mismo modo en que una mujer decente nunca pone un pie en un burdel. Las cortesanas, sí, solían hablar de ciertas intrigas políticas en la cama con los hombres, pero solo después de haberlos deleitado con el sexo.

Si su nuera ahora le hacía ciertas preguntas, si violaba su estricta regla de ocuparse solo del bienestar de Lorenzo y de sus hijos, entonces algo debía de haberla turbado profundamente.

¿Era mejor hablar o callarse? ¡Al diablo con la prudencia! Lucrezia sintió que le carcomía la necesidad de desahogarse con alguien en quien pudiera confiar, para aliviar la angustia que había estado sintiendo durante meses. Y aunque no compartía muchos de los puntos de vista de su nuera, Clarice era

sin duda la persona adecuada: amaba a Lorenzo. A pesar de sus casi diez años de matrimonio, aún los unía una pasión tierna y entrañable.

—Sagramoro tiene mucha razón —prorrumpió mirando hacia el cielo—. Pero ¡me temo que su lenguaje velado no refleja la verdadera dimensión del problema!

Tras decir esto, vació la copa de un trago y luego se sentó en el banco frente a la chimenea. Clarice veía las llamas, que proyectaban en su rostro sombras y luces ondulantes y lúgubres como dedos fantasmales, y, mientras su suegra le revelaba escenarios que ella nunca había imaginado siquiera, tan hermética e inalcanzable en la torre de marfil de su tranquila existencia, pudo descubrir un lado desconocido de la personalidad de su esposo que habría preferido ignorar por siempre.

Era una vieja historia, la vida de los Médici en Florencia había sido como un duelo entre ellos y el puñado de familias antiguas que en el pasado dominaron la ciudad y que, como era obvio, no querían renunciar al cetro del poder. Cosimo había sufrido el exilio, mientras que Piero se había arriesgado a morir en una emboscada. Cuando este último murió, Lorenzo heredó el inmenso peso de la familia, pero se llevó una atroz sorpresa al descubrir que no todos los que fueron fieles a su padre les serían leales a él y a su hermano Giuliano. Cada vez que se veían obligados a hacer valer su voz en la Signoria, o cada vez que necesitaban aplicar mano dura, los Médici perdían amigos y partidarios, por lo que se veían obligados a reemplazarlos por otros, pero el cambio no siempre era ventajoso.

Aunque Lorenzo hacía gala de una aparente humildad, en realidad dominaba sin contrapesos todos los aspectos de la vida política. Sin embargo, en el afán de llegar a ello, quedó muy desprotegido. Hizo todo lo posible para acceder dos veces a cargos oficiales de gran prestigio y, al manejar con una astucia sin escrúpulos las cartas de amigos, aliados y simpatizantes, dio gusto a algunos y ofendió a otros. Muchos de los decepcionados y excluidos de este remolino de cambios, todos realizados más o menos al margen de la legalidad, eran viejos partidarios de los Médici, a veces incluso miembros de familias que se habían emparentado con ellos. Los Pazzi eran unos de ellos.

Desafortunadamente, Lorenzo no se daba cuenta de esta situación catastrófica. Era inútil tratar de abrirle los ojos, no quería escuchar razones.

Más tarde, a lo largo del corredor ahora oscuro, Clarice luchó contra las lágrimas y perdió.

—¡No lo reconozco! —pensaba angustiada—. No es el mismo hombre con el que me casé...

¿Dónde había quedado aquel muchacho astuto, pero más aún sensato, pragmático y sagaz?

Toda su extraordinaria clarividencia política parecía haberse desvanecido en el aire, disuelta como un soplo de niebla al amanecer.

—¿Qué le pasó? —gimió.

La luna miraba a través de los arcos de la galería, llena, triunfante, insinuante, hasta que un grumo de nubes negras la cubrió para oscurecer su luz. Y de repente se volvió plena noche sin contar siquiera con el consuelo de una estrella.

El corazón de Lorenzo también estaba sumido en las tinieblas. Parecía como si su alma hubiera caído presa de un oscuro maleficio.

VII

Las campanas de San Pedro repiqueteaban el ángelus sin cesar. Todo el cielo de Roma, bañado en luz, parecía retumbar como una caja de resonancia azul percutida por mil voces de bronce.

En el pequeño estudio junto a la capilla de San Nicola, en el corazón del Vaticano, un distinguido hombre estaba de rodillas con la cabeza gacha. A nadie se le habría ocurrido que ese hombre ocupaba un papel tan importante en las jerarquías de su siglo: era conde, duque, pero, sobre todo, capitán del ejército papal. En ese momento, sin embargo, parecía un pobre soldado de infantería maltratado por su general furibundo. Solo que el veterano parado frente a él, con la cara crispada por una ira que no era decente manifestar como él habría querido, era el santísimo padre Sixto IV, heredero de Pedro y vicario de Cristo en la tierra.

—¡Es usted su padrino de bautismo! —rugió el papa—. Tiene deberes paternos hacia él y responsabilidades precisas. Debe poner fin a su insolencia.

Federico da Montefeltro, recientemente nombrado duque de Urbino, inclinó la frente aún más, preparándose para dar la respuesta que tenía guardada. Respuesta honestísima, por cierto.

—Santo padre, Lorenzo de Médici es un hombre obstinado. No escucha a nadie. Solo Cosimo podía doblegar su arrogancia. Y lo que es peor, él cree que siempre tiene la razón.

Los oscuros ojos del papa centellearon con irritación.

—¿Él cree que tiene razón? ¿Y también cree que vive en un mundo lleno de mentecatos que no se dan cuenta de sus maquinaciones? ¡Está insultando a nuestra sagrada persona!

—Haré todo lo posible para reconducirlo a una mejor conducta, santo padre. Pero usted sabe que yo no tuve nada que ver con la masacre de Volterra. Acudí al frente de mis tropas como usted me ordenó, porque las minas de alumbre de la ciudad pertenecen a la Iglesia. Luché junto a los soldados de Florencia porque estaban de nuestro lado. Pero ¿cómo podría haber sabido que Lorenzo de Médici había manipulado las magistraturas?

Ignoraba que los disturbios habían estallado por su culpa. ¡Créame, desearía no haberme presentado en esa ciudad jamás!

El tono era humilde y contrito. El arzobispo Salviati, que hasta entonces había permanecido discretamente apartado en un rincón, se adelantó y pidió al papa el derecho de palabra. Tenía una expresión mordaz y burlona.

—¿Lamenta haber peleado en Volterra, duque? Sin embargo, se ha beneficiado una enormidad de ello.

—¡Nunca! —rugió Federico—. Esa es una odiosa calumnia esparcida para denigrarme.

—A veces, incluso las calumnias ocultan un fondo de verdad. Por ejemplo, sabemos que la mayoría de los manuscritos y pinturas más preciados que pertenecieron a los habitantes más ricos de Volterra ahora se encuentran en su gran colección de arte en Urbino. Qué coincidencia... Esas obras maestras son producto de ese saqueo, provienen del botín que sus soldaduchos le arrebataron a la población indefensa de la ciudad.

Tomado por sorpresa, Montefeltro palideció. Mientras tanto, Salviati había llamado a un clérigo de la Cámara Apostólica cuyo rostro era del color de la tormenta. Pequeño, delgado, consumido por un rencor sordo que parecía asomarse hasta la epidermis, tenía los ojos grises como las hojas de dos cuchillos que vagan, inquietos, buscando en quién desahogar su inextinguible ira.

—Maestro Antonio Maffei de Volterra —lo presentó Salviati a los reunidos—. Notario apostólico e impresor de la curia. Él estaba allí cuando ocurrió la masacre. Toda su familia fue aniquilada, solo le queda una hermana menor que, por fortuna, no estaba en la ciudad. Se lo suplico, Maffei, ¡cuéntele al señor duque lo que usted vio!

Por un momento, los ojos del notario se llenaron de lágrimas. Y comenzó a narrar el día del apocalipsis: las tropas que invadían una ciudad que ya no oponía resistencia, las casas en llamas, los gritos de las mujeres violadas y los inocentes degollados en plena calzada. El sonido del hierro, el fuego que todo lo arrasa, mientras las calles de Volterra se teñían de sangre.

El pobre hombre tuvo que ver cómo unos mercenarios violaban a su propia madre, a pesar de que era ya anciana; luego la desnudaron y la arrojaron desde lo alto de la fortaleza tras haberle perforado el vientre con una pica.

—Todo eso simplemente porque Volterra tiene minas de alumbre —siseó con voz ronca—. Y Lorenzo de Médici las quería. ¡Ese maldito no tiene temor de Dios, la sangre se escurre por sus manos!

Federico da Montefeltro estaba consternado. De vez en cuando se atrevía a echarle un vistazo furtivo al papa para evaluar cuánto de ese horror podía atribuirse a su responsabilidad. Ningún detalle de esa masacre era nuevo para él, dada su larga experiencia en guerras y asedios, solo que el escenario desde la perspectiva de aquellos que la habían padecido parecía bastante diferente a la posición desde la que el duque generalmente lo miraba, es decir, desde lo alto de su caballo, o desde la distancia, cómodo junto a un fuego, gritando órdenes a los soldados que llevaban a cabo la carnicería. Su condición era en realidad vergonzosa en presencia del papa.

—Santidad, me duele decirlo, pero es la cruda ley de la guerra —murmuró compungido—. Los soldados mercenarios son como perros feroces, como demonios del infierno; una vez azuzados contra el enemigo, a menudo es imposible mantenerlos a raya. Admito que la situación se me salió de control...

En ese momento Girolamo Riario avanzó hacia él. Miró al duque de Urbino, quien representaba la mayor oposición a sus intenciones de expansión en Romaña, con una despiadada sonrisa dibujada por la envidia.

—Pero ¡señor duque...! ¿Un hombre de guerra de su experiencia que pierde el control de sus tropas? Si espera que le creamos, es una burla a nuestra inteligencia —insinuó sarcástico.

Federico da Montefeltro se estremeció de irritación. Lo detestaba, ese patán sin cualidades hacía lo que quería, pero sabía que siempre quedaría impune porque tenía un tío en el trono de San Pedro. ¡El papa hasta le había conseguido una esposa de la familia Sforza!

Riario era un problema grave para el ducado de Urbino, todos sabían que tenía la intención de convencer a Sixto IV para que ampliara sus dominios a expensas de las ciudades emilianas y los señores vecinos. Incluso soñaba con crear su propio principado en el centro de Italia. Por el momento, estaba poniendo en problemas a Montefeltro delante del papa.

—¡No tengo la culpa de la masacre de Volterra! —reafirmó Federico desde el fondo de sus entrañas y lleno de orgullo—. Pero intentaré remediar el daño causado, muy a mi pesar. Dígame, Maffei, ¿hay algo que pueda hacer por usted o por su hermana?

—Gracias, señor duque, pero ya gozamos de la hospitalidad del santo padre. Mi hermana vive bien con una familia que la hospeda y la protege.

—Pero debe amonestar a Lorenzo de Médici —ordenó el papa—. Que se arrepienta y deje todos sus cargos en la Signoria. O nos veremos obligados a descargar todo el peso de nuestra ira sobre Florencia.

Dicho esto, el sumo pontífice se dio media vuelta y salió de la sala sin saludar al capitán de su guardia.

—¡Santo padre! —le gritó Montefeltro—. Enviaré a mi yerno, Roberto Malatesta, a Florencia. Él y Lorenzo han sido amigos durante muchos años, los une un afecto sincero. Roberto hablará con él. Sabrá devolverlo al buen camino.

Sixto IV se volvió y miró al duque. Roberto Malatesta... Sí, lo conocía, era un joven astuto y sensato, le había causado una excelente impresión. Luego asintió.

—Que Lorenzo de Médici cambie de rumbo de inmediato —ordenó el papa—. ¡O no podrá evitar el naufragio!

VIII

Giuliano irrumpió en el estudio de su hermano.

—Buenos días, cuñada. Necesito hablar con Lorenzo un momento.

Clarice dejó de ordenar en la caja fuerte la colección de gemas, perlas y joyas que formaban el tesoro de los Médici, inclinó la cabeza hacia un lado en un gesto obediente y de inmediato salió del estudio. El gesto serio de su cuñado anunciaba otra probable discusión entre hermanos, la enésima, y ella no tenía ninguna intención de escuchar un altercado provocado por cualquier razón política.

—Siéntate —dijo Lorenzo.

Giuliano lo miró en silencio y Lorenzo leyó en su rostro una extraña mezcla de emociones que lo volvían belicoso e irónico al mismo tiempo.

—Buenos días, Lorenzo. ¡Pareces realmente el rey Midas, así sentado frente a ese gran cofre de tesoros!

—No me vendría mal gozar del don de convertir todo lo que toco en oro —respondió.

—¿Por qué? ¿Acaso no lo tienes aún?

Lorenzo prefirió no responder. Las preocupaciones sobre el estado financiero del banco eran algo en lo que su hermano menor no debía entrometerse. Y tampoco en las relaciones con el papa Sixto IV, que, aunque tiempo atrás fueron excelentes, recientemente se habían enfriado de una manera drástica. Además, varias filiales extranjeras de los Médici habían tenido que cerrar debido a administradores muy mal elegidos. Lorenzo había heredado muchos de los talentos de Cosimo, pero, por desgracia, carecía de su habilidad para los negocios. Ni Giuliano, ni Clarice ni otros miembros de la familia tenían que estar informados de ciertos problemas de escasez excepto su madre, Lucrezia, la gran tesorera de la familia Médici. Una imagen sólida de riqueza es en sí misma una forma de poder que también puede transformarse en dinero si es necesario, siempre y cuando ciertas deficiencias queden confinadas al restringido ámbito privado.

—¿Cómo te fue en el viaje a Venecia? —preguntó elusivo—. Me comentaron que Marco Correr estuvo muy insistente en diversas ocasiones.

¿Qué pasa, quieres pescar a alguna de sus hijas?

—Has dado en el blanco, hermano, tienes informadores eficientísimos. La joven se llama Laudomia e incluso es hermosa, para ser sincero. No me muero de amor por ella, de todos modos. Y la reunión con Correr fue interesante. ¿Quieres que te diga algo? Me mostró una carta que recibiste de Gentile Becchi. Habla de mí, por supuesto. Estás intentando casarme con la sobrina del papa, por lo que parece, ¡y ni siquiera has tenido la delicadeza de decírmelo! —concluyó irritado.

Lorenzo resopló. Desde que el papa había rescindido la concesión de los Médici para explotar las minas de alumbre, el banco navegaba en aguas inciertas y peligrosas. De ahí que a Lorenzo le hubiera parecido útil cultivar la idea de ver a Giuliano casado con la hermana de Girolamo Riario. Nada mejor que un vínculo de parentesco para avivar de nuevo el idilio de los Médici con Sixto IV. El proyecto también tendría una ventaja adicional, que no era poca cosa: desde que uno de sus familiares había ascendido al trono sagrado de San Pedro, los Riario habían tomado el control de Liguria, y Génova tenía acceso a las minas de alumbre del Levante, de las cuales Lorenzo esperaba apoderarse algún día. Tenía que encontrar una nueva fuente de ingresos, y en esa dirección se había movido, pero la novedad que Giuliano le estaba proponiendo no carecía de atractivo.

—El cardenal Ammannati insiste en que hagas votos religiosos, Giuliano. Dice que sería por tu seguridad y la de nuestra familia. Sabes que un cardenal Médici en el Sacro Colegio nos haría increíblemente fuertes, invulnerables tal vez. Pero si en realidad quieres casarte, abandonaré la idea. Después de todo, Venecia tiene acceso a las minas de alumbre que se encuentran en Eubea. Una relación de parentesco con Marco Correr puede ser muy beneficiosa para nosotros.

—Sí, Lorenzo. ¡Quiero casarme! Pero no con Laudomia Correr.

El brillo que encendió los ardientes ojos de Giuliano sorprendió mucho a su hermano. Hacía meses que no lo veía tan animado. Después de la muerte de Simonetta Vespucci, que había sido como un rayo en un cielo despejado para todos, Giuliano había caído en un estado de depresión desemperezada. De nada sirvieron las diversiones, las mujeres hermosas ni los deberes diplomáticos con los que Lorenzo abrumaba a su hermano para distraerlo y llenar así sus días vacíos y sin alegría de vivir. Parecía uno de esos autómatas que se muestran a los visitantes en el palacio del Gran Turco: hablaba, se movía, hacía lo que se le pedía, pero parecía privado de alma.

¡Qué alegría verlo ahora tan eufórico de nuevo! Era por causa de una mujer, al parecer, que, sin embargo, no era ni Agostina Riario ni la hija de Marco Correr.

—Y, dime, ¿quién es la que te ha robado el corazón?

—La mujer más bella de Florencia. Y yo diría incluso del mundo entero.

Lorenzo sonrió tras el bigote. Tiempo atrás, Giuliano decía lo mismo de su antigua amante, de su diosa, pero ahora, gracias a Dios, ¡había encontrado a otra a quien adorar!

—¿Cómo se llama?

—Simonetta Cattaneo Vespucci.

La expresión divertida y algo bribona con la que Lorenzo se burlaba gentilmente de su hermano se derrumbó en un instante. De repente su semblante se volvió serio y preocupado.

—Giuliano, por favor... Está muerta, ya lo sabes. Nadie puede hacer nada al respecto.

—Crees que estoy loco, ¿no? Entonces, levántate y ven a la ventana. ¡Mira hacia la calle!

La determinación de su hermano era tal y tan grande que Lorenzo, aunque de mala gana, no pudo resistirse. Se sirvió una copa de vino y llenó otra para Giuliano. Se necesitaba algo fuerte de verdad para aguantar aquello.

—Bebe —lo exhortó cuando se paró a su lado—. Aunque en realidad sería mejor darte un tónico para calmar tus nervios.

—Mira hacia allí —repitió Giuliano temblando de impaciencia—. ¿Ves el grupo de mujeres que escuchan al predicador? Mira aquella en el centro, vestida de verde.

Lorenzo suspiró e hizo lo que su hermano le dijo. Miró a las mujeres, todas atentas al fraile que había decidido pararse sobre una carreta a manera de púlpito, desde la cual hacía que su sermón retumbara sobre la multitud. Podía verla bien, de espaldas, de pie justo debajo del palacio Médici. Daba sorbos lentos a su vino, mientras miraba furtivamente a su hermano con la paciencia amorosa del jefe de la familia hacia uno de sus parientes que desvaría, hasta que de repente la joven se volvió de frente, hacia la ventana desde donde la observaban. Buscaba algo con la mirada, o a alguien. Sus ojos se revelaron muy claros, intensos e inocentes, pero, al encontrar la cara de Giuliano, se llenaron de una sonrisa maliciosa al tiempo que sus mejillas se encendieron, lo que la hacía mil veces más bella. Los saludó a ambos con una mirada rápida.

Lorenzo, con la copa entre los dientes, se estremeció con tanta brusquedad que esa delicada obra maestra de cristal veneciano se le escapó de la mano y terminó en el suelo hecha añicos.

—Pero, Dios Santo... —susurró sin aliento—. ¿Cómo puede ser?

—Yo también quedé asombrado, Lorenzo, y hechizado.

—¿Quién es?

—Se llama Semiramide.

Después del desconcierto inicial, Lorenzo ya había recuperado su envidiable sangre fría; regresó al escritorio y se sirvió otra copa de vino. Esta vez lo bebió todo de golpe.

—¿Semiramide? ¡Qué idea tan extravagante llamar así a una muchacha! —manifestó con asombro—. ¿No era ese el nombre de una antigua reina que practicaba todo tipo de pecados carnales? Me parece que le gustaba irse a la cama incluso con su hijastro. ¿Qué dijo Dante sobre ella? Ah, sí, aquí está: «Su lascivia en leyes convirtió». Felicidades, hermano, ¡el nombre promete bastante!

Giuliano, que había disfrutado tanto el crudísimo desconcierto de Lorenzo como si fuera una fragorosa venganza sobre él, ahora ardía de ganas por concluir lo empezado.

—Puedes burlarte todo lo que quieras. Es en verdad una niña de excelente familia, soltera, virtuosa y tiene una conducta regia. ¡La quiero! —concluyó con un tono que no admitía réplica alguna.

Lorenzo lo miró atónito, pero también secretamente feliz de ver que su hermano, tan dedicado a la familia, obediente y leal a las estrategias dinásticas, ahora parecía decidido a embarcarse al mar abierto siguiendo solo su propia ruta. Al crecer, una vez alcanzados los días difíciles de la adolescencia, el niño serio que había sido un tiempo atrás ya había dado paso a un joven sensato, de buen carácter, pero a veces propenso a soltar algún que otro testarazo. Lorenzo tenía el derecho y, más aún, el deber de frenar el ímpetu de su hermano.

—La quieres, Giuliano. ¡Como si eso fuera suficiente! Los hombres de nuestra posición no se casan por amor, lo sabes bien.

—¿Tu matrimonio también fue dictado por intereses?

Pinchado, el jefe de la familia Médici no podía más que mantener su defensa.

—En parte. Pero no tuve la pésima idea de enamorarme de una mujer cualquiera, hermanito. El vínculo de parentesco con los poderosos señores Orsini ha traído grandes ventajas a nuestra familia. ¿O vas a negarlo?

—No lo niego, Lorenzo. Pero eso no quita que hayas unido tu destino a la mujer que amabas. No te estoy pidiendo que me cases con una plebeya. Esta mujer es de noble linaje. Emparentarnos con ella puede traer gran beneficio a los Médici.

La palabra *beneficio* desencadenó cierta codicia en la mente de Lorenzo.

—¿En serio, Giuliano? ¿A qué te refieres?

—Semiramide es la hija de Jacopo Appiani. El señor de Piombino.

Lorenzo se acarició la barbilla bien afeitada. Ese apellido sugería conexiones atractivas.

—Jacopo Appiani —murmuró pensativo—. Entonces la madre de la joven es doña Battistina Fregoso. La tía de nuestra amada Simonetta.

—Esto explica la sorprendente similitud. Pero no exagero, Lorenzo, si digo que Semiramide parece incluso tener algo que no tenía la otra... No sé, tal vez estoy delirando. ¡El caso es que parece que me ha hecho perder la cabeza!

Lorenzo se levantó y le dio una buena palmada en el hombro a su hermano.

—Por supuesto que tiene algo que la otra no tenía, Giuliano. En primer lugar, está viva y sana. Segundo punto, ella no tiene marido. Pero sobre todo...

Se interrumpió para abrir un armario en el que rebuscó con afán hasta que encontró un pergamino que luego extendió sobre el escritorio. Era un mapa geográfico que reproducía la península italiana.

—¡Aquí!

Señaló con el dedo un área a lo largo de la costa del Tirreno, en la que ciertos símbolos codificados revelaban la existencia de importantes recursos.

—En el área dominada por Piombino hay minas de hierro —murmuró con una sonrisa codiciosa—. ¡Y minas de alumbre, sobre todo!

Los dos hermanos intercambiaron una intensa mirada de satisfacción, así como un pensamiento idéntico: ¡al diablo Girolamo Riario y su adefesio de hermana Agostina!

Los Médici acababan de encontrar un modo para sobrevivir y prosperar sin tener que sufrir la arrogancia de Riario, ese gusano muerto de hambre que le gritaba a todo el mundo solo porque su tío el papa, de mediocres habilidades políticas, no podía negarle nada.

—Habla con su padre, Lorenzo. ¡Pídele la mano de Semiramide por mí!

—Lo pensaré.

—Debes hacerlo ahora —le instó Giuliano con vehemencia. Tal insistencia despertó la sospecha de Lorenzo.

—¿Por qué tanta prisa, hermano?

—Aún no se ha ratificado nada, pero...

—¿Pero?

—Supe por la madre que su mano ya había sido pedida. Por Francesco de Pazzi.

Ese nombre tuvo el poder de dibujar una expresión sombría en el rostro de Lorenzo.

—No me gusta —sentenció—. Nuestras relaciones con los Pazzi no son las más cordiales últimamente. ¡Y estamos vinculados con ellos por una relación de parentesco! Incluso si la noticia del compromiso aún no es pública, no importa; pedir la mano de esa joven equivale a lanzar un ataque directo contra ellos. Acabaremos declarándonos la guerra.

Giuliano esperaba justo ese tipo de reacción de su hermano mayor; era la respuesta más razonable y sensata que Lorenzo podía haber dado. Pero ¿alguna vez ha instigado el amor pensamientos sensatos y razonables en los hombres?

—Está bien —masculló sombríamente—. Veo que no moverás un dedo por el bien de tu hermano. ¡Tendré paciencia! Lo haré a mi manera.

Y se fue dando un tremendo portazo.

Segunda parte

Sortilegio

¡Cuán mísero entre todos el doliente
que puede sufrir de ella el fiero orgullo!
Que cuanta más beldad el rostro pleno,
más engaños vela en el falaz seno.

ANGELO POLIZIANO
Stanze per la giostra, I, XV

I

—Perdóneme, padre. Porque he pecado gravemente.

—¡No lo creo!

La muchacha levantó la cabeza, que había mantenido inclinada sobre las manos entrelazadas.

¿Había oído bien? Miró a su alrededor: la nave central del Duomo estaba despejada de fieles. A esa hora de la mañana solo unos pocos devotos iban a misa, en su mayoría viudas ancianas para quienes era difícil quedarse más tiempo en cama porque no lograban dormir. Los clérigos arreglaban los altares para la solemne liturgia festiva como si fueran mesas de suntuosos banquetes, quitaban los cirios de los pesados candelabros del techo haciendo que las cadenas de hierro crujieran en el mecanismo del cabrestante. Entonces ¿quién había dicho la frase incongruente que creía haber oído?

No había sido su madre, quien la había llevado a la iglesia para confesarse y ahora estaba parloteando con otra dama para saber quién sabe qué, chismes, tal vez, o quizá la señora Battistina ya se vanagloriaba por haber encontrado un excelente partido para su hija, puesto que la casaría con un hombre de la familia Pazzi.

Semiramide volvió la cabeza y miró sus manos juntas. Tal vez solo había imaginado esas extrañas palabras.

—Perdóneme, padre. He pecado...

—¡No! —dijo el fraile capuchino con voz seca.

Ocupaba un taburete junto a ella, que estaba arrodillada para recibir el sacramento. Ella pegó un respingo. Esta vez lo había oído bien, no podía estar equivocada.

—¿Qué?

—Dije que no creo en sus pecados. No puede ser que tenga usted culpas.

—Pero ¿cómo...?

—Y ¿cuáles son, entonces? ¡Oigamos! ¿Ha pecado de palabra, obra u omisión?

—Bueno, sí, por supuesto...

—¡De palabra! ¿Qué podría salir de profano y detestable de una boca tan hermosa como la suya, que parece hecha solo para besar? ¡De obra! ¿Qué atrocidades podrían haber cometido sus manos, blancas como el marfil, nacidas para dar caricias? ¡De omisión! Ah, hela aquí, esta es realmente una falta imperdonable: el amor que no ha hecho, todo el placer que podría dar y recibir...

Estupefacta, la joven abrió por completo sus hermosos ojos verdes ante el fraile. La pesada capucha de lana rústica y gris ceniza que caía sobre la cara no permitía que se le viera el rostro, y las amplias y largas mangas ocultaban las manos entrelazadas. Pero en un breve instante que las movió, Semiramide alcanzó a notar una pequeña porción descubierta de piel muy blanca y tersa. Esas eran manos de un gran señor, de alguien que nunca había hecho trabajos serviles en su vida.

—Pero ¿quién es usted, en nombre de Dios? —preguntó en susurros.

—No mencione el nombre de Dios en vano, hija. Sería pecado y, como hemos dicho, las faltas que la exhorto a cometer son de otro tipo...

En ese momento, con el movimiento implacable de un experto depredador, el fraile aferró la muñeca de la joven con tal firmeza que ella comprendió al instante que ya no podría escapar. Levantó la cabeza un poco para que ella pudiera descubrir, en la penumbra de la capucha, dos ojos perfectamente reconocibles clavados con pasión en ella.

—¡Es usted! —musitó aturdida.

—¿Quién más podría ser, por el amor de Dios?

El bello rostro de Semiramide se enrojeció de indignación, y de igual manera resplandeció la delicada piel del seno que se asomaba por el generoso escote que dictaba la moda florentina. Giuliano miró con codicia y ansia los recovecos de ese pecho que se ofrecía insolentemente a la vista.

—¡Debe de estar loco! Disfrazarse de religioso... y fingir toda esta escandalosa farsa... ¡Está cometiendo un sacrilegio!

—Entonces somos dos, Semiramide. Si una mujer hermosa como usted se casa con el gusano de Cischio de Pazzi, entonces sí se cometerá un acto atroz. ¡Un crimen contra la humanidad que clama venganza ante el Señor!

Le había susurrado en voz baja esas frases lapidarias. La voz era apasionada, pero en su comportamiento y gesticulación imitaba a la perfección el ademán severo de un confesor que amonesta al pecador sin clemencia. Doña Battistina y su amiga, que miraban la escena a veinte pasos de ellos, estaban demasiado distantes para escuchar, por lo que se imaginaron

que el reverendo estaba advirtiéndole a la joven sobre sus futuros deberes de esposa sumisa y obediente.

—¡Déjeme! —dijo enojada—. ¿Cómo se atreve a dar tales discursos a una mujer honesta? ¡Además, en un lugar sagrado!

—Precisamente porque usted es una joven mujer virtuosa, debo cortejarla en la iglesia. ¿Tenía acaso esperanzas de encontrarla caminando bajo los pórticos o bebiendo vino en la taberna?

—Cállese, esos son hábitos de mujerzuelas. ¡Qué vergüenza, Giuliano de Médici! ¿Qué cree que logrará con esta bufonería sacrílega?

—Estoy cumpliendo con mi deber de buen cristiano. Advertirla del error garrafal que está a punto de cometer es una buena obra, estoy convencido.

—Casarse con un hombre de la familia Pazzi no es un error. Pertenecen a la nobleza más antigua e ilustre de toda Florencia. Y son ricos, además. ¿O va usted a negarlo?

—No son tan ricos como cree, Semiramide. Es posible que una joven de su edad desconozca ciertos detalles, pero se lo aseguro: habernos arrebatado las cuentas bancarias del papa a nosotros, los Médici, no es un gran negocio como la gente piensa. Su Santidad y los señores cardenales son demasiado propensos a contraer deudas. ¡La curia romana es un estanque infestado de sanguijuelas! Por lo tanto, tenga cuidado si se casa con ese muñeco de trapo, incluso puede arriesgarse a tener que lavar la ropa usted misma y zurcir sus calcetines. Ah, cómo sufrirían sus delicadas manos blancas...

—¡Suélteme la muñeca de una vez, descarado! Me está lastimando. Y dice una sarta de estupideces. Se cree que sabe muchas cosas, pero está muy desinformado. Francesco es muy rico. Y pronto lo será aún más.

En el estallido indignado de la joven hubo una alusión que levantó sospechas en Giuliano.

—¿Muy rico, dice? No lo creo. El patrimonio de los Pazzi es notable, pero debe dividirse entre varios hermanos. Está Guglielmo, además de Renato y Andrea... Don Jacopo hará el reparto empezando por el primogénito, así que a su monigote apenas le tocará un plato de sopa.

Herida por esas palabras, ella le devolvió una sonrisa de venganza.

—Don Jacopo no tiene nada que ver. Ya les ha dado a cada uno de sus sobrinos una parte de sus bienes, si a eso se refiere. Pero mi prometido recibirá mucho más, señor Médici. Tanto que haría palidecer de envidia incluso a gente como usted.

—Miente.

—En absoluto. No soy tan propensa a engaños como usted.

—Los Pazzi no tienen nada más, aparte del patrimonio adquirido por don Jacopo, que no tuvo hijos.

—Claro que sí. La herencia Borromei.

Atónito, Giuliano levantó más el borde de la capucha para examinarla mejor, mirándola directamente a la cara. ¿Hablaban en serio o quería distraerlo para escapar?

—¿Herencia Borromei?

—Exacto. ¿Recuerda a don Giovanni Borromei, el comerciante florentino que se mudó a Milán?

—He oído hablar de él. Pero debió de suceder hace unos treinta años.

—Y ¿qué tiene eso que ver? Mi madre me ha contado muchas cosas sobre Borromei. Hizo su fortuna prestando dinero a los Sforza, que siempre se quedan faltos de recursos porque tienen que pagar a las tropas mercenarias para defenderse. Se hizo rico a más no poder y, cuando Dios se lo llevó, se lo dejó todo a su hija, su única hija.

—¿Qué tiene eso que ver con usted?

La voz de Giuliano comenzaba a resquebrajarse, la risueña mueca sarcástica que había mantenido hasta entonces, consciente de su posición de poder, ahora desaparecía despacio ante el presagio de una verdad sin remedio. Semiramide lo intuyó, la sedujo la tentación de saber lo fuerte que era la pasión que él sentía y cuánto dolor podía infligirle con las palabras correctas. Decidió asestar el golpe.

—La única heredera de Giovanni Borromei murió hace dos meses, antes de casarse. No tenía parientes, excepto los de Florencia. Don Jacopo de Pazzi es primo de su pobre madre. Saque sus propias conclusiones.

—¿Entonces Cischio lo recibirá todo?

—Obviamente. Y eso me incluye a mí.

—¡No! No puedo permitirlo.

—¿Habla en serio? ¿Y usted quién es para impedirlo? ¿Dios Todopoderoso?

Giuliano tuvo un arrebato de orgullo.

—¡Casi! Soy un Médici. El nieto de Cosimo. Hermano de Lorenzo el Magnífico. ¡Ya veremos si de verdad se casa con ese inútil!

Sus ojos ardieron mientras susurraba entre dientes esa promesa implacable en forma de amenaza. Semiramide estaba tan impresionada que, por unos segundos, no supo qué hacer, pero tuvo una idea fulminante.

—Suélteme la muñeca. ¡De inmediato!

—Jamás.

—¡Déjeme! No tiene ningún derecho a retenerme aquí.

—Yo me doy el derecho. Es más, el amor me lo da. Porque no he encontrado la paz desde que la vi. Por la noche solo doy vueltas en la cama y no logro dormir. Durante el día tengo la mente aturdida, inundada de su imagen. Me atormenta el recuerdo de cuando estuve a punto de abrazarla.

—¡Déjeme! —repitió ella amenazante.

Mientras tanto, con su mano libre, deslizó los dedos sobre el cabello que llevaba recogido en una trenza enroscada en la nuca, sostenida por un alfiler de plata que tenía una cabeza de perla y una punta afilada.

—¡Quiero irme! —rogó con los dientes apretados—. Quite esa sucia mano de mi muñeca. Esta es la última advertencia que le hago.

Eso lo encendió, osado y desesperado por la sensación de derrota, que ya no podía negar después de la noticia de que su rival pronto se enriquecería desmesuradamente. ¿Con qué cara iba a presentarse ante Jacopo Appiani para pedirle que rompiera el contrato nupcial, que cancelara el compromiso entre su hija y un hombre de estirpe nobilísima, que además sería capaz de darle una vida de reina?

—Si de verdad se casa con él, moriré —murmuró enojado y lastimero, con los dientes apretados.

—Entonces ¡muérase, Giuliano de Médici!

Y con un fuerte golpe, le clavó la punta del alfiler en la pantorrilla. Giuliano tuvo que recurrir a todas sus fuerzas para no estallar en un grito inhumano. Soltó a su presa y ella se zafó de él.

—¿Ya has terminado, cariño?

—Sí, madre. Vamos a casa.

—De acuerdo. Pero ¡qué cara tan sombría! ¿El confesor ha sido muy severo contigo?

—Diría que incluso odioso.

—¡Qué extraño! El padre Vincenzo es un hombre muy recto pero indulgente.

—Créame, madre, ¡hoy parecía otra persona!

Semiramide tenía las mejillas enrojecidas mientras intentaba contener el fuego de las emociones encontradas que luchaban con furia en ella. Se tocó la muñeca donde se encontraba la huella de aquel apretón tierno y prepotente dejado por la mano del hombre que la reclamaba para sí mismo. Sintió que le hervía la sangre, y un sutil placer inconfesable le provocó un mareo.

Mientras tanto, lejos de ellos, un fraile capuchino entraba furtivo y cojeando a la sacristía, esperando que nadie lo notara.

II

Mi querido Lorenzo:

Ayer, por enésima vez, el eminentísimo padre Jacopo Ammannati volvió a preguntarme cuál es tu posición actual, así como tu decisión, respecto al plan de enviar a tu hermano Giuliano a la curia para que haga votos y se convierta, a su debido tiempo, primero en sacerdote y obispo, y luego en cardenal.

Ammannati me pareció inquieto esta vez, mucho más que durante nuestras conversaciones pasadas sobre el asunto; quizá teme algún peligro poco claro que su experiencia y posición eminente dentro de la curia le permiten intuir, y que yo como simple monseñor no tengo los medios para discernir. Así que disculpa el carácter incierto de esta carta mía, que no se debe a la falta de sinceridad ni a una voluntad ambigua. La verdad es que, al escuchar al cardenal, ni yo mismo comprendía del todo lo que parecía querer dar a entender entre líneas, con palabras que parecían desvanecerse como la niebla al sol tan pronto como intentaba inducirlo a hacer declaraciones más precisas.

De esto deduzco que ese hombre santo no sabe, o tal vez no quiere decir, más de lo que ya ha dicho hasta ahora para no alimentar en ti ninguna inseguridad o temores que tal vez podrían dañarte. Así que me limitaré a remitirte su mensaje en la forma más directa y franca posible; exactamente como lo escuché del propio cardenal. Este fue nuestro diálogo:

«Monseñor Becchi —dijo el cardenal Ammannati—, ¿no cree que usted, como tutor de Lorenzo, tiene el deber de motivarlo a que decida?».

Le respondí que ciertamente tenía ese deber y que lo haría de inmediato. Entonces el cardenal me dijo: «Si Giuliano se convirtiera en cardenal, la familia Médici estaría más segura; hay demasiados ojos puestos en ellos, demasiados adversarios».

Entonces le señalé que siempre había sido así, y que el propio Cosimo no podía salir de casa sin estar rodeado de hombres que de buena gana hubieran teñido el pavimento de la vía pública con su sangre. El Eminentísimo parecía no escucharme, o tal vez no quería hablar de Cosimo para evitar que el discurso se alejara del tema que quería tratar.

De hecho, agregó: «Si Giuliano viniera a Roma, lo cuidaríamos, lo trataríamos como a un hijo y estaría a salvo, bien protegido por una escolta personal como los altos prelados de la curia. Si, en cambio, los dos hermanos permanecen en la misma ciudad, cualquiera que intente tenderles una emboscada podría asesinarlos a ambos. ¿Quién dirigiría a la familia, entonces?».

El discurso, como podrás imaginar, me alarmó y le pregunté de inmediato si por casualidad tenía indicios de alguna conspiración contra ti, mi Lorenzo, o contra tu familia. En ese momento, Ammannati se volvió elusivo y casi ausente. Tal vez temía traicionar un secreto atroz que le habían susurrado al oído en confesión, o quizá solo estaba dando voz a sus propias ansiedades y preocupaciones, sin ningún sustento real. Me limitaré a los hechos, seguro de que sabrás interpretarlos de la manera correcta. En lugar de responder a mi pregunta directamente, me

contó un episodio del que yo desconocía los pormenores; parece que cuando Braccio da Perugia descubrió que su enemigo Pandolfo estaba por casualidad en el mismo lugar que su hijo, los hizo matar a ambos, por lo que un solo hachazo cortó el árbol con todo y su raíz.

¿Qué debemos deducir de todo esto?

No lo sé, mi querido Lorenzo, pero por el cariño que os tengo a ti y a Giuliano me apresuré a enviar esta carta a Florencia de inmediato, usando el canal secreto a través del cual nos hemos mantenido en contacto ya en otras ocasiones.

Jacopo Ammannati ya es un hombre mayor, tiene una mano temblorosa cuando escribe y, como todos los viejos, a veces se deja llevar por miedos irracionales que no son sino el reflejo del miedo ancestral común a todos los seres humanos: el de morir.

Así que no dejes que estas palabras ofusquen la claridad de tu juicio; sin embargo, muchacho, cuídate bien la espalda.

Con cariño,

Gentile Becchi

Lorenzo plegó la carta varias veces hasta formar una delgada tira de papel; luego tomó una vela y dejó que la llama redujera a cenizas ese mensaje para que nadie lo interceptara, de lo contrario comprometería la seguridad de Gentile Becchi.

¿Qué debía hacer? Ammannati tenía una innata tendencia a exagerar. Además, después de haber vivido siempre en el tranquilo refugio lleno de comodidades de la curia romana, no tenía la menor idea de lo difícil que era la vida para los hombres que, como los Médici, siempre tenían que encontrar una manera de sobresalir en la escena política si no querían verse privados de todas sus posesiones. Y, asimismo, Lorenzo lo sabía: Ammannati estaba preocupado en secreto por Giuliano. Primero temía que pudiera morir en un estado de pecado mortal y que fuera condenado por el adulterio consumado con la esposa de otro hombre, y más tarde, ya muerta la hermosa Simonetta Vespucci, temía que se ahogara en el dolor y que desperdiciara toda su vida en libertinaje, incapaz, por último, de sentar cabeza. En ese sentido, en efecto, la vía del sacerdocio era una buena solución que podría incluso suponer una triple ventaja para los Médici: para la familia, tener un cardenal en el Sacro Colegio; para Giuliano, tanto una altísima posición social como la esperanza de una vida pacífica al encontrar refugio en la fe.

Pero Giuliano no estaba de acuerdo. La sola idea le repelía, cualquier mínimo acercamiento que Lorenzo había intentado en esa dirección había sido el preludio de una pelea memorable.

¿Debía obligarlo?

¿O debía dejar que su hermano eligiera por sí mismo e, ignorando las advertencias del cardenal Ammannati, permitirle enfrentarse a su propio destino adverso?

Estaba tremendamente indeciso, y eso le causaba una insoportable crispación nerviosa.

Por lo tanto, decidió tomarse una hora de ocio para dedicarla a su ocupación favorita.

III

Si el halcón macho pierde a su hembra debido a algún accidente, buscará otra de la misma especie y luchará contra otro macho para poder tenerla solo para él. Pero si pudiera mantener a su hembra, se aparearía solo con ella, y con ninguna otra.

Era un espécimen soberbio, un halcón peregrino de singular tamaño y plumaje brillante, muy colorido. Giuliano lo sostenía con el puño y lo admiraba perplejo, observando primero al ave rapaz, y luego un fragmento del tratado sobre la caza con aves rapaces escrito por el gran emperador Federico II de Suabia. Le gustó hasta el punto de querer subrayarlo, tal vez porque le recordaba las dolorosas correspondencias con sus líos sentimentales. No advirtió que Lorenzo llegaba a sus espaldas, caminando despacio con pasos amortiguados por la paja fresca que cubría el piso del cuarto donde se guardaban los halcones de los Médici.

—Ten cuidado de con qué lo alimentas —dijo Lorenzo—. ¿Qué le das?

—Querrás decir con qué «la» alimento. ¿No ves que es hembra?

—Tienes razón —admitió Lorenzo.

Estaba tan concentrado en hablar urgentemente con su hermano, sopesando las palabras más apropiadas, que no le había prestado mucha atención al pájaro.

—Por ahora solo comerá queso blando y huevos —contó Giuliano—. Debe permanecer ligera y perder peso. El hambre es el mejor recurso del halconero: si el animal entiende que puede recibir comida de la mano del hombre, sentirá más apego y cazará para él de mejor gana.

—Las aves rapaces nunca desarrollan apego —lo corrigió Lorenzo—. Son aliadas perfectas. Establecen un vínculo leal con quien las entrena y las sostiene en el puño; el objetivo común es la presa que se compartirá. Pero, cuando se cansan de ese pacto, cuando quieren recuperar su libertad, estas criaturas se van sin mirar atrás. No hay despedidas ni remordimientos.

—Parece casi como si las admiraras, Lorenzo.

—Por supuesto que las admiro. ¡Nunca se ha visto en la naturaleza un ejemplo similar de cinismo tan perfecto! Constituyen un modelo para la

política. También son útiles para aprender a conquistar mujeres. Deberías aprender de ellas: un halcón nunca se lanza en picada sobre una presa que sabe que no podrá atrapar —insinuó.

Giuliano no tenía ánimo de caer en provocaciones. Cambió de tema.

—¿De dónde viene esta ave magnífica?

—Fue un regalo del Gran Turco —respondió Lorenzo.

—¡Vaya! ¿Ahora mantienes buenas relaciones con los enemigos de la fe cristiana?

El tono era sarcástico, pero Lorenzo se rio.

—Los arcanos de la política nunca han sido tu fuerte, Giuliano. Por esta razón preferí mantenerte siempre al margen de mis acciones, no por desconfianza. Hay cosas que es necesario hacer para salvarse, pero tú elegirías morir en vez de hacerlas y llevarías a la ruina a todos los que están contigo.

Irritado, Giuliano se tragó una respuesta con la que con gusto se habría opuesto a esa descripción de su temperamento. Si bien no poseía la misma piel gruesa de su hermano mayor ni su disposición tan avispada, tampoco era un ingenuo que imponía a ciegas sus principios, menos aún si provocaban su desgracia y la de los demás.

Prefirió callar por respeto. Lorenzo estaba hecho para la política y para sus asquerosas maquinaciones, tan necesarias para aquellos que quieren permanecer en el juego; pero, además de la predisposición natural, su hermano había recibido una educación incomparablemente más dura que la suya. Giuliano podía jactarse de haber tenido una infancia y de haber dedicado tiempo a los juegos hasta que empezó a aparecerle barba en la cara, mientras que Lorenzo había sido entrenado por Cosimo para soportar el hambre y la sed, tanto el calor como el frío, la fatiga, la privación de sueño, el dolor físico y la vergüenza abrasadora, en aras de las responsabilidades que lo esperaban como primogénito.

Su primera misión diplomática la había llevado a cabo con escasos diez años. Era natural que ahora, al guiar el pesado barco de los Médici en aguas siempre peligrosas, su alma aparentara irremediablemente cinismo e indiferencia hacia cosas que otros consideraban sagradas e intocables.

—¿Qué favor le hiciste al Gran Turco para merecer un regalo tan precioso? Si puede saberse, por supuesto.

Lorenzo puso una mueca indecisa.

—Encontré una manera de proporcionarle cierta información. La considero útil y me lo agradeció. Eso es todo.

—¿Información sobre qué?

—La flota veneciana, por ejemplo.

Giuliano frunció el ceño.

—¿Quieres decirme que tuviste algo que ver con la conquista turca de Negroponte?

Lorenzo levantó las manos en señal de rendición y negó con descaro la evidencia, igual que un ladrón atrapado in fraganti.

—¡Jamás, Giuliano! Yo solo comenté algunas pequeñas manías privadas del almirante veneciano con un conocido mío. ¿Cómo podría haber imaginado que ese hombre vendería mis confidencias a los turcos?

—¡Eres diabólico! —despotricó Giuliano—. ¿No te arrepientes de lo que causaste? ¡Ayudaste a los turcos a conquistar Negroponte, una ciudad de cristianos!

—Más bien que era de Venecia, y ya. El sultán solo quería frenar la prepotencia de la Serenísima en el Adriático. La fe no se verá afectada por esta sustitución de flotas de ocupación; es una cuestión de dinero y comercio, no de religión.

—¿Y el papa? ¡Sixto IV podría incluso decidir excomulgarte si se entera!

En la cara de Lorenzo apareció una sombría expresión de rencor.

—Decidí tomar esa postura precisamente debido al papa —declaró con sequedad.

—Entiendo, Lorenzo. Querías hacerle pagar caro por habernos quitado la depositaria de la cruzada a nosotros, los Médici. Por habérsela dado a los Pazzi.

—Sixto IV cometió un error fatal —gruñó entre dientes—. Jacopo de Pazzi es viejo, y sus sobrinos, unos ineptos. La riqueza no se puede preservar sin saber manejarse de manera apropiada en la arena política. Fue la primera lección que Cosimo me enseñó. ¡La más importante!

—Te expusiste demasiado, Lorenzo. ¿No tienes miedo de que el papa descubra tus juegos sombríos a sus espaldas?

—Me da más miedo la idea de quedarme solo —respondió—. Seré intocable, con los aliados correctos. Por eso he decidido que esta magnífica ave de rapiña no se quedará con nosotros por mucho tiempo. Adiéstrela lo mejor posible, Giuliano, que luego la enviaré al rey Ferrante de Nápoles. Mírala, es un regalo digno de un rey. Puedes incluso darle un nombre, si lo deseas, siempre y cuando no te apegues demasiado a ella.

—Ya tiene un nombre —dijo Giuliano resentido—. Se llama Dira.

Lorenzo torció un poco la nariz.

—Imagino que te refieres a Venus... La «diosa despiadada».

—¡Imaginas bien!

—Estás enfadado con todo el mundo por esa joven, ¿verdad? Crees que el destino primero te arrebató a la mujer que amabas y luego se burló de ti hasta el punto de volver a ponerla frente a tus ojos, convertida en otra persona.

—¡Que, por cierto, no puedo tener! —estalló furioso Giuliano.

—¡Cálmate! —le advirtió Lorenzo—. Esta historia está ya tomando proporciones grotescas. ¿Te faltan mujeres a las que conquistar? Por el amor de Dios, Giuliano, ¡no te reconozco! ¿Dónde está ese joven tan juicioso que me daba consejos?

—Ya no existe, Lorenzo. Ahora solo tienes frente a ti a un hombre decepcionado.

Lorenzo estaba preocupado. Le parecía que la melancolía en la que había caído su hermano se podía convertir en un abismo sin fondo. Giuliano experimentaba la fascinación de un espejismo, el de Simonetta resucitada; era necesario sacudirlo a toda costa, hacerle recobrar la cordura.

—¡Decepcionado! —exclamó Lorenzo—. Así que tú eres solo eso, Giuliano de Médici, ¡alguien que le da a la vida la oportunidad de decepcionarlo!

—Tú también me has decepcionado, Lorenzo. Pensé que querías ayudar a tu único hermano, en especial porque la alianza con los Appiani sería beneficiosa para el banco. Pero no, ¡retrocediste como un cobarde!

—Sabes mis razones. Contactar con su padre significaría ofender a los Pazzi. Lo verían como un ataque directo, lo aprovecharían para calumniarnos, exhibirnos a la ciudad entera como sus perseguidores. Yo tengo las manos atadas, Giuliano, pero tú no.

—¿Qué crees que debería hacer?

—La noticia del compromiso nupcial aún no se ha difundido. Eso significa que todavía no hay ningún acuerdo por escrito, y eso te da margen de maniobra. Acércate a ella, haz que Semiramide presione a su padre para que cambie los planes a tu favor. Cortéjala. Haz que se enamore de ti.

—¡Se dice fácil! ¡Si supieras qué temperamento tiene! Una auténtica fiera que muerde y araña...

Le mostró la media perforada y la herida debajo. Luego, en vista de que estaba de ánimo para confesiones, también le contó sobre su primer encuentro, y cómo había perdido la razón con solo verla y la forma en la que se le lanzó encima. A Lorenzo le pareció divertido.

—¡Increíble! Como un pobre tonto que se enamora por primera vez... No, hermano, evidentemente la joven tiene carácter, es una fortaleza inexpugnable que resiste con fiereza. Por lo tanto, debes sortear sus defensas con astucia. ¿Dónde han quedado tus habilidades de seductor?

—Todo es inútil con ella. ¡Fui bastante osado, créeme!

—Entonces toma al toro por los cuernos, ve donde su padre y pídele que anule el pacto con los Pazzi. Convéncelo de que estás locamente enamorado. Jura que harás de su hija la mujer más feliz del mundo. Y después de dar muestras de la fuerza de tu pasión, ve directo al grano. Dale todo el peso al hecho de que tienes muchísimo que ofrecer, más allá del amor que sientes por la muchacha. Emparentarse con nosotros conlleva enormes riquezas y muchas ventajas, ¡Jacopo Appiani tendrá a sus pies la gran red de alianzas de los Médici! ¿Puede Cischio de Pazzi ofrecer lo mismo? No lo creo. ¡No será un drama para Appiani perder a un yerno casi muerto de hambre como ese!

—Cischio está lejos de ser un muerto de hambre —objetó Giuliano con una mueca llena de odio.

—No tiene propiedades. Jacopo de Pazzi le dejará algo, pero lo cierto es que eso no le dará para vivir a lo grande.

—Pronto se volverá muy rico, Lorenzo. Está a punto de recibir todo el patrimonio que perteneció a Giovanni Borromei. Jacopo de Pazzi es el único heredero que le quedaba, y él cederá todo a Cischio precisamente para que pueda casarse con la hija de Appiani. La alianza con el señor de Piombino también es atractiva para ellos, por supuesto.

Lorenzo lo miró incrédulo por unos momentos. Cuando se dio cuenta de que no era una broma en absoluto, su rostro entusiasta se transformó y adoptó una expresión oscura y vengativa.

—No puede ser. ¡No sabía nada al respecto!

—Sin embargo, es cierto. Me lo dijo Semiramide.

Lorenzo se quedó mudo. Parecía aturdido, sin más ideas. Giuliano intuyó que había problemas graves de los que nadie le había dicho nada; de lo contrario su hermano no tendría esa expresión de derrota dibujada en el rostro que nunca antes le había visto.

—Es una catástrofe... —Lorenzo suspiró sin aliento—. Los Pazzi se han lanzado al ataque contra nosotros. Primero nos arrebataron el alumbre del papa, ahora quieren hacerse cargo de las minas de Piombino. ¿Qué más harán cuando se hayan embolsado la inmensa herencia Borromei? Tengo que detenerlos, de una forma u otra.

Salió de su postración y llegó hasta la puerta con grandes zancadas. Giuliano lo llamó.

—¿Lorenzo! ¿Qué vas a hacer?

Su hermano se volvió y le dirigió una mirada incandescente, la misma de sus grandes batallas campales.

—Entrena bien a ese halcón, Giuliano. Cambié de opinión, no irá al rey Ferrante. Un regalo de ese valor corresponde a nuestro aliado máspreciado.

—¿Quién es?

—Lo descubrirás a su debido tiempo. Mientras tanto, haz preparativos para un viaje.

—¿Para ir adónde?

—¡A donde quieras!

—No quiero irme de Florencia.

—Pero lo harás, Giuliano. Encuentra una manera de atemperar tus ardores. ¿Por qué no vas a las aguas termales de Bagno en Morba? Siempre hay muchas mujeres por allí. Date un atracón si quieres. Lo único que importa es que, cuando decidas regresar a Florencia, hayas recobrado la cordura. El cardenal Ammannati insiste en que hagas votos y yo estoy dispuesto a escucharlo. ¿Está claro?

Giuliano palideció de ira y disgusto.

—Está bien, Lorenzo. Eres más necio que una mula. Yo perderé a la mujer que amo. ¡Tú perderás tu maldito alumbre!

Y se fue con una expresión obstinada que no prometía nada bueno.

IV

Tres avispas de oro volaban en fila a lo largo de una franja roja escarlata que cruzaba un campo de esmalte azul. La brillantez de los colores era hipnótica para los ojos de la joven, así como la preciosidad de la joya que admiraba.

—Tómala, es tuya —dijo el hombre con tristeza—. Simonetta estaría contenta de que la tuvieras. Ella te quería mucho.

Semiramide levantó la vista hacia el rostro del hombre que había desposado a su prima, Marco Vespucci, quien había acudido a la casa de Jacopo Appiani esa noche para traerle un viejo broche de su familia como regalo, una joya de oro y esmaltes con el escudo de armas de la casa Vespucci.

Ese pariente adquirido mostraba una extraña dignidad; poseía la ecuanimidad de un filósofo antiguo que se enfrenta a los golpes de la vida con verdadero ánimo. Tenía unos cincuenta años, cojeaba de una pierna debido a la artritis, lucía el pelo completamente encanecido desde hacía ya muchos años e incluso su piel parecía más pálida de lo habitual para un hombre sano.

Semiramide no recordaba haberlo visto nunca tan abatido como ese día: en pocos meses se cumplirían dos años de la pérdida de su amadísima esposa, quien, sin embargo, se había entregado en cuerpo y alma a otro hombre, lo cual no era un misterio para nadie. No era un misterio ni siquiera para el consorte, que era consciente de haberla dejado sola durante demasiado tiempo debido a sus viajes de negocios y de no haber sido un marido con fortaleza suficiente debido a su mala salud, y menos aún un amante apasionado. Marco se había tragado los celos hacia Giuliano de Médici por todas esas razones.

Decían que nunca llegó a odiar a su rival más joven y robusto. Por el contrario, sabiendo bien a cuántas y cuáles tentaciones dejaba expuesta a su esposa, considerada una mujer de incomparable belleza, parecía que el hecho de saberla ligada a ese joven amable, honesto y leal le proporcionaba una especie de consuelo. Giuliano nunca la habría hecho sufrir, eso era seguro; la amaba con locura y a menudo daba pruebas de ello.

—Gracias, Marco —murmuró Semiramide—. Pero ¿no le importa privarse de un recuerdo tan querido?

—No me privo de él —dijo—. Tú me lo guardarás. De hecho, será una alegría poder ver que lo llevas en el pecho. Te parecen tanto a tu malhadada prima...

Se detuvo de forma abrupta. Lo intrigaron ciertos sonidos melódicos que llegaban de repente desde las profundidades del vergel, inmerso en el azul del crepúsculo.

—¿Hay aún gente trabajando en el jardín? —preguntó a doña Battistina.

La señora estaba haciendo labores de bordado y solo seguía distraídamente la conversación entre su hija y el pariente político. Esa pregunta la desconcertó.

—No lo creo, Marco. Ya debe de estar demasiado oscuro para trabajar a estas horas.

—Extraño —musitó Vespucci—. Podría jurar que he oído a alguien cantar.

Luego se acercó a la ventana y la abrió para asomarse hacia la noche inminente.

—¿Tú has oído algo, hija?

—No, madre —mintió la joven.

En realidad, no solo esas notas apasionadas la habían alcanzado con claridad, sino que incluso estaba segura de reconocer al hombre a quien pertenecía esa voz.

—Querida tía, ¿me invitaría a cenar? —preguntó Vespucci frotándose el vientre—. Pasaré la noche revisando las cuentas, y a menudo me siento incapaz de sentarme a la mesa desde que enviudé. Es demasiado doloroso para mí cenar solo.

Los ojos de doña Battistina se llenaron de solidaridad.

—¡Por supuesto, sobrino querido! Daré la orden de inmediato. Tiene que venir a nuestra casa más a menudo.

Ella sonrió, dejó sobre la mesa el delicado bordado en el que estaba trabajando y atravesó la puerta para buscar a la sirvienta.

Ya solos, Marco Vespucci y Semiramide se miraron durante un largo momento de complicidad. Al asomarse a la ventana, él había comprendido quién era el joven escondido en el jardín de la casa Appiani. Sentado bajo una pérgola, con la espalda con delicadeza apoyada contra la pared, atormentaba de una manera sublime las cuerdas de un laúd y acompañaba la melodía con una voz dolorida y conmovedora. Cantaba sumamente bien.

Vespucci le hizo un gesto y Semiramide se acercó a la ventana para espiar a la figura que ya se perdía en la bruma de la noche.

—Lo siento —susurró—. Debe de ser odioso para usted ver a ese hombre.

—Hace tiempo lo habría sido, por supuesto. Bajaría al jardín para enfrentarme a él, y tal vez habría desenfundado la daga para perforarle el corazón. ¡Odiaba a Giuliano de Médici, lo admito! Pero, después de que ella muriera..., me encontraba a ese joven por la calle y lo veía sufrir como un perro. Había adelgazado. Había perdido todo entusiasmo por la vida. Al principio, verlo destruido me dio satisfacción, sació mi gran anhelo de venganza. Pero, después, aunque te parecerá extraño, dejé de guardarle rencor. De hecho, sentía compasión. Giuliano era el único ser en el mundo que podía entender mi dolor. La amaba tanto como yo. Quizá más que yo.

—Es usted un hombre generoso.

—No es verdad. A Simonetta le habría gustado que nuestro matrimonio se disolviera debido a la falta de descendencia. Me opuse ferozmente para mantenerla conmigo. Dios me castigó por eso. Y fue su designio también castigar a Giuliano por su adulterio. Ahora dime, niña, ¿qué tiene él que ver contigo?

—¡Nada! Me topé con él en el taller de Sandro Botticelli —murmuró.

—¿Y...?

Esa simple letra abundaba en claras alusiones.

—Intentó abrazarme —confesó—. Me asustó. Estaba tan feliz, tan lleno de pasión... Él creía haber visto a quien tú ya sabes, como es obvio.

—Como es obvio —coincidió Vespucci—. ¿Tú qué sentiste?

Ella se sonrojó intensamente.

—No lo sé —admitió—. Estaba confundida. Consternada, al principio. Después me produjo una gran pena. Se sintió de verdad mal cuando se dio cuenta de que no era Simonetta quien estaba frente a él.

—¿Qué pasó cuando entendió quién eras?

—Se sentó en un rincón. Estaba tranquilo, parecía solo querer observar al maestro en su trabajo. Pero me di cuenta de que sus ojos estaban inquietos. Había como una llama en sus pupilas, ardían por alguien con una extraña determinación.

Vespucci asintió con convicción, confirmaba con exactitud la idea que se había hecho al escuchar el timbre atormentado de esa canción que ahora surgía desde la oscuridad.

—Asómate un poco más, Semiramide. Deja que te vea.

—¿Será algo decente?

—Serías una ingrata si no te dejaras ver. Él ha saltado el muro y ha tenido que sobornar a los sirvientes de tu casa, todo para venir aquí a darte una

serenata. ¿Entiendes lo que dice?

Ella obedeció y se inclinó apoyando el hermoso pecho contra sus brazos cruzados, que descansaban con suavidad sobre la piedra del alféizar de la ventana. Las palabras le llegaron en un lenguaje melodioso, pero desconocido.^[1]

*Vuestros ojos que miraron
con tan discreto mirar,
hirieron y no dejaron
en mí nada por matar.
Donde yago en esta cama,
la mayor pena de mí
es pensar cuando partí
de los brazos de mi dama...*

—No lo reconozco —dijo.

—Yo sí —repuso Vespucci—. Son versos de amor del poeta Juan de Mena. A Simonetta le gustaban mucho.

—¿Qué dice?

Los ojos de Vespucci se inundaron de una nostalgia que nada en el mundo habría podido aplacar.

—El amante culpa al golpe mortal que le asestó la mirada de su enamorada. Por ello yace inerte en su habitación, como si estuviera muerto. Y no puede dejar de recordar cuando ella estaba entre sus brazos.

La joven se conmovió.

—¡Qué triste es! Cerremos la ventana. No quiero escucharlo más.

Había un rechazo demasiado marcado en ella, muy elocuente para un alma experimentada en el mundo y conocedora del ser humano como era Vespucci.

—¿Te molesta su cortejo, Semiramide?

—Sí —mintió quizá con demasiada firmeza.

—¿Por qué?

El rostro de la joven se enrojeció de placer, de vergüenza y de indignación. Se veía bellísima en ese momento, parecía el retrato de una Venus furiosa.

—Algunas aves tienen la pésima costumbre de volar de rama en rama —contestó irritada—. Sería un error dejarse engañar. ¡Quién sabe en cuántos jardines cantará ese de ahí!

Marco Vespucci hizo una mueca extraña que aprobaba la sabiduría de la joven, pero censuraba su drástica severidad.

—Quizá tengas razón, Semiramide. Nuestro hermoso ruiseñor con plumaje de oro puro no es un principiante en las andanzas de galantería. Solo que aquí le infunde mucha pasión, demasiada para ser solo un juego. ¿Y si él vino a ti para construir un nido?

V

A mi Venus perversa:

Ciertamente considerará descarada la forma en que decidí seguirla ayer cuando la vi caminando con sus padres en dirección al negocio del maestro Spinelli. ¡Sí, he roto todas las reglas de la buena educación y el sentido común por usted!

Estaba bellísima, orgullosa, confiada. Me sentía dichoso mirando la silueta de su hermoso cuerpo. Mientras usted admiraba las telas de esa tienda, yo trataba de imaginar cómo le quedaría puesto ese damasco carmesí que tocaba con tan evidente placer. Y más aún, confieso que he disfrutado con intensidad el presagio de alegría ilimitada al pensar cómo se vería una vez despojada de cualquier tela. A eso me ha reducido, ¡usted me convierte en un obsceno pecador sin poder siquiera tocarla con un dedo!

Tal vez exageré al fingir ser un vendedor solo para poder abordarla y hablar, mientras sus padres estaban distraídos y el maestro Spinelli me miraba con asombro, sin el valor necesario para arrancarme de las manos la tela que yo fingía querer venderle... El pobre hombre me siguió el juego, asustado por la idea de desagradar a un miembro de la familia Médici. Pero usted también, Semiramide, estaba intrigada por mi puesta en escena. ¿O de qué otra manera se podría interpretar el hecho de que usted no me dejara ahí plantado? Podría haberme desenmascarado frente a todos, o haberme dado la espalda y haberse marchado con su madre y su padre, que estaban concentrados escogiendo las telas de su ajuar en la otra esquina del local.

No lo hizo. En cambio, se quedó allí para cubrirme de insultos. Eran palabras de reproche tan vehementes que no podían ocultar por completo su pasión secreta. Tal vez me odie, pero sé que no le soy indiferente.

He decidido encarar a su padre de forma abierta. Tan pronto como se presente la ocasión propicia, pediré una entrevista para conseguir su mano. Y entonces será mía, porque Jacopo Appiani no es un hombre tan imprudente como para negarle un favor a los Médici. ¿Quién nos lo negaría, después de todo?

Me he dado cuenta de que su padre ya está de mi lado, ¿lo sabía?

Mientras usted me lanzaba malas palabras, las peores, él nos miraba. Y doña Battistina también nos miraba, aunque preocupada. Tal vez ella me reconoció y quiso intervenir, pero su padre la detuvo. «Nadie pone trabas a los Médici impunemente», debió de haberle dicho, o algo parecido. El hecho es que, sus padres, impertérritos, siguieron discutiendo con el maestro Spinelli sobre damascos, sedas y linos, dejándome el camino libre con usted.

¿No le parece que esta es una buena señal?

Usted será mía, de una forma u otra. Poco importa si no está de acuerdo. ¿Sabe lo que me hizo, con ese gesto irascible y punitivo, cuando traté de mantenerla a mi lado tomándola de la muñeca?

Me perforó usted la carne con su agudo alfiler. ¡Diablos, sabe perfectamente cómo lastimar a los demás!

*Tiene uñas afiladas y un corazón de piedra donde la misericordia no echa raíz.
Pero no crea haberme vencido.*

Tuve que vendarle la pierna para ocultarle a mi familia el agravio que me hizo. Pero no es nada comparado con la herida que tengo aún abierta en el corazón por culpa suya. Estamos en guerra, amiga mía, y no estoy acostumbrado a las derrotas.

Yo la tendré, hechicera malvada y descarada. ¡Cuando esté usted en mi cama, sometida a mis antojos, ya veremos si puedo dominarla!

G. d. M.

Semiramide arrugó enojada esa carta tan atrevida. El nombre del escritor no aparecía completo, pero ¿acaso era necesario para saber quién se había atrevido a dedicarle palabras tan apasionadas e inconvenientes?

Irritada, contemplaba el pobre jardín quemado por el invierno, sin nada más que tierra blancuzca por la escarcha y unas pocas matas de hierba prontas a rendirse ante las heladas.

—¿Está usted bien? —La voz de la criada sonaba llena de franca preocupación. El rostro céreo de su ama justificaba por completo ese sentimiento de alarma—. ¡Señora! —la llamó de nuevo tocándole el hombro. Semiramide se volvió y solo entonces Foschina se dio cuenta de que la joven tenía los ojos brillantes, ardiendo de ira—. Todo por culpa de esa carta... ¿Puedo verla?

Semiramide hizo una mueca indiferente que podría pasar legítimamente por un sí.

La criada recogió la bola de papel arrugado del suelo y la extendió con delicadeza sobre la mesa. Una ojeada fue suficiente para comprender que era un mensaje galante y de rara audacia; tardó menos aún en identificar quién estaba detrás de las iniciales trazadas al pie.

—¿Me daría permiso para leerla?

—Adelante, si quieres. Y luego, ¡quémala!

Foschina se acercó a la ventana para aprovechar al máximo la escasa luz de esa tarde agonizante. Había aprendido a leer años atrás gracias a las monjas, cuando vivía cómodamente con su propia familia y nadie imaginaba que estaba a punto de sucederles una desgracia.

—«A mi Venus perversa»... —murmuró con un poco de vacilación.

Cuando terminó de leer, fijó sus ojos inquisitivos y perplejos en Semiramide.

—¿Es verdad todo lo que dice este hombre?

La joven asintió con un brusco y nervioso movimiento de cabeza.

—En ese caso, se comportó de una manera reprochable. Debe avisar de inmediato a su padre. Es necesario parar en seco a este engreído, créame, o

podría empeorar la situación.

—¡Lo odio, Foschina! Desearía no haberlo conocido nunca o que jamás hubiera nacido...

La criada observó el paso belicoso de su ama y escuchó el diluvio de insultos que le lanzó, pero no estaba del todo segura de que el destello en los ojos de la muchacha fueran solo el reflejo de un odio visceral. Por el contrario, había en su voz, en la colorida variedad de maldiciones contra Giuliano, algo febril que parecía revelar pasiones subterráneas y de una naturaleza por completo diferente.

—¡Lo odio, Foschina! —reiteró por enésima vez—. ¿No ves cuánta soberbia? Él cree que tiene todo el derecho sobre mí, como si nadie en el mundo pudiera frenarlo.

La cara de la criada de repente se volvió oscura y lúgubre como una noche de tormenta.

—Tiene razón, señora. Los Médici se creen omnipotentes. Se sienten los amos del mundo. Están convencidos de que no hay nadie que se les oponga. Tal vez debería castigarlo. Provóquele una herida mucho más dolorosa que la que ya le ha infligido.

La mirada de la joven se posó llena de curiosidad sobre ella.

—¿En qué estás pensando, Foschina?

—En una respuesta. Escríbale a él también, señora. Y que sus palabras dejen un vacío en su pecho.

—Ya lo habría hecho —repuso enojada—. Pero no soy muy hábil con la pluma.

—Puedo ayudarla, si gusta.

—Te vi leer con rapidez, Foschina. ¿También sabes escribir?

—No puedo llamarme poetisa, señora, pero puedo escribir. Mi hermano Antonio me enseñó a componer textos en hermosa prosa. Después de todo, para propinar a ese bribón Médici el golpe de gracia que se merece, solo un puñado de palabras, pero bien elegidas, será suficiente.

Semiramide tomó papel, una pluma y un tintero del escritorio. Empujó la silla de lado con la evidente intención de ofrecérsela a la criada.

Foschina se desentumeció los dedos y se sentó. Lentamente estiró los labios en una sonrisa de vaga perfidia y sumergió la punta de la pluma en la tinta. Con letra elegante y experta, comenzó a escribir:

A Florencia no le faltan globos inflados listos para mostrarse presuntuosos en la plaza, en la Signoria o en las reuniones públicas. Y no son raros, en los prados del campo, esos enormes hongos inútiles que, aunque parecen hinchidos y firmes, basta con tocarlos apenas y se desvanecen en una nube de polvo. La gente los

llama flojos, como ciertos pedos ridículos que salen por el trasero sin hacer ruido. Con todos ellos a usted lo comparo, aunque quizá valga incluso menos.

Su propio comportamiento lo define como lo que usted es exactamente, un gusano fanfarrón y grosero. No se atreva nunca a acercarse a mí, o haré que su hermano Lorenzo me escuche. Él, que lo tiene con bozal como a un perro, sabrá cómo mantenerlo a raya, y le propinará un par de patadas como suele hacerse con esos chuchos ruidosos y petulantes que solo a golpes entienden.

Me casaré con el hombre que mi padre ha elegido para mí, y me casaré porque estoy enamorada de él.

Es en su cama donde yaceré, sometida a sus antojos, tanto en alma como en cuerpo.

Él me hará una mujer satisfecha y feliz. Resígnese de una vez por todas y no se atreva a entrometerse como un demonio en nuestra alegría.

Semiramide luchaba por seguir el flujo de las palabras, porque sus ojos concentrados en la lectura eran más lentos que la pluma de Foschina. Su criada parecía bien informada sobre los hermanos Médici, y metió cosas de su cosecha al hacer acusaciones, como si guardara en su pecho rencores personales. Cuando la criada terminó, extendió una pizca de arena absorbente sobre el papel, luego la sopló y dobló el papel en cuatro.

—¿Qué le parece? —preguntó satisfecha.

La joven no respondió nada. ¿De verdad quería que Giuliano recibiera esa carta escrita con la pluma entintada en veneno, que lo humillaría y lo aniquilaría con su desprecio? No estaba del todo segura.

Demasiado tarde, de todos modos. La sierva, interpretando el silencio de su ama como una aprobación, ya había salido por la puerta, decidida a hacer llegar el mensaje al palacio Médici por medio de alguna ingeniosa estratagema clandestina.

VI

El aire se había tornado un tanto bochornoso en la sala de banquetes. Los criados, con la librea azafrán y azul distintiva de la casa Pazzi, desfilaban de forma ordenada por la escalera que conducía a la sala principal. Todos portaban bandejas de plata o bronce en las que habían dispuesto con meticulosidad escenográfica los generosos manjares que don Jacopo había ordenado sin reparar en gastos para el goce de los invitados.

Un aplauso siguió a un coro de exclamaciones entusiastas cuando hizo su entrada, sostenido nada menos que por cuatro mozos, el plato más esperado de la noche: un maravilloso pavo real asado aderezado con verduras y frutas que, después de haber girado lentamente durante horas en la brocheta del asador, había sido redecorado con todas sus maravillosas plumas.

Doña Battistina Appiani y su esposo estaban pasmados por tal magnificencia.

—Don Jacopo, nos ha dejado usted sin palabras —dijo la señora al patriarca de la casa Pazzi—. ¡Incluso mandó usted cocinar la receta más famosa del cocinero de los papas! Todo esto en nuestro honor, y nosotros, en cambio, estábamos convencidos de que era solo una cena informal entre amigos...

—Nada es demasiado para la belleza de su hija, doña Battistina. ¡Mi sobrino Francesco no cabe en sí de alegría por lo afortunado que será al casarse con una mujer tan hermosa! Semiramide será la joya más espléndida que nuestra familia haya tenido jamás. Y haremos de ella la mujer más admirada y envidiada de la ciudad.

Con esas palabras, Jacopo de Pazzi levantó la copa invitando a toda la congregación reunida en la mesa a un brindis de buen augurio. Semiramide también brindó, pero sus ojos no brillaban con la convicción que una promesa tan atractiva habría merecido.

Sentada a su lado, su madre lo notó y le dio una patadita de inmediato, invitándola a ser más complaciente. La muchacha, sin embargo, que no tenía un carácter sumiso, se esforzó por sonreír en un gesto que salió muy mal, más parecido a una mueca de superioridad.

Ni Jacopo de Pazzi ni su sobrino flaquearon; era bien sabido que las mujeres jóvenes, en especial las que son bellas, tienen la costumbre de ser siempre reticentes, de nunca estar satisfechas, para no dar a su pretendiente la impresión de ser una presa fácil.

—Pero ¿qué tienes, hija mía? No haces sino moverte en esa silla como si tuviera espinas —tuvo que susurrarle al oído doña Battistina.

—Nada, madre. Quizá estoy un poco indispuesta. Siento dolor en el vientre, pero no me puse los paños de lino —mintió.

—¡Santo Cielo! Solo nos faltaba eso, hacer el ridículo manchando de sangre ese hermoso vestido en el banquete de compromiso... ¡Hay incluso riesgo de que traiga mala suerte!

—Puedo arreglarlo antes de que ocurra —dijo con rapidez.

—¿Trajiste paños y alfileres?

—Foschina los tiene, madre. Pero necesito tu permiso para levantarme de la mesa e ir a un lugar más púdico.

—Por supuesto, hija. Adelante.

Semiramide esbozó una sonrisa avergonzada hacia los otros comensales, luego se levantó y salió del salón de banquetes en compañía de su criada, que seguía con ella después de años, la acompañaba siempre y era fiel como su sombra. Cuando estuvieron solas en el pasillo, la joven cerró los ojos y respiró profundo.

—Dame el mensaje, Foschina.

—Aquí está. Lo trajo un criado hace media hora. Dijo que era urgente. Semiramide lo agarró con manos inquietas y lo leyó.

A la mujer orgullosa y salvaje, pero hermosa como nadie:

En el palacio de los Pazzi hay un cuarto que la familia generalmente usa como lugar de retiro cuando ofrecen fiestas y banquetes. Vaya allí lo antes posible, sola. Como podrá percatarse, a la derecha hay una pequeña puerta disimulada entre los frescos que decoran la pared; ábrala. Una pequeña escalera oculta conduce al jardín de abajo. Son diez escalones en total. Baje.

Yo estaré allí esperándola. Tengo un regalo para usted con el que pretendo implorar su perdón por todos mis descaros y los gestos descorteses que he mostrado con usted. Estoy seguro de que le encantará.

Si viene y me permite dárselo, nunca más la buscaré. Se lo juro por mi honor.

G. d. M.

Semiramide dobló la hoja y la guardó en su bolso.

—¿Ese insolente parece no rendirse? —preguntó la criada.

—Dice que me está esperando en el jardín. Tiene un regalo para mí, para disculparse por su incalificable conducta.

—¿Un regalo para usted?

—Eso dice. Asegura que me gustará mucho. Pero, sobre todo, dice que si le permito que me lo dé, dejará de atormentarme.

—Entonces debe ir —la exhortó Foschina—. Vaya y resuelva ya este odioso asunto. Yo me quedo aquí. No dejaré entrar a nadie hasta que usted regrese.

Confundida, aturdida e intrigada, la joven dudó un instante; luego decidió abrir la puerta disimulada entre las pinturas de la pared y bajó los diez fatídicos escalones en completa oscuridad.

El aire nocturno la abrumó de repente con su abrazo helado. Tiritaba bajo la seda ligera de su vestido escotado. A diferencia de la escalera que acababa de descender, el jardín no estaba enteramente inmerso en la oscuridad; debajo de la pérgola desnuda por los rigores del invierno ardía un brasero que irradiaba luz en el espacio circundante. Había luz suficiente para distinguir a la joven figura viril que esperaba con la espalda contra la pared y con un pie impaciente que golpeaba el suelo.

Tan pronto como la vio acercarse, Giuliano adoptó de inmediato una postura erecta y orgullosa, la pose de un guerrero que se prepara para el enfrentamiento.

Semiramide se paró frente a él y lo embistió con la severa transparencia de sus ojos.

—Realmente no tiene ni una pizca de honor, Giuliano de Médici. Viene incluso a buscarme a la casa de mi prometido. ¡A mi futuro hogar!

Él se desconcertó. Parecía tan ofendido como si acabara de recibir una bofetada en la cara.

—Respondió mis mensajes, pero solo para llenarme de insultos. Mientras tanto, yo no hacía otra cosa que alabar su belleza.

—¡Bien ganado se lo tiene! No debería enviarme mensajes ni regalos. Sabe que estoy comprometida y me casaré muy pronto.

—¡Eso está por verse!

Él dijo esa frase en voz baja y ronca, con tono amenazante. Semiramide se asustó y reaccionó con vehemencia, de acuerdo con su temperamento.

—¡Basta! Yo lo detesto, Giuliano de Médici. No es usted más que un sucio seductor. ¿Acaso no le son suficientes sus putas para tener que venir a acechar a las jóvenes de buena familia?

Temblaba de rabia y, en ese estremecimiento, sus ojos brillaron provocando la envidia de todas las estrellas del cielo. Giuliano sintió que debía jugarse el todo por el todo.

—Tiene razón, Semiramide —murmuró, apenas inclinando la cabeza—. Su belleza me hizo perder la razón, me he comportado como el peor de los villanos. Le pido perdón. Deme su mano, hagamos las paces. Le juro que después nunca volveremos a vernos.

El tono era dolorido, humillado, derrotado. La mano que le extendía parecía la de un pobre mendigo en espera de limosnas. Semiramide extendió la suya, que Giuliano tomó suavemente y, agachándose, la rozó con los labios en un beso respetuoso.

—Está bien, ya está perdonado. Despidámonos ahora. Tengo que volver con mis padres.

Giuliano le dirigió una sonrisa radiante. Y luego, raudo y veloz, hizo presto uso de sus habilidades de cazador experto, tanto de mujeres como de presas: como un rayo, la aferró con brutalidad por la muñeca derecha y le cruzó el brazo detrás de la espalda. La joven gritó de dolor mientras quedaba suspendida de puntillas y con la cabeza inclinada hacia atrás. Quedó inmovilizada contra él, cualquier leve movimiento le causaba dolores insoportables. Giuliano la tenía completamente bajo su dominio.

—¡Déjeme! —le suplicó—. ¿Qué quiere hacer?

—¡Ahora lo verás, amiga mía!

Pasó su brazo izquierdo frente a su seno, bloqueando la muñeca del otro brazo, que había permanecido libre hasta entonces. De esa forma la joven se encontró ya completamente inmóvil y presionada contra él, incapaz de hacer el más mínimo gesto. Trató de liberarse de esa feroz presión, pero fue inútil. Hábil cazador, experimentado en justas y guerras, Giuliano le había dejado el espacio justo para que pudiera respirar, pero no escapar de él. Sintió que sus dedos ahora tocaban con lentitud la piel de su cuello y luego bajaban para acariciar sus senos.

—¿Quiere estrangularme? —protestó aterrorizada, pero era evidente que las intenciones de su atacante apuntaban en una dirección bastante distinta—. ¡Déjeme ir, canalla!

—Claro que lo haré. Pero primero tengo que darte ese regalo que te prometí —susurró travieso.

Semiramide notó sus labios ardientes y prepotentes sobre la tierna piel del cuello, que besaban y chupaban con avidez. Luego él comenzó a dar tormento a su oreja hasta la exasperación y ella sintió vértigo.

—¡Demonios, déjeme!

—Por supuesto, mi diosa. Pero primero quiero enseñarte algunas atenciones delicadas que tal vez tu esposo no te dedique jamás. Cosas de las

que disfrutaban las mujeres. Me encantaría dejarte un buen recuerdo de mí...

Con su mano libre desató el cordón de seda que mantenía cerrado el escote en su vestido y, abriéndolo lo suficiente, metió los dedos en él y comenzó a acariciar su piel desnuda, que temblaba de placer ante esos dedos maestros.

—¡Me hace daño! —gimió.

—Oh, no, todo lo contrario...

Llevó la mano al vientre, una mano ávida y ardiente que hurgaba levantándole el vestido, buscando la piel desnuda de sus piernas. Pronto la encontró y empezó a infligir tormento. Semiramide tembló de solo pensar adónde tenía intención de llegar.

—¡Por favor, Giuliano! Se lo ruego, en nombre de Dios... ¡Seré repudiada si mi marido no me encuentra virgen!

Él rio entre dientes.

—¡Tranquila, querida! Ese sapo ni siquiera notará que yo llegué antes que él. Lo que voy a hacer dejará tu hermoso cuerpo intacto. Pero te aseguro que llevarás por siempre mi marca en el alma...

Con una rodilla obligó a la joven a abrir las piernas y pudo llegar hasta el lugar íntimo y secreto que se había convertido en una obsesión mortal para él. La joven se retorció y su boca dejó escapar un lamento voluptuoso.

—Basta, se lo ruego...

Giuliano ya no la escuchaba. Ahogándose en el placer de abrazarla con tanta fuerza contra su cuerpo, por completo bajo su control, comenzó el perverso juego de caricias que bien conocía. Semiramide cerró los ojos, resignada a la derrota. Era degradante y humillante la intensa agitación que esa mano le causaba. Ya no luchaba por liberarse, solo intentaba rebelarse contra esa sensación física enteramente desconocida y feroz.

Hasta que, a fuerza de explorar, acariciar y tocar, Giuliano la condujo al punto sin retorno: se puso rígida, arqueó la espalda, se quedó sin aliento y luego se sintió arrastrada como por un viento abrumador que la transportaba a un precipicio profundo fuera del tiempo, fuera de toda conciencia, para resurgir inmediatamente después, renacida a una nueva vida.

Con la cabeza aturdida y la boca hormigueante, se dio cuenta de que ya no estaba sujeta como antes, la presión cruel con la que Giuliano la sostenía contra él se había convertido en un tierno abrazo.

—¿Qué me has hecho? —musitó sin más fuerza.

—El amor —susurró—. Pero ha sido solo una muestra.

Luego, con brusquedad, le dio la vuelta, la agarró por los hombros y la besó salvajemente mordiéndole los labios, para después apartarla de sí y alejarse en la oscuridad sin mirar atrás. Temía que, de volverse, no hubiera encontrado la fuerza para reprimirse, y entonces la joven no habría salido del jardín tan pura y virgen como había llegado.

Ya sola, Semiramide se sintió envuelta en un frío desolador. Se dejó caer sentada en una banca, hundió la cara entre sus manos y lloró.

Desde la ventana superior descendía la música y el alegre parloteo de la fiesta ofrecida por su compromiso.

VII

Después de horas, el cielo plomizo continuaba derramando fragorosamente una mezcla de lluvia y aguanieve sobre la ciudad. Parecía que el diluvio no terminaría nunca, como si Florencia mereciera morir ahogada en castigo por sus muchos pecados. Las calles habían permanecido desiertas la mayor parte del día y, ahora que estaba oscureciendo, los dispersos transeúntes obligados por serias necesidades a aventurarse en ese aire helado y nebuloso parecían sombras de muertos perdidas en la bruma de un limbo sin paz.

El canalón sobre la ventana de la sala de la casa Appiani debía de haberse perforado, porque goteaba con persistencia sobre el alféizar. El goteo continuo ponía de los nervios a Semiramide, ya de por sí bastante trastornada por el recuerdo de lo que había sucedido tres noches antes en el banquete de la casa Pazzi. No había encontrado ni un momento de descanso desde entonces. De día se mantenía tan ocupada como podía para no pensar, pero al día lo seguían la implacable noche, la oscuridad, la soledad de su habitación y de su cama, en la que solo daba vueltas sin dormir hasta llegada la primera luz del alba.

Maldecía con toda su alma a Giuliano de Médici y su vergonzoso atrevimiento, pero su cuerpo lo llamaba, languidecía ante el recuerdo de esas manos expertas, de aquellas escandalosas caricias, y gritaba su nombre en un lamento desesperado.

¡Quién sabía cuántas mujeres había tenido! ¿Era así como las tentaba? ¿Las seducía para poder poseerlas?

Lo odiaba con todas sus fuerzas, pero no podía dejar de pensar en él.

—Hija.

—¿Sí, madre?

Semiramide se sobresaltó al notar la mano de su madre, que la tomaba de la muñeca. Por un fatal instante, creyó sentir el apretón de Giuliano, como el día en que la había abordado en la iglesia. Debido al sobresalto, se pinchó con la aguja y una gota de sangre manchó de vergüenza la blancura del bordado.

—Deja de trabajar y vete a la cama. Ya es de noche. La vista se cansa haciendo trabajos de costura en la oscuridad.

La idea de tener que estar sola, cara a cara con sus ansiedades, la torturaba.

—Por supuesto, querida madre. Solo déjame terminar esta flor...

—Insisto, hija mía.

Tomó el bastidor de bordado de su hija, pero Foschina irrumpió con una reverencia respetuosa.

—Señora, su esposo pregunta por usted.

—Voy de inmediato —respondió la dama con un suspiro.

A pesar de sus cincuenta años cumplidos, Jacopo Appiani seguía siendo un hombre vigoroso lleno de apetito por el atractivo de su esposa. Tan pronto como doña Battistina salió de la habitación, Semiramide se dio cuenta de que la criada había inventado ese pretexto para hablar cómodamente con ella a solas.

—¡Rápido, venga conmigo!

—¿Qué está pasando, Foschina?

—Sígame. Bajemos al ala de la servidumbre.

El tono era tan insistente y desesperado que la joven se dejó llevar con docilidad por la escalera que conducía al piso de abajo. La sirvienta se colocó junto al vidrio salpicado de lluvia de la ventana que daba a la calle.

—Ahí. ¿Lo ve?

—No veo nada, Foschina. La calle está vacía.

—Mire con cuidado, por favor. Allí, al lado de la puerta del herrero. Debajo del templete de la Virgen de la Misericordia. ¿Lo ve?

Semiramide vio entonces a un pordiosero envuelto en harapos, un mendigo tirado en el suelo con la espalda contra la pared, un vil despojo humano empapado de lluvia.

—¡Pobre hombre! ¿Por qué no le han dado un plato de sopa caliente?

—¡Si lo hemos intentado! Pero ese hombre es testarudo. Dice que no se irá bajo ninguna circunstancia antes de que pueda verla a usted.

—¿Verme?

—Así es. Lleva ahí toda la tarde, bajo el diluvio. He enviado a los sirvientes a ahuyentarlo, ya que no quería ni limosnas ni un lugar para refugiarse, sino solo verla a usted; dice que la ama como nunca ha amado en su vida, y que no le importa tener que morir para verla.

Aturdida, la joven abría de par en par sus inmensos ojos color esmeralda hacia la oscuridad de la calle desierta.

—Pero ¡si es un loco, Foschina! Diles a los criados que lo echen de inmediato. Y si insiste, ¡que le den una paliza!

La incomodidad reflejada en la cara de la criada anunciaba complicaciones.

—De hecho, ya han ido con palos —explicó—. Pero, en cierto momento, el mendigo ha descubierto su cabeza, y los que han podido verle la cara... han regresado con el rabo entre las piernas. Ninguno de ellos se atrevería a levantar un dedo contra Giuliano de Médici...

Semiramide se quedó boquiabierta, presa del más crudo desconcierto.

—¡No puede ser!

—Pero es así, se lo juro. ¿No me cree? Entonces mire esto. Me lo ha dado para usted.

Rebuscó con el dedo en el escote del corsé y encontró un precioso anillo de oro que había guardado prudentemente para ella. Se lo entregó a la joven, que lo miró asombrada.

—Pero esta es una alianza nupcial... —susurró confundida.

—La intención parece clara, ¿no?

—¡No puedo verlo, Foschina! No puedo...

—No le digo que le dé esperanzas, y aún menos que ceda a sus adulaciones, pero tenemos que hacerlo entrar lo antes posible. Ha estado horas bajo la lluvia. Con esta helada, padecerá una enfermedad terrible. Él dice que está listo para morir por usted, ¡y me temo que podría suceder!

Semiramide comenzó a caminar frenéticamente por la habitación, carcomida por la indecisión. No tenía corazón para dejarlo sufrir bajo la lluvia helada, pero, si por casualidad lo acogía de verdad, si se encontraba a solas con él otra vez... ¡Solo Dios sabía lo que podría ocurrir!

—¡Tenemos que dejarlo entrar! —insistía la criada—. Está en juego también el honor de su padre.

—¿Mi padre? ¿Qué tiene que ver con esto?

Los ojos de la sirvienta se inundaron de miedo.

—¿Qué pasará si Giuliano de Médici enferma gravemente? Lorenzo se enterará de que fue por culpa suya. Querrá desquitarse con su padre y vengarse de todos ustedes. ¡Y que Dios nos libre de la furia de los Médici! Mi familia estaba en Volterra cuando estalló la guerra por el alumbre. Créame, sé lo que digo: Lorenzo de Médici es un hombre vengativo y sin escrúpulos. No tiene piedad con sus enemigos. ¡Si considera que alguien va a obstaculizarlo o quiere dañarlo, entonces lo aplasta como a un vil insecto!

Foschina cerró los ojos un momento y del abismo de la memoria resurgió el horrible escenario que la había torturado en sus sueños durante años. Era imposible olvidar esos cuerpos mutilados esparcidos por el suelo, las calles

llenas de sangre, el llanto incontenible de los huérfanos que la sed de poder de los Médici había propagado en su amada ciudad.

Los criados pusieron a Giuliano a cubierto y lo acomodaron sobre un colchón de paja. Semiramide se inclinó y notó que la fiebre lo había vencido; temblaba y deliraba.

—¡Rápido, Foschina! Ve al boticario. Consigue una poción para bajarle la fiebre. Di que es para mí.

Había una valentía en los ojos de su ama que no había visto nunca antes, una audacia digna de las empresas más arriesgadas. Impresionada por tal intrepidez, la criada se echó la capa sobre los hombros y salió desafiante al aire helado de la noche y al azote del aguacero mezclado con aguanieve.

Durante horas la joven permaneció al lado del que la había acechado con tanta audacia. Le mantenía la frente fresca con compresas de agua fría y lo obligaba a beber la infusión curativa. Y luego, cuando se dio cuenta de que el discreto poder de las hierbas medicinales le había provocado un sueño más tibio y tranquilo, tomó el rosario y rezó a Nuestra Señora para que pudiera salvarse.

Cuando amaneció, la joven sintió que una mano candente le acariciaba el cabello. Se despertó del corto sueño en el que había caído, agotada por tanto tiempo de vigilia. Se enderezó y se topó con los ojos cansados de Giuliano, que la miraba desde el camastro en el que todavía estaba acostado.

—Perdóname, Semiramide —dijo con delicadeza, arrepentido—. Te he puesto en peligro. Dios te proteja. Nunca volverás a saber de mí.

Con un enorme esfuerzo se levantó tambaleante del camastro. Le dirigió una última mirada en la que el orgullo luchaba amargamente contra el arrepentimiento y, tras ese último vistazo embelesado, le dijo adiós.

Nacida de aguas tan cristalinas como velos de transparencia impalpable, la piel diáfana de Venus parecía encrespase ante el cálido soplo del viento primaveral, trémula de placer, como tocada por caricias invisibles y amorosas.

Rosas purísimas caían del cielo, el aire estaba fragante de su perfume e irradiaba belleza.

—¿De verdad me parezco tanto?

—Sí —admitió Sandro Botticelli. Un intenso tono de arrepentimiento vibraba en su voz y a Semiramide no le pasó inadvertido.

—Usted también la amaba, ¿no es verdad?

El artista apartó de inmediato los ojos del lienzo en el que había eternizado con los colores de la pasión el sentimiento más inmortal. ¿Por qué negarlo? Quien mirara sus obras solo podría ver retratada a Simonetta Vespucci y a nadie más. Todas las demás figuras femeninas no eran más que su pálido e inferior reflejo.

—Ella era mi musa —murmuró triste—. Pero teníamos una conexión muy diferente de la que suele creerse.

Semiramide se volvió para mirarlo con sus hermosos ojos verdes.

—¿Diferente de la que tenía con Giuliano de Médici, por ejemplo?

El rostro de Botticelli se tiñó de vergüenza. Aunque nadie en Florencia ignoraba la relación clandestina que los había atado a los dos, era también cierto que no se encontraría alma viva dispuesta a hablar explícitamente del tema. Sin embargo, Botticelli no era un hipócrita y detestaba a quienes se escudaban detrás de circunloquios insidiosos.

—Giuliano casi se volvió loco de dolor cuando ella murió —admitió en voz baja.

Con esa frase había respondido con franqueza, pero sin acusar a los dos amantes de ser adúlteros.

—¡Hábleme de ellos, maestro! ¿Cómo se conocieron? ¿Dónde se encontraban para hacer el amor?

Sandro Botticelli respiró hondo, lleno de tensión.

—Aquí —contestó despacio—. Mi taller de arte es la respuesta a sus dos preguntas.

—Y usted podía soportarlo...

—Tengo un afecto fraternal por Giuliano que iguala el poder del amor, señora. Habría hecho cualquier cosa para ayudarlo. No me arrepiento.

La joven se mordió las uñas nerviosamente.

—Tengo que verlo, maestro Botticelli —confesó—. Tal vez él ya le haya contado...

—Lo sé todo. Y permítame decirle, señora, que Giuliano se está poniendo en una posición muy peligrosa al cortejarla. Si yo fuera usted, trataría de frenar su ímpetu. La familia Pazzi, con la que usted está a punto de emparentar ahora, odia a muerte a los Médici. Créame, los sentimientos de Giuliano por usted no estarán exentos de consecuencias. Pueden servir como excusa para una sangrienta disputa.

Impresionada, la joven se quedó mirando con sus hermosos ojos bien abiertos hacia el cielo, al otro lado de la ventana.

—Estoy tan confundida... Al menos me gustaría hablar con él, decirle adiós.

—Puede hacerlo, señora. Él está aquí.

Semiramide saltó como si la hubiera pinchado un alfiler.

—¿Está aquí?

—En otra habitación. Le he ocultado su visita por los motivos de prudencia que acabo de referirle. Pero, si de verdad quiere despedirse de él, y de una buena vez ponerle fin a ese capricho que puede meterlo a él en serios problemas, entonces estoy dispuesto a ayudarla.

—Sí, maestro, ¡se lo ruego!

Botticelli vaciló un momento, dudando dramáticamente sobre cómo proceder. Miró a la criada que siempre seguía a la joven para vigilarla y que se había quedado al fondo de la habitación, y ella asintió. El pintor se decidió y desapareció por la puerta que conducía a través de un pasillo hasta el jardín del lado de poniente de su casa. Semiramide extendió las manos.

—¡Foschina!

—Señora...

—Por favor, cierra las cortinas un poco. Quédate al otro lado de la puerta mientras él esté aquí. ¡No dejes entrar a nadie!

La sirvienta se inclinó y salió deprisa. Fuera, lentos, como agobiados por un dilema, se oían unos pasos calzados con cuero de gran valor cada vez más cerca. Se diría que eran zapatos de caza o botas de viaje.

Semiramide contuvo el aliento. Lo vio y lo encontró realmente hermoso. Giuliano llevaba una túnica corta de terciopelo negro abrochada con un cinturón tachonado en plata que sostenía una daga con una empuñadura decorada con piedras preciosas. Su cabello estaba cubierto por un sombrero puntiagudo forrado de visón. Sobre los hombros llevaba la larga capa de fieltro que suele abrigar a quienes tienen que cabalgar bajo la lluvia. Mientras entraba, se acomodaba los guantes con aire pensativo y triste.

—¿Mandó usted llamarme, señora?

La pregunta era fútil, la voz dolorida.

—Quería despedirme.

Giuliano avanzó hasta que estuvo justo frente a ella. Tenía el rostro desencajado por la tristeza, abandonado a una resignación que no le procuraba el menor consuelo.

—Quiero pedirle perdón de nuevo, Semiramide, por todos mis vergonzosos atrevimientos. Me conduje como el peor de los villanos con

usted. Esa diosa que usted ve retratada allí arrastra a los hombres a la ruina. Le deseo que sea feliz —concluyó, dispuesto a darse la vuelta para irse.

—¡Espere! Está vestido con ropa de viaje. ¿Va a salir?

—Sí.

—¿Estará ausente mucho tiempo?

—Solo tres días, por ahora. Voy a Città di Castello.

—¿Por negocios?

—Para mantenerme alejado de los enemigos de los Médici —respondió sombrío—. Mi hermano Lorenzo ha vuelto a apretar el puño alrededor del cuello de la Signoria. Ahora también teme represalias contra mí. Prefiere que no me quede en Florencia.

—¿Qué sucedió?

Giuliano parecía genuinamente sorprendido por la pregunta.

—¿De verdad no lo sabe, Semiramide? De hecho, la cuestión la atañe en cierta forma.

—¿En qué modo puede incumbirme la política, si soy una mujer?

Su desconcierto era sincero. Giuliano entendió que a la joven aún no la habían puesto al tanto de la noticia, y tal vez incluso hasta su padre, Jacopo Appiani, la ignoraba. De ser así, eso querría decir que Cischio de Pazzi habría preferido mantener en secreto ciertos hechos que pondrían en riesgo su posición y prestigio.

—La Signoria emitió un voto hace tres días a puerta cerrada —explicó—. Eso significa que en la votación solo ha participado el consejo restringido.

—¿Los Diez de Balía?

—Por supuesto. Entre ellos mi hermano Lorenzo y el nuevo gonfaloniero, Cesare Petrucci.

—Debe de haber sido por una razón seria. ¿Hay alguna guerra inminente?

—No —contestó Giuliano pensativo—. Los Diez se reunieron a puerta cerrada debido a un asunto patrimonial. —Ella frunció el ceño. No conocía tanto como él los complejos engranajes de la política florentina, pero, hasta donde sabía, el hecho era en realidad incongruente—. Se aprobó una nueva ley por la que el patrimonio no puede transferirse por línea materna. De ahora en adelante, la herencia se transmitirá solo del padre a los hijos varones. O a los otros parientes consanguíneos por parte del padre.

La muchacha parecía desconcertada; no podía entender qué emergencia podría haber causado que una comisión especial como la de los Diez de Balía se reuniera en secreto para dar pie a tal decisión. Y luego, como un mazazo, le llegó la revelación de la verdad desnuda.

—¡Los Borromei! —exclamó—. Si lo que dice es cierto, Franceschino de Pazzi ya no podrá recibir un solo florín de toda esa fortuna. Todo el patrimonio pasará a los primos paternos de la difunta.

Giuliano asintió con la cara convertida en una máscara de vergüenza y dolor.

—Creo que es justo por eso por lo que Lorenzo la sometió a votación. ¡Solo Dios sabe lo que prometió a los Diez para empujarlos a cometer tal abuso!

Semiramide tenía el rostro encendido, el corazón agitado. Ninguna de estas astutas reflexiones permearon en su conciencia; estaba por completo enfrascada explorando el nuevo escenario que poco a poco tomaba forma en su corazón, impetuoso y luminoso como un amanecer de verano.

—Pero entonces... Entonces...

—Sí —se adelantó—. Ahora Cischio de Pazzi ya no tendrá los recursos para pedir en matrimonio a la hija del señor de Piombino. Su padre no llegará hasta el final y no firmará el contrato nupcial.

Semiramide se lanzó a abrazar su cuello, loca de felicidad, pero Giuliano, descorazonado, la apartó.

—Ahora debemos aparentar más distancia que nunca —lamentó abatido—. Si alguien se llegara a enterar de que la amo y la deseo, podría atentar contra su vida solo para vengarse de nosotros, los Médici.

Inflexible, la mantuvo a una cierta distancia de su cuerpo. Semiramide sintió que sus ojos se humedecían por el desaire y la consternación.

—Decía que me amaba..., lo sigue diciendo ahora también, y luego...

—Iré a Venecia, Semiramide. Lorenzo ha decidido casarme con la hija de Marco Correr.

Su voz sonaba lapidaria y lúgubre como una sentencia de muerte. La joven se quedó congelada.

—A Venecia —sollozó—. ¡Así que no lo veré más!

Giuliano no pudo controlar el arrebato de sus sentimientos y, dejando de lado toda prudencia, extendió las manos hacia su rostro y la atrajo hacia él en un cálido último beso. La joven se lo permitió, mientras desataba los lazos de su vestido sin que él lo advirtiera.

—Adiós —se despidió él apoyando su frente sobre la de ella, blanca y ardiendo de emoción.

Cuando empezaba a separarse se dio cuenta de que el vestido de Semiramide había caído inexorablemente al suelo. Desnuda, hermosísima, se paró delante de él sin ningún temor, como si estuviera revestida con una

armadura que nada podría dañar. Giuliano la miró hechizado y sintió que lentamente se precipitaba hacia la inevitable derrota.

—Dime si soy como ella —le susurró mientras se arrojaba de nuevo sobre él y se aferraba en un abrazo.

Buscó su boca y abrió los labios con impúdica voracidad, hasta que logró enredarlo en una tentación de la que no había retorno.

En un instante, el catre que servía de descanso del trabajo para el artista se convirtió en la alcoba de su tierno y violento placer. Arrastrada por los besos, por la fiebre de esas manos atrevidas sobre ella, la joven le permitió hacer todo lo que él quiso, presa dócil de ese abrazo voraz que no dejaba salvaguarda para su honor.

Después de haberla satisfecho como bien sabía hacerlo, Giuliano la tomó, impaciente por la emoción de esa carne nueva y cerrada, nunca antes marcada por el amor de un hombre. Ella se dejó poseer sin ceder al dolor, mientras acariciaba con la mirada la gran pintura de Botticelli. En el momento en que recibió la rendición extrema del amante, sus ojos se dilataron al infinito y en ellos se reflejó *El nacimiento de Venus*.

Extendida en la mullida cama de paja, cansada y feliz, sintió que el cabello de él le hacía cosquillas suavemente en la piel desnuda del pecho. Giuliano se enderezó sobre los codos y le dirigió una mirada señorial.

—Tú debes ser mi esposa, Semiramide. ¡Aunque sea lo último que haga!

VIII

El largo y cavernoso sonido del cuerno hizo eco en el valle. La partida daba inicio.

Los cazadores invitados por Lorenzo, que había organizado ese evento con una fastuosidad todavía mayor de la habitual en honor a Roberto Malatesta, se reunían fuera de la puerta trasera de la torre de los Visdomini. Desde allí, a través de Via dei Servi, se podía apreciar la imponente mole del Duomo. La intención era ir directamente a la colina de Fiesole, donde al parecer se había avistado un jabalí de enorme talla al que incluso los osos temían. Lorenzo había invitado a todos los magnates de Florencia, además de a algunas personas con las que mantenía una amistad y otras cuya hostilidad quería disimular.

Cada uno de ellos había traído consigo su séquito de caballos, arcos, flechas, perros de raza y cazadores experimentados en un número proporcional a sus fortunas. Cischio de Pazzi no habría podido permitirse los diez criados que llegaron con él esa mañana, ni los tres briosos caballos ni los veinte galgos, pero, en vista de la herencia que estaba a punto de recibir y del matrimonio que lo emparentaría con los señores de Piombino, consideraba que tal prodigalidad no parecería excesiva a los demás invitados, o en todo caso sería excusable. Con el rostro feliz y desprevenido, espoleó el caballo para acercarse a Giuliano y saludarlo con gozo.

—Se le ve cansado y también un poco demacrado —dijo frunciendo el ceño.

Giuliano miró hacia otro lado. Cualquiera que fuera perspicaz podía leer la culpa en su cara como en las páginas de un libro abierto.

—No he estado bien últimamente —masculó incómodo.

—¿No será la gota que aqueja a ustedes los Médici? Tiene que prestar atención a la dieta. Comer demasiada carne hace daño —comentó Cischio de buen humor.

De repente Lorenzo apareció entre ellos. Magnífico en su traje de caza de piel de ciervo y con una daga con empuñadura de oro colgada del cinturón,

sostenía en el puño un halcón gerifalte de clarísimo plumaje, digno de un rey del inmenso norte.

—También los pecados carnales hacen daño —observó incisivo, haciendo una grave alusión a Giuliano.

Tan pronto como Cischio se alejó para unirse a la comitiva, Lorenzo miró airado a su hermano. Estaban lo bastante lejos del resto del grupo para poder decirle las palabras que guardaba en el pecho desde hacía días.

—Giuliano, ¿qué estás haciendo?

—Nada que te importe.

—Soy el jefe de la familia. Mientras estés bajo mi techo, todo lo que hagas me importa. Y tienes que rendirme cuentas. —Giuliano resopló—. ¿Te has metido en problemas?

—No, Lorenzo.

—¿Seguro? Entonces ¿por qué te pasas las noches en salidas clandestinas en vez de estar en tu cama? Quiero saber adónde vas. ¡Te lo exijo!

Giuliano le dirigió una mirada muy elocuente. Para la intuición de Lorenzo eso era suficiente.

—¡Dios mío! La hija de Appiani...

—Sí —admitió Giuliano como un *mea culpa*.

—¿Cuánto tiempo lleva sucediendo esta historia?

—Desde hace poco —respondió vagamente.

—¿Cómo de lejos has llegado?

—Es irreparable.

Lorenzo aguantó el golpe.

—¿Está embarazada? —preguntó, listo para lo peor.

—No. Estoy seguro.

—¡Alabado sea Dios! Ten cuidado, Giuliano. No empeores la situación. Ya estamos al borde de la guerra con los Pazzi.

—He tenido cuidado. Lo hago siempre —mintió.

De vez en cuando Lorenzo se volvía y repartía las sonrisas pertinentes. Los invitados, que observaban hablando en privado a los hermanos, no debían tener el menor indicio del tema o sería una catástrofe.

—No puedes volver a verla, Giuliano.

—¡Imposible! Estoy loco por ella. Y soy correspondido, de otra manera no hubiera aceptado comprometer su honor conmigo.

—Pero ¡qué bien! —espetó Lorenzo—. ¡Qué cuadro tan poético! Ya no te reconozco, hermano. Debes ser prudente y cuidarte las espaldas, ahora más que nunca. No verás a esa chica al menos durante dos meses.

—¿Dos meses? Pero ¿¿por qué?!

—He tenido que optar por medidas arriesgadas, tomar decisiones difíciles. Cuando los florentinos se enteren, se desatará el caos. Pero luego, semana tras semana, la tormenta amainará y las aguas volverán a su cauce. En ese momento, podremos hablar sobre ti y la hija de Appiani, no antes. ¡Es sobre todo por tu propio bien!

Lorenzo temblaba, temiendo que otros desde la distancia pudieran leer sus labios e interceptar sus palabras. A Roberto Malatesta se le había pedido que los mantuviera distraídos contándoles los chismes más picantes de su corte de Romaña. A juzgar por las caras atentas, llevaba a cabo su tarea a la perfección, pero los caballeros invitados nunca perdían de vista por mucho tiempo a su magnífico y pródigo anfitrión.

—¿Me has entendido, hermano? Mantente lejos de Semiramide Appiani una temporada. Deja que el tiempo juegue a nuestro favor. Está aún pendiente ese viaje de negocios a Venecia que has estado posponiendo varias semanas.

—Ahora no. El acuerdo con Marco Correr fue anulado. Si me guarda rencor, podría influir en el dux de una manera poco ventajosa para nosotros.

—Buena observación. Entonces ve a Roma. Podrías supervisar el desempeño del banco y presentar tus respetos a los partidarios de los Médici en el Sacro Colegio. ¡Dios sabe cuánto necesitamos amigos poderosos en este momento!

Giuliano asintió en silencio. Estaba agradecido con su hermano por haber violado la ley, manipulado las instituciones e incluso corrompido a los más altos magistrados de la República para ayudarlo a obtener a la mujer que amaba. Sin embargo, la idea de no ver a Semiramide durante tanto tiempo, de no poder disfrutar de sus besos y de su cálido y acogedor cuerpo, le causaba un dolor que podía nublarse la luz de la razón.

Lorenzo espoléó al caballo, que reaccionó como si estuviera nervioso por tanta espera. Esto le permitió volverse para tranquilizarlo, pero, cuando estuvo seguro de que ninguno de los invitados podía verle la cara, le dijo a su hermano:

—Hoy he invitado a Cischio de Pazzi para evitar dar pie a sospechas. Míralo, Giuliano. ¡Mira qué feliz está, cómo se pavonea en medio de su séquito, que le cuesta una fortuna! No quiero ni pensar en lo que sucederá cuando se entere de lo sucedido. Ahora dime, ¿me das tu palabra?

—Te doy mi palabra.

Lorenzo jaló las riendas con fuerza y enseguida estuvo entre sus invitados otra vez.

Mientras tanto, Cischio de Pazzi se había convertido en el rey de esa brigada de cazadores. Nadie lo felicitaba explícita y directamente, porque ninguna de las dos cosas que lo hacían envidiable eran aún de dominio público: ni la noticia de su boda con la hija de los señores de Piombino, ni la herencia del difunto Giovanni Borromei. No obstante, de manera informal, con miradas mordaces y bromas que irradiaban adulación, los invitados de Lorenzo lo agasajaban sin disimulo.

Cuando Lorenzo y Giuliano se reincorporaron al grupo, la comitiva partió por fin. Cischio notó un detalle que hasta entonces se le había escapado por estar tan ocupado en brillar como centro de atención. Permaneció en silencio observando ese hecho que lo intrigaba más allá de las palabras, luego le guiñó un ojo al fiel Bernardo Baroncelli, quien de inmediato se le acercó.

—¿Has notado ese halcón que sostiene en su puño don Matteo Luchini?

—Por supuesto —replicó Baroncelli—. ¿Cómo podría no notarlo? Ese animal debe de costar su peso en oro.

—¿Cómo puede tenerlo, Bernardo? ¿No te parece extraño?

—¿Por qué sería extraño? El gonfaloniero de justicia es el más alto cargo de la República. Debe de estar ganando bien.

—No tan bien —observó Cischio de Pazzi—. El salario no es lo bastante alto como para permitirse esos lujos.

—Pero también recibe honorarios, comisiones y regalos...

—Aun así, no deja de ser algo incongruente —insistió Pazzi cada vez más dubitativo.

Se dijo a sí mismo que solo había una forma de eliminar la duda, esto es, preguntar directamente al susodicho. Espoleó al caballo para ponerse a la cabeza del grupo y emparejarse con el gonfaloniero.

—¡Qué magnífica ave! —lo abordó—. A juzgar por el plumaje, uno diría que es un halcón oriental.

—Veo que es conocedor —concordó el gonfaloniero.

—¿Cómo lo consiguió? No me juzgue usted inoportuno, quiero decir, ¿cómo logró convencer a su amo de separarse de un animal tan hermoso?

—Me lo mandó un gran señor del Levante —respondió el magistrado un poco evasivo.

—Por supuesto. Como resultado de una mediación diplomática exitosa, me imagino. Su donante es un hombre generoso.

Cischio se interrumpió y la sonrisa se borró de su rostro. Mientras hablaba con Luchini, vio por casualidad el perfil de otro hombre situado junto a

Lorenzo, en el lado opuesto de donde él estaba: don Cesare Petrucci. Si hasta hacía poco, desde la distancia, solo había podido admirar la silueta esbelta pero briosa del caballo que montaba, además de su andar elegante y el brillo de su pelaje moteado, ahora que lo veía de cerca se daba cuenta de que no podía haber muchos caballos en el mundo con esa tonalidad particular, que aumentaba enormemente su valor. Tal vez no tenía par.

—Conozco su caballo —comentó con recelo—. Estoy seguro de haberlo visto antes.

Petrucci le contestó con una carcajada rebosante de gentileza. Estaba preparado para recibir preguntas de ese tipo, por lo que no lo sorprendían indefenso.

—¡Por supuesto que lo ha visto antes! ¿Cómo podría uno olvidar un animal de esta perfección? Orso no pasa inadvertido.

¡Orso!, pensó el joven al instante. Ya no había lugar a dudas: Giuliano de Médici lo había montado durante una justa dos años antes, cuando celebró su entrada en la vida política de la ciudad con una victoria deslumbrante. Gran parte de ese triunfo se debió a la increíble agilidad de ese corcel y a su empuje inusual.

—Orso —repitió Cischio asombrado—. No puedo creer que la familia Médici haya decidido privarse de ese animal. Con independencia de lo que se podría obtener por la venta, ese caballo tiene un gran valor sentimental.

—En realidad fue solo prestado —precisó Lorenzo.

—Por ahora es solo un préstamo, en efecto —se apresuró a señalar Petrucci—. Pero confieso que, cuanto más lo monto, más me persuade la idea de no querer dejarlo. Estoy convencido de que nuestra transacción será todo un éxito, Lorenzo.

Y los dos intercambiaron una larga y penetrante mirada de complicidad.

—¿Una transacción? —preguntó Cischio.

Ni siquiera esa pregunta tomaba desprevenido a Petrucci. De hecho, le hizo un gesto al otro para que se arrimara y cabalgara a su lado para poder hablar con él con toda discreción.

—Le hice un gran favor al Magnífico, y él me está muy agradecido —susurró—. Pero no me pregunte más. Hay una mujer de por medio, ¡y un caballero nunca traiciona los secretos de las damas!

Le ofreció una hermosa sonrisa llena de misterio, y de inmediato espoleó al caballo para distanciarse del heredero de la casa Pazzi.

El evento de caza no quedaría plasmado en los anales florentinos precisamente por su resultado, que de ninguna manera fue extraordinario. El

descomunal jabalí que asustaba hasta a los osos no se dejó ver por ningún lado, si es que acaso existió en realidad y no era solo el resultado de una leyenda popular. Aun así, los presentes recordarían esas conversaciones el resto de su vida, pues muchos de los hechos acaecidos después tuvieron origen justo ahí.

—Esto no me gusta —murmuró sombrío Cischio de Pazzi a Baroncelli cuando se rezagaron.

—Luchini es el gonfaloniero saliente, Petrucci está a punto de asumir el cargo. Ambos recibieron un regalo invaluable de Lorenzo de Médici.

Para los dos quedaba claro que el Magnífico había hecho un pacto secreto con los dos magistrados. Pero ¿qué tipo de acuerdo? ¿Para obtener qué?

IX

Los cuervos planeaban sobre el montón de tierra del reciente entierro. El olor del cadáver en descomposición exacerbaba su hambre. Picoteaban los terrones de tierra suelta tratando de excavar hasta el macabro banquete. Tres hombres estaban parados junto a esa tumba: el primero era un anciano patriarca; el segundo, a juzgar por los galones dorados de su vestimenta, un monseñor muy involucrado en las esferas de poder de la curia romana; el tercero, por último, un joven con una sonrisa burlona y arrogante que daba vueltas con enorme satisfacción a un vistoso anillo con el escudo de armas de la casa Sforza en el dedo. Ciertamente, no le correspondía por derecho de nacimiento, pero, fuera como fuese, lo había conseguido.

En silencio, intercambiaban miradas ocasionales entre ellos a la espera de que la gente dejara de pasar. Era Miércoles de Ceniza, un día propicio de verdad para funerales y tristezas.

Francesco Salviati, el monseñor, tuvo un estremecimiento de impaciencia.

—¡Vamos! —dijo a los demás—. La misa ha terminado hace mucho. La iglesia ya debe de estar libre.

Jacopo de Pazzi se apoyó en su bastón y siguió a los otros dos, más jóvenes y saludables, hacia el otro lado del pórtico de aquella modesta parroquia rural. Girolamo Riario, demasiado arrogante para tener la cortesía de ayudar a ese anciano, lo miró aburrido.

Un nutrido grupo de hombres con expresión feroz los estaba esperando. Se trataba de todos aquellos que, por una razón u otra, se habían visto afectados y enviados al exilio por los Médici. El monte, los solitarios yermos y la espesura de los bosques se habían convertido en los lugares más habituales para ellos. Como bestias salvajes, se movían entre las sombras con cuidado de permanecer invisibles, listos para dar el golpe fatal e inesperado que les permitiera cumplir su ansiada venganza. Y ahora, ese momento había llegado.

—Estos hombres son nuestro ejército —declaró con énfasis Salviati—. Cada uno de ellos tiene buenas razones para desear la muerte del tirano.

—¿Es seguro reunirnos en este lugar? —preguntó Jacopo de Pazzi.

Había vivido demasiado tiempo en el centro de la vida política y financiera de Florencia y no estaba acostumbrado a que se hablara de manera tan explícita y directa sobre un plan violento. De hecho, esa especie de tugurio con paredes corroídas por el moho se encontraba en los límites del condado florentino, por lo que parecía improbable que alguien pudiera reconocerlos y denunciarlos a las autoridades. Sin embargo, urgía extremar las precauciones. Los Médici nunca les permitirían regresar a la ciudad. Los Médici, que estrangulaban a Florencia con su cerco de serpientes, que hicieron de la Signoria un mero teatro de farsas y transformaron a los priores en prostitutas complacientes listas para entregarse al mejor postor. Los Médici, que atacaron a la familia Pazzi y a sus parientes, pero también a sus oponentes, y que ahora quisieran verla irse a pique para darse un banquete como buitres cebándose a costa de su ruina.

Entraron cautelosos. La nave era pequeña y sin adornos. Un viejo sacristán acababa de barrer el suelo con paso lento y arrastrando los pies. Flotaba en el aire el olor acre del incienso y de las velas consumidas durante el funeral.

—Está ahí —dijo Salviati.

Apuntaba hacia el retablo en el altar de una pequeña capilla donde se representaba a un caballero en el acto de dividir la capa para darle la mitad a un mendigo arrodillado ante él. La imagen, muy antigua y venerada, era de san Martín de Tours. Era el santo patrono de los caballeros: en el día solemne que recibían la espada bendecida juraban defender en su nombre a las viudas, a los huérfanos, a la Iglesia y a todos los inocentes que necesitaban ayuda. Por algún extraño misterio del destino o por malicia del hombre, el santo más amado por los nobles tenía la cara de Lorenzo de Médici.

—¡Dios mío! —exclamó Jacopo de Pazzi—. ¿Hasta qué punto puede llegar la desfachatez de un comerciante? Nunca ha sido caballero. Y cuánto alardea de su generosidad hacia los pobres...

—¿Qué les sorprende? —interrumpió Salviati—. Ese cerdo usurero seguro que pagó a alguien para que hiciera la pintura. Pero no nos perdamos en discursos inútiles. Tenemos cosas más importantes que hacer.

Dicho esto, sacó un envoltorio de fieltro que llevaba bajo la capa y que desenrolló sobre el altar. Las cuchillas de algunas dagas brillaban a la luz de las velas. Salviati empuñó la primera, luego asestó un golpe violento en la imagen de su archienemigo.

—¡Que muera Lorenzo de Médici! —gritó—. ¡Por todos los abusos que hemos tenido que sufrir por parte de su gente!

—¡Por Imola! —exclamó Girolamo Riario—. ¡Y también por mi hermano Ludovico!

Salviati le pasó una tercera daga a Jacopo de Pazzi, quien, después de una breve vacilación, también hizo vibrar el golpe.

—Que muera Lorenzo de Médici —dijo en voz baja—. Por la salvación de nuestra familia.

Antonio Maffei de Volterra no se hizo de rogar y no esperó a que Salviati le entregara el arma; casi se la arrebató de la mano, tanto era el deseo de venganza que envenenaba su sangre por todo lo que sus seres queridos habían sufrido y por la destrucción de su querida ciudad.

—¡Que muera Lorenzo de Médici! ¡Que su nombre quede maldito para siempre!

Era el turno de Franceschino de Pazzi, que, sin embargo, dudaba. La nueva ley sobre transferencia patrimonial ya se había publicado, y el compromiso entre Giuliano y Semiramide Appiani era ahora de dominio público. Doblemente despojado del futuro, Franceschino se ahogaba en el rencor.

—¿Entonces, primo...? —lo animó Salviati—. ¿Estás con nosotros o contra nosotros?

—Estoy con vosotros para destruir a los Médici —respondió irritado—. Pero aquí solo oigo hablar de Lorenzo, y solo su retrato veo atravesado por puñales. ¿Qué hay de Giuliano? Él también debe morir. Los Médici son un monstruo de dos cabezas; si cortamos una, la otra vivirá y nos podrá hacer daño.

—Tienes razón en lo que dices —aceptó Salviati—. Pero, si tratamos de hacer caer a ambos, nuestro plan puede fallar. Giuliano caerá más tarde, cuando haya perdido la protección de su hermano mayor.

—No sería prudente —objetó Jacopo—. Giuliano nunca tuvo nada que ver en las decisiones de Lorenzo. De hecho, tengo la certeza de que los dos hermanos han estado a menudo en discordia por esta razón. El segundogénito de la casa de los Médici podría traer agua a nuestro molino.

—Eso es cierto —observó Riario—. Matar a Giuliano podría poner al papa en una posición incómoda; es conocido el resentimiento existente entre él y los Médici. Yo también saldría afectado. Me casé con una Sforza, y los Sforza siempre han contado con el apoyo financiero de los Médici. Todavía los necesitan.

Jacopo aprobó y agregó:

—Ya he hablado con Giuliano sobre la posibilidad de que sea él quien lidere a la familia Médici. Él, que es un hombre razonable y moderado.

—¿Qué le ha contestado? —preguntó Salviati.

—Nada, por supuesto. Pero tampoco se ha opuesto.

Siguió una ronda de miradas entre Riario, Salviati y Maffei.

—No sé —dijo el último—. Giuliano no participó en la masacre de Volterra. Sigue siendo un Médici, pero es un hombre moderado. Mil veces mejor que su hermano.

Satisfecho con esa opinión, Jacopo se volvió hacia su sobrino. Encontró en él la más feroz oposición. Morado de ira, Francesco de Pazzi los miró uno por uno.

—Él sedujo a la mujer que era para mí —gruñó—. ¡Obligó a Jacopo Appiani a romper nuestro acuerdo!

Salviati lo miró con severidad.

—No podemos correr riesgos —sentenció—. Lorenzo es nuestro objetivo. ¡Estamos aquí para derribar la tiranía de los Médici, no para perpetrar venganzas personales!

—Salviati tiene razón. Giuliano no es nuestro enemigo —dijo Maffei.

Esa nueva ronda de opiniones unánimes pero contrarias a sus deseos exacerbó aún más a Franceschino de Pazzi, convertido ahora en una minoría cada vez más aislada.

—¿Entonces? —apremió Salviati con impaciencia.

Con la mano temblorosa de ira, Franceschino empuñó la daga y dio el golpe.

—¡Que muera Lorenzo de Médici! ¡Que me robó la herencia Borromei!

E inmediatamente después dio también el golpe Bernardo Baroncelli, quien nunca se separaba de su protector.

Había una última daga lista para ser blandida. Todos los conspiradores lo notaron.

—La última pertenece a un gran caballero que está aquí y espera —explicó Salviati—. No quiere que se sepa su nombre. Pero baste decir que siente un odio igual o mayor al nuestro hacia Lorenzo de Médici, quizá aún más intenso.

Luego se dirigió a la sacristía y abrió la puerta. Salió un guerrero cubierto por una espléndida armadura que brillaba como la plata. De la cimera de su yelmo brotaban lujosas y abundantes plumas suaves como nubes de vapor.

No se veía nada de él, salvo su altura, su corpulencia y sus ojos. Ninguno de los presentes lo había visto antes, excepto Salviati, pero Jacopo de Pazzi,

que había vivido lo suficiente para conocer la historia de Florencia y la de Italia, notó ciertos detalles gracias a los cuales pudo darle un nombre y una cara a esa figura de acero. Sintió una vaga sensación de desprecio. A pesar de su reciente fortuna, a él le seguía pareciendo un ridículo y vulgar mercenario sin escrúpulos.

El hombre de acero blandió la daga y la lanzó con ímpetu contra el icono.

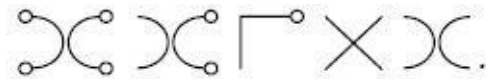
—Lorenzo de Médici fue como un hijo para mí —gruñó rencoroso—. Y él me traicionó como Bruto traicionó a Julio César. Pero el fantasma de César se levantó del reino de las sombras y le dijo al traidor: «¡Nos volveremos a ver en Filipos!». Hoy yo digo lo mismo: que muera Lorenzo de Médici, ¡que viva la República!

Su golpe de puñal se clavó mucho más profundo que los demás, justo en el centro del corazón.

Tercera parte

Venganza

Si quieres sembrar discordia entre dos personas, traza con el favor de Saturno estas figuras en el diamante durante su hora, mientras el planeta se encuentra en exaltación:



Si además plasmas esa misma imagen en brea y colocas ese sello donde hay dos amigos, o incluso solo uno de ellos, se odiarán mutuamente.

Pero ten cuidado: nunca lleses esa imagen contigo.

GĀYAT-AL-HAKĪM o «El propósito del sabio»,
texto de magia astral, siglo XI

I

—Señora, ¿cuándo veremos el santo paño de la Verónica?

—Más tarde, Betta.

—Llegamos aquí hace dos días —insinuó la criada en un tono un tanto quejumbroso.

Aunque acostumbrada a obedecer en silencio, le resultaba incomprensible que doña Clarice hubiera decidido abandonar Florencia para ir a Roma a visitar a sus familiares y venerar la verdadera imagen del Salvador y que luego, al llegar a la Urbe, se hubiera dedicado a todo menos a admirar la santa reliquia.

Además, doña Clarice llevaba semanas dominada por una inquietud que no la dejaba en paz; su criada no se equivocaba al suponer que había otro propósito muy distinto en ese repentino viaje a la Urbe. Estaba muy lejos de emocionarse por ver el paño de la Verónica, puesto que ella, nacida y criada en Roma, seguro que lo habría visto ya en innumerables ocasiones. Fueron más bien sus parientes Orsini la razón que la llevó a dejar Florencia y a su esposo.

Doña Clarice temía seriamente por la seguridad de Lorenzo y sus hijos. El haber dejado de ser los prestigiosos banqueros de los papas podía significar la ruina de los Médici, y los Orsini eran una poderosa dinastía en Roma, con una profunda influencia en los mecanismos de la curia romana. Por lo tanto, la señora hizo ese viaje para ver a su madre, a su poderoso tío cardenal y al engreído de su hermano Rinaldo, quien, nombrado arzobispo de Florencia solo gracias a la insistencia de Lorenzo, tuvo el descaro de quedarse en Roma sin siquiera presentarse en la diócesis que tenía a su cargo, pero de la cual recaudaba sus abundantes rentas. ¡Esa gente arrogante al menos un favor sí debían retribuirle a los Médici, aunque solo fuera por sus florines!

Frecuentarlos, interrogarlos con discreción y enterarse a través de ellos de lo que estaban tramando los Pazzi, y de ser posible, aprovecharse de la trayectoria ascendente de los Orsini dentro de la corte de Sixto IV para lograr que los Médici pronto volvieran a ser banqueros de la Santa Sede. Esa era la verdadera razón de tal viaje.

—Camina más rápido, Betta —la apresuró Clarice—. Antes de ver el santo paño de la Verónica, debemos encontrarnos con un alto dignatario del papa. Nos conseguirá una indulgencia especial. ¿Para qué otra cosa habría de servir la visita a la reliquia, si no es para obtener el perdón de los pecados?

Presionada por esas palabras, la criada recogió sus faldas y aceleró el paso.

Recorrieron el gran huerto de naranjas dentro del Vaticano que solo podían cruzar en carruaje los altos dignatarios de la curia. Cuando llegaron frente al portal del inmueble que el papa Sixto IV había destinado a albergar la biblioteca, tuvieron que subir dos tramos de escalera, hasta que un clérigo las condujo a una serie de pequeñas habitaciones con paredes completamente cubiertas de altos armarios de madera de al menos un siglo de antigüedad.

La sala de manuscritos tenía la luz y la atmósfera impecable de una sala real; era un monumento a la fragilidad de los libros que eternizan la historia humana, mientras las torres y los mausoleos de piedra sólida se resquebrajan bajo el hacha implacable de los siglos. Estaban ahí reunidas la teología moral, la dogmática, la escolástica, el derecho civil, la Sagrada Escritura y todo tipo de disciplinas que forman parte del saber humano.

Bartolomeo Sacchi, conocido como Platina, el custodio a cargo de la milenaria colección de textos propiedad de los papas, estaba sentado a su escritorio rodeado de frailecillos y notarios curiales concentrados en hacer inventario. Cuando le anunciaron la inesperada visita, levantó la vista y miró a Clarice en la luz borrosa de sus ojos claros, por encima de sus lentes de cristal. No se le veía entusiasmado por recibir invitados, pero el linaje de aquella noble mujer lo obligaba a concederle una audiencia.

—Tome asiento, señora.

Clarice ordenó a la criada que se sentara en el otro extremo de la habitación, en un taburete que en realidad se usaba para poner los libros. Ella aceptó una silla con un alto y solemne respaldo y, aunque la madera parecía un poco roída por las polillas, probablemente era un asiento episcopal de doscientos o trescientos años de antigüedad.

Platina era un hombre fuerte y robusto, de cara seria con una tez bastante oscura y pequeños ojos grises muy penetrantes. No tenía una expresión muy afable, pero detrás de ese aire hosco había un alma fervorosa llena de buena voluntad.

—Mi señor, le agradezco que me conceda esta entrevista.

—Faltaría más. ¿Cómo puedo servirla, señora?

—He traído algo de Florencia que usted conoce bien. Es un objeto que tiene ciertos detalles un tanto ilógicos. Me gustaría que me los aclarara, usted que es experto en temas de la antigüedad.

—Sí, si puedo...

Clarice abrió los lazos de la bolsa de seda que traía consigo y extrajo la preciosa píxide de amatista, quizá uno de los objetos más raros y preciosos de la colección de antigüedades del palacio Médici.

—Notable —observó Platina con sequedad.

Tanta indiferencia desconcertó a Clarice.

—¿No la reconoce?

—No, señora. ¿Debería?

—Por supuesto. Considerando que esta píxide estaba en un cofre con algunos objetos muy raros de la colección del difunto papa Pablo II que mi esposo recibió como regalo del actual pontífice, y que fue usted mismo quien escribió la nota adjunta.

El rostro de Platina adquirió una expresión confusa. Miró más detenidamente la píxide dándole la vuelta en las manos, pero ni siquiera esa inspección más meticulosa pareció iluminar su memoria. Luego la colocó sobre la mesa.

—Recuerdo que Su Santidad vendió ciertas piezas antiguas a su esposo, señora, de eso estoy convencido. Pero ¡le aseguro que es la primera vez que veo esta píxide de amatista!

—Pero ¿cómo? Lorenzo también recibió un hermoso anillo con una esmeralda... La esmeralda lleva un diseño grabado que representa un escorpión...

—Ah, claro. Ese sí que lo recuerdo. Parece ser un antiguo sello astrológico que cura no sé qué enfermedad.

—Protege contra los peligros del parto —completó decepcionada.

—Quizá, señora. Pero, le repito, ¡no sé nada sobre esta píxide!

Clarice dejó escapar un profundo suspiro de desaliento. Levantó de la mesa la delicada cajita de dura piedra y le dio vueltas.

—¡Sin embargo, proviene de la curia! La carta que llegó con el regalo dice que contiene las cenizas de Julio César. Por eso está cerrada con un cordón de seda y un sello. ¿Lo ve? Apenas se distinguen, porque está hecho de cera oscura, pero hay letras grabadas en él.

Eso pareció captar la atención de Platina, un hombre muy ávido de conocimiento y apasionado de las lenguas antiguas.

—Pueden verse algunas cifras, de hecho. Sin embargo...

—Lorenzo cree que son letras bizantinas —apuntó.

El erudito la miró de reojo, nada convencido.

—Me parece difícil, señora. En la biblioteca papal tenemos algunos manuscritos antiguos de Constantinopla, de todos los periodos, desde Constantino en adelante. Estos caracteres, sin embargo, no tienen nada que ver con la lengua griega.

A Clarice le hubiera gustado preguntarle si estaba seguro de ello, pero no se atrevió a formular esa pregunta que podría haber molestado a Platina, dado su carácter introvertido, al cuestionar su autoridad.

—¿De qué lengua cree que se trata? —preguntó con humildad.

Platina hizo una mueca.

—Quién sabe. Tal vez sea la escritura utilizada por los Padres de la Iglesia copta en Egipto. Tenemos algunos de sus manuscritos, me parece.

—¿Podría verificarlo, por favor? Le estaré enormemente agradecida.

—Por supuesto. Aunque le confieso que no entiendo por qué está tan interesada en este objeto.

La pregunta del erudito, inocente en sí misma, hizo que Clarice se sintiera profundamente incómoda.

—Me cuesta entenderlo también a mí —confesó—. Cada vez que veo esta píxide siento algo extraño... No es un sentimiento grato, se lo aseguro. Además, en las últimas fechas, mi esposo ha tenido un pésimo humor que no se corresponde con su carácter habitual. A menudo es déspota, frío, huraño. ¡He escuchado que la piedra de amatista provoca melancolía y, a fin de cuentas, no quisiera que la píxide ejerciera una influencia perjudicial sobre mi esposo!

Había hablado enfáticamente, en un arrebató de honestidad cristalina. Platina frunció el ceño y la observó unos momentos en silencio. No debía de tener a Lorenzo de Médici en alta estima, y esa mirada franca a su esposa, que esperaba atribuirle a una piedra la culpa de ciertas actitudes tiránicas que más bien se debían a una desmesurada sed de poder, parecía compadecerse de ella como si fuera una pobre ilusa que buscaba exonerarlo de una culpa imposible de justificar.

—Señora —respondió con fría cortesía—. Le aseguro que esta piedra no puede corromper el alma de nadie. Para empezar, no es amatista, sino una variedad de calcedonia violeta. Y solo para darle gusto... —El erudito se levantó y rebuscó en los estantes detrás de él hasta que regresó con un libro antiguo hecho de pergamino, encuadernado en cuero negro. Lo abrió

buscando un pasaje, que le mostró—: Aquí está, señora. Este es el tratado de Arnolfo el Sajón sobre el poder de las piedras preciosas. ¿Sabe latín?

Clarice clavó los ojos en esas páginas de elegante pero apretada escritura, de al menos dos siglos de antigüedad. Hasta donde podía ver, estaban escritas en un latín corrupto lleno de palabras simbólicas.

Calcedonius lapis... Color eius pallidus. Virtus eius est contra illusiones dyabolicas, et perfecte causas adversariorum evincat.

—¿Ve, señora? El poder de la calcedonia radica en ahuyentar las ilusiones que el diablo envía, porque da lucidez y clarividencia a quienes la poseen. Créame, esa piedra solo puede beneficiar a su esposo, que sufre de ilusiones diabólicas, ¡y mucho! En realidad, lo están cegando —señaló.

—¿Quiere decir que ese regalo esconde una advertencia?

Platina sacudió la cabeza con sincera desilusión.

—Señora, la única política que entiendo es la de Aristóteles y Cicerón, entre cuyos manuscritos vivo. Pero ¡debería ser ciego, sordo y completamente idiota para no saber cuánto molesta a Su Santidad la forma de actuar de su esposo! Desde hace meses no se hace sino hablar sobre ello en el Vaticano. Hay ciertas indiscreciones que no me informan a mí, un simple hombre estudioso. Pero, si puedo ser honesto con usted, por la estima y el respeto que le tengo al cardenal Latino Orsini, le aconsejaría que hiciera todo lo posible para que su esposo volviera al camino correcto. ¿Me explico?

—Lo entiendo perfectamente, señor Platina. Por desgracia, mi esposo es un hombre obstinado que no escucha a nadie.

—Entonces pídale a su tío que le hable con franqueza; Lorenzo de Médici no querrá ignorar las advertencias de uno de los cardenales más influyentes en el Sacro Colegio, ¡porque en ese caso estaría realmente loco! En cuanto a esta píxide, tranquilícese, es solo una antigüedad preciosa, nada más. Si su esposo ha tomado caminos que usted no aprueba, la responsabilidad es de quienes lo rodean y lo asesoran, o de él mismo. El resto son fábulas indignas de una dama de su rango, déjelas a los granujas y a la gente ignorante.

—Le estoy muy agradecida, mi señor. ¿Puedo pedirle que me notifique si alguna vez encuentra noticias que sean de mi interés?

—Se las haré saber. Suponiendo que me entere de algo.

Con una leve inclinación de cabeza, cortó el tema y ella se dio cuenta de que no tenía nada más que decir.

Clarice esperaba en el palacio Orsini; estaba amargamente decepcionada por la conversación con Platina, pero se aferraba a la esperanza de que el erudito pudiera averiguar algo sobre esa píxide que tanto la preocupaba.

En la casa de su tío cardenal, ese ambiente familiar que tanto había amado en los días de su adolescencia ahora le parecía una prisión con estrechas y grises paredes. Apartada de Lorenzo, no encontraba paz; ¿y si le pasaba algo malo mientras ella estaba lejos?

Para matar el insoportable tiempo de espera, pensó en volver a esas buenas tareas cotidianas a las que se había dedicado antes de la boda, las obras de caridad que se consideraban un deber indispensable para una dama. El tío cardenal le asignó la tarea de ayudar a las Siervas de San Juan, es decir, una docena de viudas ancianas y pobres que vivían en una casita del Letrán.

Cuidó con paciencia de ellas y soportó una interminable cantinela de quejas comunes entre los viejos, siempre tan convencidos de que los ladrones vendrían por la noche a robar sus cachivaches, hasta que un día, cuando Clarice casi había perdido toda esperanza y estaba pensando en regresar a Florencia, un criado de la hospedería la abordó con una reverencia.

—Perdone, señora. Hay una visita para usted.

—¿Una visita para mí?

Clarice no imaginaba quién podría visitarla en ese lugar, quizá porque nadie fuera de su círculo familiar cercano estaba al tanto de su viaje a Roma. Se quitó los alfileres con los que mantenía sujeto el delantal de lino y siguió al criado hacia el gran pórtico frente a la basílica, donde reconoció la silueta de una fisonomía ya antes vista.

—Roberto... —murmuró emocionada—. ¿Roberto Malatesta?

Encontró una sorpresa similar a la suya en la mirada de él. Aunque ella era la misma persona, por supuesto, se veía muy distinta a como la recordaba. Habían pasado muchos años desde su último encuentro, y esa belleza inmadura, delgada y frágil, que contaba entonces casi en exclusiva con el magnetismo de sus ojos verdes, se había convertido como por arte de magia en una mujer magnífica. Miró con discreción el impertinente pecho que asomaba por el escote del corsé, demasiado generoso para la moda romana, aunque muy casto para el uso florentino. También encontraba su sonrisa más abierta y cálida. Irradiaba la orgullosa belleza de una rosa roja en mayo, en el culmen del florecimiento.

—Oí que estaba de visita con sus parientes —dijo bajando un poco el volumen de su voz.

—¿Lorenzo se lo dijo?

—Por supuesto, señora. Él sabía que yo estaba en Roma para hacer una petición directa al papa. Y como podrá fácilmente imaginar, me pidió que cuidara de usted.

—Se lo agradezco, Roberto. Aunque dudo que necesite un ángel guardián mientras permanezca alojada en el palacio de un cardenal.

Los labios de Malatesta temblaron de manera extraña; parecía en total desacuerdo, pero temía revelar sus convicciones. Insistió con elegancia.

—La prudencia nunca es demasiada, señora. En especial en una ciudad como Roma, famosa por sus bandas de ladrones.

Clarice sonrió conciliadora.

—En ese caso, Roberto, acepto su protección.

Él hizo una reverencia respetuosa.

—Será un honor escoltarla a donde guste, señora.

La voz potente de una anciana llamó a Clarice con impertinencia.

—Disculpe —le dijo a Roberto, y se alejó para ver qué quería la viuda.

Lo impresionó el paso de su delgado cuerpo, con ese alegre tintineo de cadenas de oro sobre la rígida tela del corsé y la estela de jazmín que dejaba en el aire como el rastro de un efímero cometa. «Es una criatura esquivia y preciosa», pensó Malatesta. Cuando la vio regresar, unos minutos más tarde, con ese paso veloz que le levantaba el velo que llevaba sobre el cabello cobrizo, le dio la impresión de haber esperado demasiado. Era misteriosa, inquietante. Ahora entendía por qué Lorenzo de Médici había desafiado a enemigos más poderosos que él para quedarse con esa mujer.

—El paso del tiempo es generoso con usted, señora —la elogió—. Pero veo que está ocupada, así que la dejo. Estoy hospedado en la posada Luna de Plata, quedo a su disposición, solo envíeme un mensajero cuando guste. Pero, por favor, nunca salga sola. Y, sobre todo, no confíe en personas a las que no conozca bien.

Con una sonrisa respetuosa se inclinó y se despidió. Clarice se quedó sola, aturrida y perpleja. Nada podía quitar de su mente la sensación de que Roberto albergaba temores específicos por ella, y eso solo podía significar una cosa: Lorenzo no estaría tranquilo mientras su esposa estuviera lejos de Florencia; y, puesto que quería evitar pedirle que volviera de inmediato a la ciudad, a sabiendas de cuánto extrañaba a sus familiares y Roma, había optado por encargarle a un viejo amigo que le sirviera de guardaespaldas.

II

Querido Lorenzo:

¡No sé ni cómo explicarte cuán sufriendamente he tenido que luchar durante estas dos semanas tratando de encontrar información útil y de tu interés y, al mismo tiempo, rogando ayuda a varios acólitos de Su Santidad para obtener la audiencia tan esperada! He pasado días enteros en vano esperando en los pasillos de la curia, implorándole a Dios que algún prelado tuviera mejor disposición que los demás y se dignara a decirme al menos qué podía yo hacer. Parece que el mastodóntico engranaje de la Santa Sede funciona con sus propios mecanismos peculiares, que escapan a la lógica vigente en el resto del mundo. Me han dicho que eso se debe a que la curia nació en la época del emperador Constantino, que se valió de obispos muy diligentes e instruidos en la compleja administración del Imperio. Tienen razón, ¡nunca había yo visto un caso similar de tal pedantería bizantina!

Pero, de repente, la Fortuna me besó en la frente.

Me reuní con Rinaldo Orsini, tu cuñado. Me pareció aún más engreído y arrogante de como lo recordaba, pero debo admitir que cuando quiere también puede llegar a ser agradable. Tal vez era solo para jactarse de la omnipotencia de su tío. No obstante, me dejó bien claro que mis esfuerzos por obtener la tan anhelada audiencia no llegarían a buen puerto a través de los canales habituales de la Cancillería Apostólica. En cambio, el apoyo de un prelado importante habría podido abrirme todas las puertas. Ya que me había lanzado un anzuelo tan tentador, me puse a sus pies, pero Rinaldo no parecía tan dispuesto a convertir en hechos lo que había sido tan rápido en prometer con palabras. El enésimo fracaso. ¡La enésima decepción!

Sin embargo, pocos días después recibí buenas noticias. Rinaldo cambió de opinión, por razones que no están claras, pero sobre las cuales es natural hacer conjeturas inevitables. Me buscó con el fin de invitarme al palacio Orsini para una entrevista privada. Así se confirmaron todas tus sospechas: en efecto, se ha desatado en tu contra gran agitación en la curia; alguien está incitando al papa a actuar contra ti, si bien Rinaldo no ha sabido darme nombres precisos, ya sea porque honestamente los desconoce o porque miente. Pero me dio una nota del cardenal Ammannati, que siempre os tiene a ti y a tu hermano Giuliano en alta estima. En resumen, el eminentísimo te recomienda descansar; quiere que te vayas de vacaciones al campo, a las aguas termales, o a donde gustes, siempre y cuando desaparezcas de Florencia unas semanas. Rinaldo ignora las razones de tal consejo, pero fue claro al señalar que Ammannati se veía muy preocupado por vosotros, los Médici. Un viaje a Milán, con la excusa de visitar a la viuda de Galeazzo Maria Sforza, tu antiguo gran amigo y aliado, le parece una excelente solución para que te alejes de Florencia. Más que eso, a pesar de mis esfuerzos, no he podido averiguar.

En cuanto a tu esposa, he tenido la oportunidad de reunirme con ella esta misma mañana y, tal como te prometí, de una forma cautelosa pero elocuente he

podido hacerle entender que está en peligro, sin entrar en detalles que pudieran asustarla. Como es obvio, me he puesto a su disposición y le he pedido que no ande sola por la ciudad.

Tengo que confesar que me ha resultado difícil reconocerla cuando la he visto. La gracia lánguida e inmadura de la joven que llegué a conocer años atrás se ha transformado en una belleza triunfante que toma a cualquiera por sorpresa y seduce sin escapatoria. Es una mujer especial, una mujer hermosísima.

La idea de que tus enemigos quieran lastimarla solo para infligirte una herida mortal, que es por cierto el mayor de tus temores, me duele y me indigna. Admito que, si tuviera una mujer así, yo tampoco podría vivir tranquilo a sabiendas de que ella está lejos de mí, expuesta a peligros que no puedo imaginar y mucho menos evitar. Así que tranquilízate: la cuidaré constantemente, incluso cuando ella menos lo sospeche.

Con el fervor de un siervo devoto, o más bien, de un marido celoso, la cuidaré como si fuera mía...

Roberto Malatesta apartó la pluma del papel. Pero ¿qué diablos estaba escribiendo? Definitivamente no era apropiado dejar que la pluma plasmara en el papel todo lo que pasaba por su mente y corazón, pero no había resistido a la tentación. Era como si una parte de él necesitara ese desahogo. Era una necesidad urgente e incontenible.

Resopló y se dijo a sí mismo que el texto aún podría servir como mal borrador para una carta decente; después de todo, bastaría eliminar las frases inapropiadas que había escrito en contra de su voluntad. Comenzó entonces a hacer correcciones con la pluma aquí y allá a lo largo de la página, donde había sido demasiado sincero al expresar sus pensamientos. Quería que Lorenzo se sintiera tranquilo sobre la situación en la que se encontraba su mujer, sin tener que preocuparse de que su amigo pudiera seducirla...

Mientras reflexionaba y sin advertirlo, una gota de tinta cayó en la hoja. Roberto maldijo, pero lo único que pudo hacer fue simplemente observar impotente cómo esa mancha negra se extendía sobre el papel.

¡Qué mala suerte! Ahora tenía que comenzar de nuevo.

¿Y si la gota era una señal del destino? Tal vez era mejor enviarle a Lorenzo una breve nota sobre el consejo del cardenal Ammannati. Punto. Ni una sola palabra sobre Clarice, como si nunca la hubiera visto.

Satisfecho con la idea, Malatesta arrugó la hoja y la arrojó sin remordimientos a las llamas de la chimenea.

III

La ciudad de los papas le pareció a Giuliano una gran colmena inconexa desbordante de personas y de cientos de almas distintas que le daban vida. Vetustas basílicas bizantinas, de rígidas y robustas moles, flanqueaban edificios caracterizados por sus abruptas líneas góticas. Aún más sorprendente era ver el desenfado con el que los romanos habían entretejido modernos muros en el lecho de las grandes obras derruidas por el paso de los siglos.

Giuliano había decidido viajar de incógnito a la Urbe mientras su hermano creía que se dirigía a la Serenísima. Por orden de Lorenzo, tendría que haber explorado a fondo la ambigüedad de Marco Correr, naturalmente hostil a Florencia como buen veneciano, pero muy interesado en emparentarse con los Médici debido a intereses privados. Sin embargo, cuando acababa de salir de Florencia, lograron entregarle una carta que sabía que había sido escrita en persona por monseñor Gentile Becchi, quien tiempo atrás había sido tutor de Lorenzo y de él mismo. El reverendo se había convertido en un importante prelado de la curia romana, en la cual representaba con devoción los intereses de los Médici. Becchi lo exhortaba a reunirse con él lo antes posible en completo secreto. Dada la seriedad del tono, Giuliano ni lo dudó.

—Fue lacónico en su carta —le dijo al monseñor al llegar—. Así, sin nombre como la envió, no habría sido capaz de saber de quién procedía si no lo conociera desde hace tantos años.

—Fue por prudencia —respondió Becchi en voz baja—. Tienes que enterarte de ciertas cosas delicadas, es difícil hablarlas, y hoy menos que nunca deben ponerse por escrito.

—Aquí estamos, señores. Hemos llegado —dijo el hombre que había encontrado un alojamiento improvisado para ellos.

Les señaló un edificio de tres pisos con paredes deterioradas y persianas rotas, que, antes de que lo empezaran a alquilar a personas respetables, probablemente había albergado una miserable casa de mala reputación. Y él, un hombre presuntuoso tanto en apariencia como en modos, que hacía alarde de modales exagerados para darse importancia, debía de haber sido el propietario.

—Antes de que ocurriera el rapto de las sabinas —observó Becchi—, había en la Antigua Roma una forma peculiar de conseguir esposa, ¿lo sabías? El pretendiente venía justo aquí, al foro Boario, donde se instalaba el mercado de ganado. El hombre convocaba al padre de la novia en presencia del *libripens*, una especie de funcionario público que llevaba una balanza. De esa forma, compraba a su esposa arrojando cierto peso de metal en libras sobre la balanza, según el precio acordado con anterioridad.

Giuliano escuchaba, o más bien fingía prestar atención a las palabras del prelado. Pero ¿por qué había comenzado a hablar sobre las prácticas matrimoniales en la Roma de los césares? Monseñor Becchi parecía convencido de la lógica de su discurso y lo miraba con intención, como si quisiera aludir a un tema serio y apremiante del que Giuliano aún no se daba por enterado. Becchi le pagó al mediador y le dio una propina generosa para quitárselo rápido de encima. Luego abrió las persianas de aquel tugurio. Parecía absorto y Giuliano se preocupó. Ya conocía esa actitud de obstinado silencio, la concentración del estratega que está urdiendo su táctica de guerra.

—¿Por qué hemos venido a este cuchitril, monseñor?

—No era recomendable que te alojaras en la filial de tu banco —respondió el prelado de forma escueta—. Sígueme ahora. Y no hagas más preguntas.

Avanzaron por una callejuela asfixiada entre casas maltrechas que serpenteaba desde la basílica de San Dámaso hasta el Tíber. Monseñor Becchi llevaba puesta una humilde túnica, a pesar de que las rentas eclesiásticas de las que disfrutaba le habrían permitido ir vestido de envidiables terciopelos venecianos. Confundiéndose entre la gente común, en apariencia un viajero de recursos modestos entre tantos otros, podría pasar inadvertido como se requería para el éxito de la misión.

El viejo prelado parecía moverse con destreza por las calles de Roma, como un autómatas que siempre realiza con seguridad los mismos movimientos para los que fue creado. Pero, en realidad, Giuliano logró leer en él una tensión extenuante. Cuando Becchi le dirigió una mirada vidriosa en la que una sincera sensación de alarma luchaba contra la culpa más severa, Giuliano se sorprendió.

—Dios mío, monseñor... ¿Qué diablos está pasando?

Becchi se negó a responder, pero siguió caminando hasta que, después de dar la vuelta en la esquina de un edificio medieval perteneciente a la familia Crescenzi, llegaron a un espacio abierto donde se vendía pescado. Frente a uno de los puestos, con cara de aburrimiento y disgusto por el olor tan intenso

que flotaba en el ambiente, Giuliano reconoció la fisonomía de un hombre al que nunca habría imaginado encontrarse en un lugar como ese. La vestimenta era más que modesta, con esa larga túnica de un color gris deslucido y las medias remendadas en varios lugares, aunque las manos blancas, suaves y nerviosas delataban un estilo de vida de alguien que no ha desempeñado un solo día de trabajo servil en toda su existencia.

—¡Usted! —exclamó Giuliano.

—Necesitaba verlo con urgencia, joven. Espero por el bien de su familia que no sea demasiado tarde. Dígame, ¿la medida aún está en discusión o ya fue ratificada?

—¿Qué medida?

El rostro de don Antonello Petrucci, secretario particular del rey Ferrante de Nápoles, se ensombreció y lo hizo verse aún peor de lo que ya se veía en esas miserables ropas comunes, si bien le garantizaban el anonimato.

—¿Realmente no lo sabe? Estoy hablando de la ley de herencia.

—Mi hermano no me informa de sus decisiones.

La expresión honesta y ligeramente aturdida de Giuliano habría convencido a cualquiera de su total inocencia, pero no a Becchi, que lo había visto nacer. Al embajador no le gustó ese silencio. De hecho, había ido desde Nápoles con la esperanza de recibir un mentís contundente, pero sobre todo esperaba contar con la lealtad absoluta de los Médici al rey de Nápoles, que siempre los había favorecido y protegido.

—Su hermano Lorenzo obligó a la Signoria a votar en favor de una extraña ley patrimonial —murmuró—. De ahora en adelante, la fortuna de un hombre que muere sin dejar herederos directos pasará a sus descendientes por línea paterna. Solo por línea paterna —especificó drásticamente.

Giuliano quedó estupefacto. Era evidente que la voz se había corrido con rapidez. La sucia historia de la herencia Borromei había ido mucho más allá de los límites del ámbito florentino. Negarlo habría sido ridículo. Por lo tanto, se decidió a proceder como a menudo solía hacerlo durante las misiones que Lorenzo le encargaba: tratar de calmar las aguas, aplacar la ira y el mal humor de aquellos a los que su hermano había decepcionado o a quienes acababa incluso de propinar algún golpe bajo.

—Tal cosa no pertenece a las tradiciones de Florencia. He oído que ha habido ya varias objeciones, por lo que la Signoria la revocará en breve.

La voz de Petrucci exudaba una agresiva confianza. El segundogénito de los Médici lo sabía, no había duda, y su afán por mantenerse al filo de la espada era irritante e incluso indignante.

—¿Varias objeciones? ¡Digamos mejor que fue una avalancha de protestas! La nueva regla se convertirá en letra muerta tan pronto como haya cumplido el propósito para el que fue creada: eliminar a los rivales de los Médici. Esta vez, tu hermano se pasó de verdad de la raya, ya ni siquiera se preocupa por guardar las apariencias. Quiere algo y ¿qué pasa? Los Diez deben obedecerle. ¡Cree que él mismo encarna la ley!

Mientras el napolitano hablaba, la cara de Giuliano fue perdiendo color y su expresión quedó transformada por el más crudo desconcierto. Sin embargo, los largos años de trabajo junto a Lorenzo le habían enseñado a mantener un control envidiable de sus emociones.

—Entiendo, señor Petrucci. Pero ¿está seguro de conocer los términos exactos de la nueva ley? ¿No es posible que los informantes a sueldo del rey Ferrante hayan cometido un error?

—Espero que sea solo eso, por el bien de ustedes, los Médici, quiero decir. Su majestad me pidió que me pusiera a recabar información de inmediato. Él es su aliado, usted lo sabe bien. Pero si los rumores que le han llegado son ciertos, su hermano se colocaría en una posición desastrosa. Cualquiera que lo acuse de ser un tirano tendría pruebas servidas en bandeja de plata. ¿Cómo podría mi soberano ponerse de su lado sin ofender al papa? Lorenzo de Médici tendría que valerse por sí mismo a partir de ese momento. ¡Ya no contaría con la ayuda de sus amigos!

Hosco y con el rostro enrojecido por tal contrariedad, Petrucci saludó con la mano y desapareció entre la multitud. Giuliano tenía dificultad en determinar si esa conversación apresurada y abrupta se parecía más a una advertencia o a una amenaza.

Una vez a solas con Becchi, en medio de la aglomeración de personas que vociferaban regateando entre los puestos, podía revelar abiertamente su inquietud.

—La herencia Borromei... —tartamudeó—. Lorenzo desató un pandemio para evitar que ese dinero cayera en manos de la familia Pazzi...

—¡Seguro que nadie sabía de quiénes se trataba! —estalló Becchi—. ¿De verdad era necesario mencionar de forma clara a los Borromei? Todos en Florencia conocen el caso. Y saben que esa herencia habría multiplicado el peso y la importancia de los Pazzi en la ciudad. Mientras tanto, ahora Francesco ha quedado completamente desheredado, burlado, engañado, privado de la fortuna que le correspondía por derecho. Cuando le escribí a tu hermano para expresarle mi desaprobación se justificó de una manera extraña:

afirma que lo hizo por ti, para posibilitar tu boda con la hija del señor de Piombino, por la cual, según me dice, has perdido completamente la cabeza.

Giuliano bajó la vista al suelo. No sabía si gritar de alegría o de ira. Ver a su rival de amores arruinado lo colmaba de satisfacción, pero no era tan tonto como para no darse cuenta de la dimensión de las acciones de Lorenzo y de sus posibles y nefastas consecuencias.

—Esa ley es una afrenta pública, lo admito. Lorenzo cometió un grave error. Pero ¿y los demás?, me pregunto. ¿Qué dijeron los miembros de la Signoria?

—Nada. Agacharon la cabeza ante los deseos de Lorenzo sin siquiera pestañear. ¡No creo exagerar al creer que han sido tentados, corrompidos, si no es que incluso amenazados, para votar en favor de una medida tan infame que clama venganza ante los ojos de los hombres y ante Dios!

Giuliano se apoyó contra la pared. Un pensamiento repentino llegó a su mente haciéndole sentir vértigo.

—Dice que lo hizo por mí —murmuró—. Creo que es verdad, por desgracia. Le insistí demasiado... Estaba loco por Semiramide Appiani. La quería a toda costa y Lorenzo lo entendió... Dio un golpe a la justicia con tal de ayudarme. Quebrantó la ley para que yo pudiera salirme con la mía.

Gentile Becchi lo miró de reojo.

—¿Estás hablando en serio, Giuliano? ¿Entonces Lorenzo armó todo este lío para hacer feliz a su hermano? ¡Ah! Por supuesto, y eso es seguramente lo que dijo ante el consejo. Se habrá justificado con el pretexto de tu amor por aquella joven, o quizá con las ventajas que la unión entre los Médici y el señor de Piombino traería a la República. La realidad es más triste y sórdida. Me temo que te usó, Giuliano.

—No lo creo. ¡Lorenzo me quiere!

—Pero eso no le impidió explotar tu debilidad por la hija del señor de Piombino en su propio beneficio. Veo que te cuesta entenderme, hijo, pero ¡es simple! Imagínate a los Diez mirándolo atentos, esperando saber por qué quería reunir al consejo restringido, y luego las caras de esos hombres cuando descubren que tendrán que votar una ley hecha a la medida para socavar la posición de los Pazzi en Florencia... Nadie ignora el odio que existe entre esa familia y los Médici. Con toda seguridad, siguieron protestas, acusaciones y fuertes insinuaciones hacia Lorenzo. Sin embargo, él ya tenía listo el as bajo la manga. La nueva ley es un abuso y él lo sabe a la perfección, pero estaba de por medio la vida de su hermano Giuliano, su único hermano, que ha hecho tanto por la República en cientos de misiones de paz. Sin contar además los

grandes beneficios económicos que obtendrá Florencia si Giuliano se casa con la hija de Jacopo Appiani, pues las minas de Piombino traerán una lluvia de florines de oro a la ciudad. Y es en ese momento cuando las caras de los Diez cambian de expresión; después de la indignación, sus semblantes se tornan más relajados, conciliadores... A nadie le gusta un líder sin escrúpulos, pero un hombre preocupado por su hermano despierta simpatía y solidaridad en los demás. Y es así que el tirano se convierte en un ser humano, digno de comprensión y compasión... ¿Quién de los Diez no tiene un hermano o un hijo pequeño que le preocupe?

Giuliano lo miraba incrédulo.

—¿Cree que ello es posible, monseñor?

—Me temo que Lorenzo está cegado por el deseo de aplastar a los Pazzi. Desde hacía tiempo había estado buscando una forma de atacarlos. Tú, Giuliano, le diste un buen pretexto. ¡Aprovechó la oportunidad para asestarles un golpe fatal, como al árbol que cortas de raíz!

En el Trastévere, más que en otras partes de Roma, parecía como si los años oscuros nunca hubieran terminado. En esa zona que ha ido creciendo alrededor de la gran basílica de Santa María y que se remonta a la época heroica de los mártires, el área habitada se presentaba como un oscuro laberinto de altas y estrechas paredes y sofocantes callejones donde un tortuoso juego de pórticos y arcos ofrecía fácil refugio a los conspiradores, a todos los que querían reunirse para urdir intrigas políticas y sediciones.

En esos callejones se veían aparecer de improviso mujeres encapuchadas con la cabeza cubierta por el borde de sus túnicas para protegerse de la lluvia, de forma similar a tantas otras matronas populares de la antigüedad. En la calle, los baches acumulados a lo largo de los siglos en la superficie vial habían dejado plasmadas las huellas del paso de las carretas, anegadas de agua por la lluvia más reciente. Matas de hierbas silvestres y pasto crecían en las orillas, al lado de los muros.

Debajo del pórtico de la basílica, sentado sobre una antigua columna trunca y semienterrada, un notario escrituraba para dos clientes foráneos con el registro colocado en una tableta de madera, y sumergía la punta de la pluma en la negra boca abierta del tintero que le colgaba del cuello. Con la espalda recta y el rostro tenso en un gesto de concentración, había en su actitud la misma sagrada rigidez de un escriba egipcio tallado en basalto.

A su lado, Roberto Malatesta lo espiaba a escondidas, con los pies nerviosos que de forma ocasional golpeteaban el suelo. Ese hombre frente a él, una curiosa quimera producto de la mañosa combinación de un distinguido profesional del arte notarial y un vulgar estafador, era la herramienta que necesitaba para llevar a cabo la última parte de su misión. Esa era de hecho la parte más agradable, que lo estimulaba hasta el punto de haberse convertido en una malsana obsesión.

—¡Usted me tomó el pelo! —protestó Roberto con cara de pocos amigos. El notario ni se inmutó.

—No se preocupe, señor —respondió sin interrumpir el trabajo de escritura—. Le aseguro que vendrán a misa aquí mismo. La señora Clarice y su madre, doña Maddalena, pertenecen a la Cofradía de los Recomendados. Y hoy comienza el triduo para la fiesta de la Anunciación.

Visiblemente afectado, Roberto tuvo que rendirse ante la evidencia. A medida que su afecto por Clarice se volvía cada vez más intenso, mantener la calma en su presencia le costaba más trabajo, y la mujer lo había notado; ¿era por eso por lo que de repente se había vuelto evasiva y esquiva?

Ella le había prometido que no se aventuraría a andar sola por Roma, pero no había sido así: en lugar de llamarlo, como había hecho los primeros días, ¡prefería que la acompañara su madre! Él se dijo a sí mismo que debía moderar sus impulsos si quería tener éxito en la tarea que se había propuesto.

—La misa está por comenzar, pero no viene nadie —objetó Roberto un poco apaciguado, pero aún de malas maneras.

—Allí están. ¿Ve ese carruaje con el emblema de los Orsini?

En efecto, una aristocrática calesa con un emblema que Roberto reconoció de inmediato acababa de dar vuelta desde la calzada que bordeaba el Tíber. Sintió un sobresalto en el corazón. ¡Sí, realmente era ella! La vio descender los escalones del carruaje y encaminarse hacia la basílica con esa figura elegante y sinuosa que seducía la mirada. Estaba pálida y sus ojos tenían ligeras ojeras azuladas por la falta de sueño. Quizá estaba incluso más hermosa que la última vez que la había visto.

—Déjemelo a mí —le guiñó un ojo el notario.

Roberto asintió, pues era justo que tratara de desquitar la jugosa propina que había solicitado para llevar a cabo aquel servicio ruin. El maestro Pironti se acercó a grandes pasos a Maddalena Orsini, quien descendía del coche de forma dificultosa, tanto por la edad como por su voluminoso cuerpo, que no era precisamente ágil. Le dirigió la palabra con una excusa bien calculada. En su calidad de notario fiduciario del cardenal, era una persona muy entendida

en la cuantía y el valor de los patrimonios familiares, y no le fue difícil inventar la existencia de un cierto caballero muy interesado en comprar uno de sus olivares en Monterotondo. Eso bastó para mantener ocupada a la dama mientras Roberto se acercaba a Clarice.

—Señora...

Ella se sobresaltó un poco.

—Roberto, ¿usted también viene a la misa?

—Solo cumplo con mi deber. Le juré a su marido que no la perdería de vista.

La vio algo avergonzada.

—Terminará por perder la audiencia con el papa, si pasa todo el tiempo escoltándome.

—Puedo cuidar de mí mismo, créame. En cambio usted, Clarice, es una mujer sola, una bellísima dama que necesita protección.

—Le prometí que no andaría por Roma sola, Roberto. Y véame, no falté a mi palabra. Mi madre está conmigo.

—Otra dama como guardiana... ¡Y anciana, además! ¿Qué seguridad puede brindarle?

Apenada, tenía la cara excesivamente ruborizada. A Malatesta le pareció que no podía resistirse, la tomó de la mano y se la besó con arrebato.

—Debe usted confiar en mí, Clarice. Soy el más entregado de sus amigos. No hay un instante de mi día en que no piense en usted, en su seguridad.

Mientras tanto, doña Maddalena Orsini, que había logrado zafarse del agobio del notario pagado con el propósito de engancharla y distraerla, se interpuso entre los dos. Roberto se puso serio al instante.

—Buenos días, señora —masculló.

—Buenos días, señor Malatesta. Lo encuentro bien de salud, ¿y cómo está su esposa, Elisabetta?

Había en esa pregunta en apariencia inocua cierta intención maliciosa y sugerente. Llamó la atención de Roberto.

—La salud de mi esposa es buena, gracias.

—Me alegra. Aunque me he enterado de que no puede darle hijos.

—Así parece, por desgracia.

—Qué mala suerte... Siempre está la posibilidad de solicitar la anulación por causa de infertilidad. Es usted un hombre joven y vigoroso. No tendrá problemas para encontrar otra esposa. Tan devota y fértil como mi Clarice, por ejemplo. Después de todo, una gran familia como la Malatesta necesita herederos.

—Palabras santas, señora. ¡Palabras santas!

—Nos encantaría quedarnos a charlar durante horas con usted, Roberto, pero tenemos que entrar a la iglesia o llegaremos tarde a la misa. Estaremos gustosas de verlo para cenar con nosotras en el palacio Orsini. Esta noche.

Tal como un cielo oscuro y tormentoso de marzo se serena de repente cuando el sol primaveral atraviesa el sombrío velo de las nubes, la cara de Malatesta se inundó al instante de una alegría que era difícil de contener.

—Con inmenso placer, señora —contestó con una sonrisa.

Se fue después de dirigir a Clarice una cálida mirada que albergaba promesas, y las dos damas subieron la escalinata de la iglesia.

—¿Qué plan tienes en mente, madre? —dijo Clarice disgustada—. ¡Invitarlo a nuestra casa esta noche! ¡Y yo que creía que habías venido a ayudarme!

Doña Maddalena volvió la cabeza ligeramente para dirigir a su hija una mirada llena de un oscuro misterio.

—Todavía eres joven y atractiva, Clarice. Si yo fuera tú, no desdeñaría el cortejo de un hombre distinguido como Malatesta.

Aturdida, abrió de par en par sus hermosos ojos verdes.

—¡Madre! Pero ¿qué estás diciendo? ¿Quieres que me comporte como una mujerzuela? Tengo marido, por si lo habías olvidado.

Maddalena Orsini ni siquiera replicó. En sus hombros encorvados, inclinados obstinadamente hacia su hija, había indicios de siniestras insinuaciones tácitas.

IV

Herido por la dura verdad que Gentile Becchi le había revelado, Giuliano se negaba a ver a Lorenzo como un hombre sin escrúpulos, capaz de desarrollar sus planes a costa de los sentimientos de sus seres queridos.

Tenía que haber alguna explicación, algún detalle importante que Becchi quizá ignoraba, pero gracias al cual el proceder de Lorenzo ciertamente habría aparecido bajo una luz nueva por completo.

Sentía que había una verdad secreta que podría justificar en su totalidad las decisiones de Lorenzo, quizá una traición cobarde, una conspiración, una sórdida maquinación que los Pazzi habrían confabulado contra la persona de Sixto IV sin el conocimiento del mundo entero... En pocas palabras, algún hecho de gravedad sin precedentes que a su hermano le habría hecho pensar que aniquilar a los Pazzi era una acción meritoria.

Por lo tanto, se había sumergido en una búsqueda exhaustiva de información acerca de los Pazzi, quienes en las últimas fechas habían crecido de forma extraordinaria en riqueza y poder en Roma. El hecho de ser los banqueros del papa significaba tener una influencia excepcional sobre todos los artesanos y comerciantes de la ciudad, así como sobre los cardenales y los altos prelados, siempre hambrientos de crédito. La jugada traicionera consumada por Lorenzo, que había arrebatado la lucrativa herencia Borromei de las manos de Francesco de Pazzi, parecía haber causado solo una herida menor a la familia rival, una pérdida insignificante en comparación con lo que podían ganar sirviendo a la curia romana.

Había estado vagando días enteros entre bancos de cambistas y compatriotas florentinos que habían ido a vivir a Roma con la esperanza de que un cierto sentido de solidaridad regionalista los indujera a dar al menos algunos detalles sobre lo que quería saber: ¿qué represalias estaban preparando los Pazzi contra Lorenzo? Pero no obtuvo la más mínima información. Aunque no era el primogénito y estaba siempre excluido de las decisiones políticas de su hermano, Giuliano no dejaba de ser un Médici. Nadie le tenía confianza, nadie quería arriesgarse a traicionar a los Pazzi, que ahora habían adquirido una ventaja que nunca antes pensaron tener.

Gentile Becchi lo ayudaba a su manera, visitando prelados, párrocos y clérigos que aún creían poder obtener alguna ventaja a cambio de su lealtad a la casa Médici. Torvo, taciturno y cada vez más preocupado, Becchi le enviaba mensajes diarios a Lorenzo sin recibir respuesta alguna. Cuando era su tutor, reprochaba a Lorenzo ser tan obstinado y pagado de sí mismo; ahora esos defectos amenazaban con llevarlo a la ruina.

Ese día, Becchi debía comunicarle a Giuliano un hecho gravísimo del que apenas se había enterado la noche anterior gracias a ciertas amistades de confianza. No le había dicho una sola palabra a Giuliano sobre el asunto ni le había revelado adónde iban. Sin embargo, debía tratarse de algo delicado y escabroso, y cuanto más presionaba el joven por saberlo, más lacónico se volvía el reverendo. Era como si no tuviera el valor de hablar por temor a no saber elegir las palabras correctas.

El monseñor caminaba con rapidez hacia el antiguo corazón de Roma, y Giuliano lo seguía malhumorado y cauteloso. La ciudad estaba repleta de iglesias y conventos, en las esquinas se podían encontrar puestos con su mercadería religiosa de varios santos, o procesiones de piadosas cofradías que desfilaban sosteniendo largas velas encendidas. Pero en esas mismas calles se podía ver brotar un sustrato diferente, soberbio y de otro tiempo, que se fundía pacíficamente con el espíritu cristiano. Estatuas mutiladas de mármol blanco protegidas por la sombra de los pórticos, cabezas cortadas de antiguos héroes y fragmentos de bajorrelieves historiados, usados en las fachadas de las casas más recientes, hablaban de otra civilización distante que un día había pisado esas mismas calles.

—¡Monseñor, exijo saber de una buena vez adónde vamos! —espetó Giuliano.

—Es ella —respondió Becchi.

La mujer que apareció en el espacio del gran portal patricio era una criatura lánguida, alta y esbelta, envuelta en un vestido de seda de color malva. Tenía cabello rojizo, largo, abundante y en parte recogido, que revelaba un hermoso rostro ovalado, delicado, de tez muy clara. Le caían a los lados dos mechones finos y algo rizados, que acariciaban las orejas, adornadas con pequeños aretes de perlas rosadas en forma de racimos de hermosas flores.

Giuliano estaba aturdido. ¿Clarice? ¿Qué estaba haciendo en Roma su cuñada? ¿Cuándo había llegado?

—¿Mi hermano está enterado de su viaje?

—¿Cómo podría ignorarlo, Giuliano? Tu cuñada debe de haberle dicho que vendría a Roma a visitar a su familia. De hecho, ahí está, saliendo justamente del palacio Orsini.

—Se la ve muy tensa, incluso ha perdido peso. Estoy seguro de que está preocupada por mi hermano. Habrá venido a Roma para tratar de ayudarlo, para saber qué se está tramando por aquí gracias a los lazos que los Orsini tienen en la curia. ¡Debemos unir fuerzas!

—¡Espera! Hay algo aún más importante que debes ver. —Becchi lo contuvo.

En ese momento, Clarice miraba hacia lo lejos, donde la esquina de la calle se abría hacia la plaza cercana. Esperaba, con toda seguridad, a alguien, pero no era fácil discernir si estaba ansiosa porque aún no lo veía o si más bien esperaba que no apareciera.

Los cascos de un caballo que llegaba al trote interrumpieron el parloteo de Giuliano y Becchi, agazapados en la esquina detrás de una pared para poder espiar. Un hombre muy elegante bajó de la silla de un salto. Llevaba un tabardo de precioso brocado púrpura y encima una capa corta bordeada de galones de oro que le llegaba hasta la ingle. Ató el caballo a una argolla de hierro adosada a la pared, luego se acercó al carruaje en el que Clarice ya lo esperaba. Su rostro era el icono mismo de la tórrida y sincera pasión, de un arrebató que ansía la felicidad o una vida sin esplendor. Estaba perdidamente enamorado de ella y no lo ocultaba.

Giuliano, atónito, vio que ese impecable caballero se inclinaba hacia el interior del carruaje, y tomaba con suavidad la mano que ella le ofrecía, rozándola con un beso que fue todo menos casto. Entonces Malatesta le dio al conductor una orden y el carruaje se alejó despacio.

Giuliano estaba congelado.

—Pero ¿qué hace con mi cuñada?

—Según mi información, la lleva a una fiesta —dijo Becchi.

—¿A una fiesta? ¿Solos?

—Lorenzo le suplicó a Malatesta que cuidara bien a Clarice mientras estaba en Roma. Nuestro amigo se tomó demasiado en serio su misión.

—No pueden andar por todos lados así. Provocarán un escándalo, van contra todo decoro...

—Me duele tener que decírtelo, hijo... Mis informantes me reportan en resumidas cuentas lo que la gente anda diciendo por ahí. Aquí en Roma, a Clarice se la considera prácticamente una viuda. Roberto Malatesta lo sabe bien, y también sabe que el papa anulará su matrimonio estéril con Elisabetta

da Montefeltro. Así que se está preparando para cualquier eventualidad. Está preparando el terreno para su próxima boda.

—Pero ¿los parientes de ella? ¿Qué dicen los Orsini?

—Están de acuerdo. Ahora que tu hermano está enemistado con el papa Sixto, el parentesco con los Médici se ha convertido en una vergüenza de la que les gustaría deshacerse. Para ellos, cuanto antes, mejor.

Esas palabras cayeron sobre Giuliano como hierro candente.

—Dios mío, monseñor... ¡No pensaba que pudiera existir tal vileza!

—Yo sí —adujo Becchi con los dientes apretados—. Es una vieja historia, en realidad. ¿Alguna vez has oído hablar de Judas?

Querido Lorenzo:

No sé decirte con exactitud cómo comenzó, tampoco está claro para mí.

Es como si un hechizo secreto se hubiera infiltrado silencioso en mi alma y una mano invisible hubiera manipulado sin trabas mi corazón, removiendo las barreras que yo había construido para protegerme, las barreras del pudor y del sentido común. Y ahora que mi corazón yace ante mí, desnudo y pulcro, expuesto a la luz del sol, puedo confesarte que amo a Clarice, a tu Clarice.

Descubrirlo fue para mí un sufrimiento que no podrías imaginar. Sin embargo, durante cada instante de ese calvario, sentía una emoción tan profunda como no creía que pudiera sentirse en este mundo.

Ayer la encontré con su madre, quien me invitó a cenar al palacio Orsini. Doña Maddalena siente cierta simpatía por mí, lo noté de inmediato. Tal vez me considera un buen partido para su hija, y algo me dice que puedo consolidar con ella una valiosa alianza, conforme a mis intereses.

No tengo escrúpulos, en la guerra y el amor todo vale. Ciertamente no es algo que deba enseñarle a alguien como tú, que no se atormenta con remordimientos innecesarios cuando se propone alcanzar algún objetivo. La verdad es que conocer a tu esposa me ha cambiado la vida. Me ha dejado trastornado. He entendido, por fin, cómo logró hechizarte y por qué te convirtió en esclavo de un sueño demencial que casi te mata. Tenerla te curó, pero ya has disfrutado de ella lo suficiente. Ahora es mi turno.

Este arrebató que le confío a la complicidad de un trozo de papel me produce un pequeño alivio ante el gran remordimiento que siento hacia ti. Intenta soportarlo y perdóname si puedes.

He decidido dar el siguiente paso con ella, mi momento ha llegado. Esta noche la llevaré a Ostia con cualquier excusa. Le he dicho que iremos a casa de unos amigos, lo cual no es verdad. Estaremos solos, ella y yo. He alquilado una pequeña casa señorial y he contratado a varios sirvientes bien elegidos entre los más discretos. Fingirán ser mis invitados en una fiesta, pero estarán listos para desaparecer en el momento adecuado. La llevaré a una alcoba secreta cuando la casa se haya quedado vacía. Creo que no me rechazará, pero, incluso si debiera usar cierta violencia, estoy seguro de que con el tiempo ella terminaría por ceder a mis deseos y, algún día, hasta disfrutarlos.

Solo me queda decirte adiós, Lorenzo.

Pronto caerás en manos de los enemigos que se han unido contra ti, descansa en paz. Yo me ocuparé de ella. La amaré y la cuidaré. ¡Que la tierra te sea leve, amigo!

Roberto tomó la hoja, la dobló con diligencia en cuatro, la ató con una cuerda e imprimió un sello sobre ella. Un ritual que repetía todas las noches con indefectible meticulosidad, casi como si de la precisión de esos gestos dependiera un resultado importante. Ese derroche de confesiones epistolares se había convertido en un hábito indispensable para él. Le permitía un alivio saludable de su carga de conciencia. E igual que las veces anteriores, la arrojó al fuego.

Cuando las llamas habían hecho desaparecer la misiva y no quedaba ni rastro de esas palabras confiadas al papel, sonrió con alivio. El día siguiente sería para él un gran día. Y tenía fervientes esperanzas de éxito, gracias a su ingeniosa idea.

V

—¿Estás lista, hija mía? Se está haciendo tarde.

La voz de doña Maddalena Orsini sonaba demasiado aprensiva y apremiante. Detrás de ese intento fallido de enmascarar la tensión con una sonrisa ingenua, se la veía de todo menos serena.

Clarice se miró en el espejo. Le parecía estar perdiendo peso, se veía envejecida, tal vez por esas semanas transcurridas con expectativas sin cumplir y entre distracciones por las que no se sentía atraída en absoluto.

—Ya bajo, madre —respondió con desgana.

Le dejó a la sirvienta el broche de perlas con el que tendría que haber sostenido su cabello sobre la nuca en un hábil juego de trenzas con grosores gradualmente degradados. Sin embargo, era un peinado demasiado elaborado para el estilo de moda en Roma y, por temor a llamar demasiado la atención, decidió descartarlo. Además, no quería darle a Malatesta más motivos para hacerle audaces cumplidos que la pondrían en una situación vergonzosa. Por otro lado, no había podido rechazar su invitación. Sería una fiesta en Ostia, en la casa de un ilustre veterano de las milicias apostólicas, un comandante llamado Tiberio Veliani. Lorenzo lo conocía bien, aseguró Malatesta, y Clarice estaba segura de que era verdad, pues había escuchado repetidamente a su esposo hablar sobre ese militar, a quien alababa por su lealtad y sentido del honor. Incluso le parecía recordar que un día Lorenzo había dicho, entre dientes, que una idea de Veliani le había salvado la vida. Con toda probabilidad, el tal Veliani habría estado contento de saber que podría ayudar de nuevo a su joven amigo del pasado, ahora en dificultades, y si en verdad era un veterano del ejército papal, un hombre lleno de conocimientos importantes y contactos prestigiosos, también podría ayudarlo a obtener valiosas noticias sobre lo que los enemigos de Lorenzo estaban tramando en las sombras. Porque era indudable que algo oscuro se estaba fraguando en su destino; su corazón estaba amargamente convencido de ello. La ley sobre la transmisión de herencias con la que había privado a Francesco de Pazzi de la herencia Borromei no podía haber dejado indiferentes a los adversarios de los Médici. Para Clarice, enterarse por casualidad mientras viajaba, a menos de

un día de haber salido de Florencia, había sido como un relámpago en un cielo sereno. Todos hablaban de eso, tanto en las posadas como a la entrada de las iglesias. Era una total humillación que Lorenzo no se lo hubiera mencionado a ella, su esposa, y que hubiera sido capaz de causarle tal abatimiento. Tal vez la había mantenido al margen para protegerla, respetando la elección de su esposa de mantenerse dedicada por completo al cuidado de los niños sin inmiscuirse en las disputas políticas de los florentinos. O tal vez había elegido el camino del subterfugio porque sabía muy bien lo ilegal e infame que había sido su propósito, pues, de haber estado informada, Clarice seguro que lo habría hecho desistir.

«¡Dios mío! —pensó angustiada—. Pero ¿es que no se da cuenta de las consecuencias?».

Tal acción que ofendía a Dios y se burlaba de la justicia humana había causado un escándalo en todo el condado florentino y más allá de sus fronteras. Aparte de los Pazzi, muchas otras familias se habían visto afectadas; no debían de ser pocos los que estaban en tales circunstancias y ahora maldecían a los Médici e imploraban al cielo que castigara a Lorenzo el Magnífico. En Roma, todos se pusieron del lado de los Pazzi: quedaba claro por su forma de mirarlos, por sus sonrisas falsas y llenas de rencor. Las miradas solo se tornaban más amigables cuando estaba con Roberto, como si la compañía de Malatesta tuviera el misterioso poder de liberarla de la culpa de haberse casado con un Médici.

—¡Clarice! —gritó con firmeza doña Maddalena.

La joven se miró en el espejo. Tal vez estaba perdiendo el tiempo sin darse cuenta porque no tenía ganas de ir a la fiesta con Roberto. Pero ¿de qué servía posponer un deber importante, aun si era desagradable?

Con un suspiro de resignación, dejó el taburete del tocador, bajó la escalera hasta el patio y se subió al carruaje.

—¿Adónde la llevo, señora Médici?

—Al camino de Ostia.

—¿A qué altura?

—Donde comienzan a verse las tumbas de los antiguos césares. Allí nos espera un caballero que nos servirá de escolta.

El cochero espoleó a los caballos y partió, adentrándose en el corazón de aquella gran urbe.

Roma le parecía extraña después de años de ausencia. Era una ciudad llena de marcados contrastes, diferente a la que recordaba. El esplendor de las antiguas basílicas llenas de mármoles raros y mosaicos con teselas de oro, las

residencias cardenalicias y los palacios principescos eran islas gloriosas que se destacaban en un generalizado escenario de pobreza popular que oprimía el corazón. Era impresionante la cantidad de mendigos que deambulaban por la Ciudad Eterna pidiendo la caridad y también la de peregrinos que venían a implorar perdón por sus pecados y a rezar sobre las tumbas de los apóstoles.

El carruaje se detuvo dando una pequeña sacudida. Clarice se sobresaltó, absorta en sus pensamientos como estaba.

—¿Qué está pasando?

—Un mensajero de la curia, señora. Ha reconocido su calesa y me ha entregado una carta para usted.

—¿Una carta para mí? No esperaba ninguna.

El cochero, inclinándose con dificultad en un esfuerzo por mirarla a la cara, le ofreció una nota cuidadosamente doblada, cerrada con una cuerda y un sello de cera blanca. Intrigada, ella la tomó y la abrió.

Querida señora:

No sé cómo decirle lo mal que me siento por haberla hecho esperar tanto tiempo, y aún más difícil es expresar el remordimiento que tengo al pensar en las palabras descorteses que le dirigí hace ya tres semanas.

Esa mañana, usted vino a buscarme y me pidió mi opinión sobre cierta píxide de amatista que tanto atraía su atención y le infundía un extraño temor. No recuerdo con exactitud lo que le dije; sin embargo, estoy seguro de que me comporté de manera descortés, más o menos tachándola de supersticiosa.

No me equivoqué al juzgar inofensiva la piedra a la que usted atribuía una suerte de influencia funesta en el alma de quien la posee. Pero ¿qué razón tenía usted, señora, respecto a todo lo demás!

¿Recuerda ese sello oscuro que sellaba el copón y los extraños signos grabados que su esposo pensaba que eran letras bizantinas? ¡No me equivoqué al decir que no eran en absoluto letras del alfabeto griego, pero cometí un gran error al suponer que se trataba de escritos pertenecientes a la Iglesia de los Padres coptos!

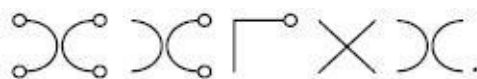
Pasé las últimas dos semanas hojeando los antiguos códices que la biblioteca de los papas tiene en ese idioma, y al final me convencí de que no tienen nada que ver con los escritos de ese sello. Iba a tuestas en la oscuridad, cuando ayer, casualmente, llegó a mis manos un libro viejo y gastado que parece haber pertenecido al maestro Arnau de Vilanova. Imagino que usted no ha oído ese nombre antes, y en realidad muy pocos son los que saben algo al respecto. Cualquiera que haya oído hablar de él evita mencionarlo porque la figura de ese ilustre médico que trabajó para los papas a principios del siglo XIV está marcada por una oscura reputación. Dicen que era un mago, un alquimista poderoso y también un cabalista experto en las artes oscuras.

En el libro de Arnaldo encontré la secuencia exacta de caracteres que se puede ver impresa en ese sello, que, por cierto, no está hecho de cera oscura, como creíamos los dos, sino de brea, y créame, señora, no es algo bueno.

El libro del alquimista contenía la fórmula para componer ese sello, la cual transcribo aquí de forma textual:

Si quieres sembrar discordia entre dos personas, traza con el

*favor de Saturno estas figuras en el diamante durante su hora,
mientras el planeta se encuentra en exaltación:*



*Si además plasmas esa misma imagen en brea y colocas ese
sello donde hay dos amigos, o incluso solo uno de ellos, se odiarán
mutuamente.*

Pero ten cuidado: nunca lleves esa imagen contigo.

*Se trata de un sello de Saturno, un hechizo perverso que sirve para ofrecer a
alguien a las fuerzas de las tinieblas y, al hacerlo, condenarlo a muerte.*

*Así que tenía razón, señora: si alguien envió esa cajita a su esposo como
regalo, significa que Lorenzo de Médici ha sido maldecido. La sombra de un
terrible maleficio se cierne sobre él, y no creo calumniar a ningún inocente al
revelarle quién puede ser el responsable. Solo una persona en la curia odia a su
esposo a tal punto: Francesco Salviati, quien hace muchos años ya planeó
hábilmente su asesinato, según me dicen.*

*Espero haberle sido de ayuda con estas palabras mías, señora, y rezo por
usted. ¡Esté alerta por su propio bien! Solo Dios en su misericordia sabe lo que
puede suceder.*

La carta no llevaba firma alguna y no era necesaria para que la petrificada Clarice comprendiera quién la había escrito.

—¡Alto!

Sorprendido, el cochero se inclinó para mirar a la noble dama que lo llamaba desde la cabina.

—¿Cómo dice, señora?

—He cambiado de opinión. Iremos a Ostia más tarde. Primero hay una persona a la que debo ver con urgencia.

—¿Adónde la llevo entonces?

—A la isla Tiberina.

A Clarice le pareció percibir el ligero escalofrío de miedo que recorrió la espalda del sirviente.

—¿Está segura, señora? Ese es un lugar infestado de bandidos. Una dama como usted...

—¡Arrea los caballos, he dicho! Entra por el puente Cestio, luego gira a la derecha. Llega a la iglesia de San Bartolomé. Allí te detienes.

El conductor se encogió de hombros. Fiel a los deberes de un criado devoto, fustigó a los caballos y se pusieron en marcha. Incluso las bestias parecían reacias a avanzar hacia la meta impuesta por la señora. Se rumoreaba que ese lugar remoto olvidado de la mano de Dios, abandonado por los seres

humanos, estaba habitado por almas en pena y demonios sedientos de sangre que habían sido venerados en la antigüedad.

Avanzaron hasta el atrio de la basílica y el coche se detuvo de golpe. Una lluvia implacable había comenzado a caer sobre el empedrado de Roma. Bajo el azote del agua helada, una extraña y despreocupada figura permanecía quieta, de pie, en el punto donde el espacio consagrado para el culto daba paso al suelo de la antigua ciudad pagana.

Clarice la reconoció al instante, aunque ya comenzaba a oscurecer. Estaba envuelta en ropa humilde de pueblerina, un poco hecha jirones, pero también la cubría de la cabeza a los pies un largo velo de fieltro que, de no ser por el ínfimo valor de la tela, habría sido idéntico a la vestimenta que distingue a las nobles mujeres romanas. Parecía una gitana, pero la gente murmuraba que estaba emparentada con la gran casa de los Orsini, aunque nadie podía decir con exactitud qué tipo de vínculo tenía. Además, nadie hablaba de buena gana de esa mal afamada comadrona de ojos excesivamente estrábicos pero capaces de distinguir, por arte de magia, lo que permanece invisible para el común de las personas. El cochero se persignó de inmediato.

«¡Dios mío! —pensó—. No dejes que me eche mal de ojo...».

Incluso Clarice miraba atónita esa figura salida de la nada. Las gotas de lluvia se habían convertido en granizo, que marcaba el ritmo de una música sombría en las antiguas piedras de la iglesia. Rebotaba con suavidad en el manto de la hechicera, como si lo empujara una fuerza misteriosa o como si no se atreviera a azotarla.

—Bellezze... —murmuró Clarice entre la esperanza y el miedo—. ¿De verdad eres tú, hermana mía?

Era ella. Y parecía estar allí esperándola.

VI

¿Dónde estaban? ¿Cuánto tiempo había pasado?

De repente había dejado de llover. En el horizonte, la luna llena brillaba entre las columnas de un templo en ruinas. Las hiedras tenaces y la maleza exuberante habían consumido lo que quedaba del antiguo edificio pagano. A la ambigua luz nocturna, las columnas decapitadas por los siglos tenían la siniestra blancura de los esqueletos sin enterrar.

Clarice caminaba como una sonámbula sin voluntad propia tras los pasos de su guía. Hacía rato que habían cruzado por el puente Cestio y habían dejado atrás la isla Tiberina. Se adentraban en los sórdidos callejones del Trastévere, vagando por la noche como dos ladrones o dos espíritus inquietos que no temen a nada. El río no estaba muy lejos, todavía se percibía su agitado transcurrir como un fragor amenazante.

Entonces la ciudad desapareció como por encanto. Ante sus pies se extendían solo tortuosos senderos de campo perdidos entre arbustos de saúco y laureles altos como torres que preludiaban un bosque.

—¿Qué lugar es este? —preguntó Clarice atemorizada.

—El lugar no importa. —La respuesta fue seca y autoritaria.

No le quedaba otra opción más que continuar en medio de esa noche cerrada. Sus zapatos de seda repetían en silencio el paso algo cojo que marcaban el rústico calzado campesino de la otra, que avanzaba por rutas bien conocidas.

Llegaron a un espacio abierto donde el espesor de los árboles parecía clarear alrededor de una gran piedra plana. Clarice se estremeció y se cruzó de brazos bajo su capa aunque no tenía frío. Por alguna absurda razón, esa gran roca plana, surcada por largas vetas oscuras, le había recordado a un macabro altar de sacrificios.

Bellezze se volvió hacia ella.

—¿Te atreves, hermana?

—¿A hacer qué?

—Algo arriesgado con lo que tu alma quedará marcada para siempre.

Sintió un escalofrío aún más helado e intenso en el cuello, que le bajó por la columna vertebral.

—Tengo que salvar a mi esposo —justificó casi hablando para sí misma.

—Hay un hechizo que pesa sobre él. Pero ahora vendrá alguien que puede revertirlo. Si quieres, por supuesto.

Clarice tragó saliva y le pareció que la garganta se le había convertido en piedra.

—¿Qué debo hacer?

Bellezze extendió la mano para indicar la lúgubre cuerda de la horca que aún colgaba de la rama de un árbol centenario. Había sido el instrumento de una muerte violenta, hacía ya mucho tiempo, de una justicia sumaria aplicada sin ley ni apelación posible entre pandillas de bandidos. Los cuervos y las bestias salvajes habían desmembrado al condenado, y ahora la soga colgaba vacía, balanceándose en el viento de la noche, casi como si pidiera otra víctima.

—¿Por qué me la muestras? —preguntó la mujer horrorizada.

Bellezze sacó de su cinturón un cuchillo de asesino y se lo entregó.

—Corta esa soga, Clarice. Pero ten cuidado de que el nudo corredizo permanezca entero. ¡Córtala, vamos! Es por Lorenzo.

El miedo hizo que sus rodillas vacilaran, temía caerse al suelo.

—¿Qué significa? —gimió—. No puedo hacerlo...

Bellezze le arrebató el cuchillo de la mano con un gesto brusco y una mirada dura de desaprobación en sus ojos estrábicos. Luego avanzó hacia el dogal. Sin la menor vacilación, cortó limpiamente la cuerda con un rápido gesto de la mano. Se la lanzó a su hermana.

—¡Aquí la tienes, cobarde! Ahora, siéntate en la piedra y sostenla sobre tu regazo. Date prisa. La Decana está a punto de llegar.

Clarice atrapó la cuerda anudada. Estaba horrorizada al pensar que había acogido el último aliento de un ahorcado y había presenciado todos sus temores justo en el momento de su muerte. ¿Por qué Bellezze decía que era por Lorenzo? ¿Podría realmente evitarse la catástrofe?

—Por favor, hermana. Dime que lo salvaré...

—Cállate ya. ¡Se acerca la hora!

Como si hubiera captado una señal invisible arrastrada por la noche, Bellezze se puso rígida y extendió las manos hacia la nada. De repente el rumor del bosque había cesado; había dejado de oírse el siniestro ulular de las abubillas y los ruidos de depredadores al acecho. El aire oscuro parecía haberse entibiado, como si fuera el aliento de un ser inmenso, poderoso y

amenazante. Un siseo largo e indistinto avanzaba desde quién sabía qué insidiosas profundidades de la oscuridad.

—Cierra los ojos, Clarice.

—¿Qué está pasando?

—¡Cierra los ojos!

Obedeció. Todo a su alrededor permaneció sereno, el tiempo parecía haberse detenido. Solo podía escuchar el retumbar de la sangre en los oídos como si ardiera por la fiebre y los latidos violentos de su corazón. Una ligera ráfaga pasó entre su cabello. Era cálida e inusual, similar al humo del incienso, pero tenía un olor con cierto toque dulzón que recordaba a la descomposición de un cadáver. Algo le rozó la cara y cada una de sus fibras tembló. Sintió el contacto escalofriante de unos dedos fantasmagóricos, largos, estrechos, con temibles garras ganchudas. Encogida en ese rincón de oscuridad, creía que la Muerte misma la estaba tocando con sus horribles falanges esqueléticas.

—Piedad... —rogó en voz baja.

Entonces se levantó un viento impetuoso, animando la furia de una tormenta; surgió de las raíces del bosque, del vientre de la tierra, y sacudía las ramas de los viejos robles haciendo silbar y gemir el bosque circundante. Los salvajes ruidos de bestias indistinguibles aumentaban rabiosos a su alrededor, y ella se echó al suelo, a gatas sobre el frío de la piedra, llorando y pidiendo la misericordia de Dios en su corazón. Fue azotada varias veces y ella gritó; sintió manos profanas arañándole con voracidad la carne, rasgando su ropa, maltratándola de mil formas. Cientos o miles de voces disonantes giraban a su alrededor, susurraban palabras indescifrables y se reían de sus tormentos con carcajadas crueles. Sufrió durante mucho tiempo la tortura de no poder ver, de no saber qué entidades monstruosas la rodeaban en una ráfaga de aire sofocante que parecía surgir del mismísimo infierno.

De pronto todo cesó. Clarice se atrevió a abrir los ojos. Eran altas horas de la noche, pero el cielo estaba iluminado por una inquietante luna de color rojo que parecía supurar sangre. No había rastro de Bellezze ni de las otras entidades desconocidas cuya voz había escuchado con claridad.

La oscuridad estaba en silencio, las ráfagas de viento se habían apaciguado. Se miró a sí misma: estaba despeinada, con la ropa hecha jirones y una herida profunda le sangraba en el brazo derecho. Había perdido un zapato y un dolor insoportable en la mejilla izquierda le recordaba que los azotes sufridos le habían dejado la cara hinchada. Sentía un dolor de cabeza

agudo; mientras luchaba contra esas furias desconocidas debía de haberse golpeado violentamente contra una piedra.

Una fatiga insoportable se apoderó de ella y cayó como un peso muerto.

¿Qué hora era? ¿Qué día?

—Señora...

Clarice abrió con dificultad los pesados y magullados párpados. Un haz de luz lastimó su mirada cansada.

—¡Dios mío! —susurró.

Se llevó de forma mecánica la mano a la mejilla. ¿Qué tendría que inventarse ante su familia para justificar la evidente hinchazón?

Sin embargo, ya no le dolía.

—¡Señora! —insistía la voz del cochero. El buen hombre se asomaba por la ventanilla movido por una sincera preocupación—. ¿Se encuentra bien?

Aturdida, Clarice asintió con debilidad. Sentía una profunda vergüenza; ¿qué se imaginaría ese criado, viéndola maltrecha, con la ropa desgarrada, golpeada y agotada, después de pasar la noche quién sabía dónde, quién sabía con quién...? Pero se miró los zapatos, maravillada, tenía los dos a pesar de que antes le faltara uno; lo había perdido horas antes durante aquel embate furibundo...

Desconcertada por completo, se levantó la falda: las medias estaban intactas, veía brillar su blanca seda lustrosa. Algo similar pasaba con el dobladillo del vestido y la manga derecha, que antes había visto desgarrados, dejando entrever una herida ensangrentada.

Se tocó el cabello con renovado estupor. Las trenzas estaban perfectamente ordenadas alrededor de la cabeza. Sus dedos encontraron sobre la frente la pequeña serie de perlas rosadas que acompañaban el elegante peinado que llevaba al salir del palacio Orsini la noche anterior.

Los ojos del sirviente expresaban una gran pena por ella.

—¿Está bien, señora?

—Sí, claro —respondió insegura.

—¿Quiere regresar a casa?

—¿Qué hora es?

—Hace poco las campanas de Santa Cecilia anunciaban la primera misa.

—Estoy tan confundida... ¿Cuándo he vuelto?

—¿Volver...? ¿Qué quiere decir?

—Quiero decir al carruaje.

—¡Señora, nunca se ha alejado!

—No puede ser... llovía a cántaros, había una mujer parada frente al atrio...

Sus ojos se dirigieron veloces al punto donde había visto a Bellezze. La escalera de la basílica estaba empapada, y pequeños charcos dejaban ver parches de cielo donde la piedra estaba desgastada por el tiempo. No había nadie.

—Sí, vi a una mujer, una hechicera de la cual se dicen cosas muy malas —murmuró el sirviente—. La miraba fijamente. Debe de haberla hechizado, porque se quedó dormida.

—¿Estaba dormida? —repuso con voz débil—. ¿He dormido todas estas horas y nunca he abandonado el carruaje?

—Tenía un sueño tan pesado como una piedra, señora. A decir verdad, en cierto momento temí por usted.

—¿Qué temió?

—No oía más ruidos, así que bajé a ver si estaba bien. Estaba quieta, con la cabeza echada hacia atrás... Parecía muerta —concluyó con modestia.

Clarice se tocó de nuevo la mejilla que había creído amoratada e hinchada. Era el emblema de la delirante alucinación apenas sufrida.

—He tenido un sueño horrible —respondió con suavidad.

El cochero parecía más tranquilo.

—A veces pasa, señora. Sobre todo cuando uno está cansado.

Con un salto ágil, volvió a acomodarse en el pescante y fustigó a los caballos, confiando en que la gran dama finalmente querría regresar al palacio.

Clarice dejó caer la espalda contra el duro asiento, y su cabeza comenzó a balancearse siguiendo el suave vaivén causado por las ruedas a lo largo del camino de terracería de las calles romanas.

Qué alivio saber que había soñado todo..., a Bellezze, su gemela rechazada por la familia, la horrible piedra de los sacrificios, las voces inhumanas que se arremolinaban y la atormentaban...

Tenía que volver a Florencia con su marido. ¡De inmediato! Platina tenía razón: la maldición que pesaba sobre Lorenzo había sido provocada por el propio Lorenzo por haber cedido sin resistencia a la seducción diabólica del poder, por violentar la ley y corromper y cometer actos ilícitos para mantener la primacía en la ciudad. Tenía que arrepentirse, rectificar el rumbo, tranquilizar al papa y conseguirse nuevos aliados. De ser necesario, debía ceder terreno y perder posiciones estratégicas en la Signoria, debía financiar

con su propio bolsillo muchas obras en beneficio de la colectividad, todo para volver a ser amado y querido por la gente, de quienes procedía el verdadero poder de los Médici.

Estaba decidida a insistirle al tío Latino: el cardenal debía solicitar lo antes posible una audiencia privada con el papa Sixto para garantizarle la sumisión de Lorenzo, para asegurarle que nunca más volvería a ser irrespetuoso y hostil hacia la Santa Sede...

Mientras la carroza se balanceaba despacio en el camino de regreso, una imagen continuaba obsesionándola: la cuerda del ahorcado que había visto en ese ambiguo escenario suspendido entre el sueño y la realidad. En ese objeto se escondía un mensaje de advertencia, y un significado oculto en el gesto de Bellezze, que la cortó y se la ofreció. Tenía que entenderlo y atesorarlo.

Pero ¿cuál era el significado de esa visión?

Cuando llegó al patio del palacio Orsini, encontró a Giuliano esperándola.

—¡Giuliano! ¿Qué haces en Roma?

—No perdamos el tiempo —atajó con brusquedad—. Tenemos que volver a Florencia.

—Pero yo... —se detuvo abruptamente.

Recordó que la noche anterior había dejado el palacio Orsini con dirección al banquete al que Malatesta la había invitado en Ostia. Nunca había llegado a su destino. Ni siquiera había cruzado las puertas de Roma. La carta de Platina la había trastornado, y más aún el encuentro con Bellezze, del que le quedaba un recuerdo tan confuso que no podía decir si en realidad había sucedido o si había sido solo una pesadilla.

—Roberto Malatesta —tartamudeó—. Tengo que escribirle para disculparme.

—¡Ni lo pienses, Clarice! Nos vamos de inmediato.

—¡Espera! Tengo que hablar con mi tío para que abogue por Lorenzo. El arcipreste de Letrán es un hombre de peso en la corte papal, y sé que hay oscuras maniobras contra los Médici...

Se detuvo abruptamente. La mirada de Giuliano hizo que se le helara la sangre.

—No nos ayudará —sentenció—. Estamos solos y tenemos poco tiempo. Te espero fuera de la puerta Flaminia en media hora. ¡Sal de Roma lo antes posible, Clarice, si es que amas a Lorenzo y quieres salvar a la familia!

VII

Doña Battistina Appiani se dirigía presurosa hacia la catedral, seguida por la confiable Foschina. Parecía casi encorvada por el peso de una duda que la oprimía. Desde hacía tiempo no lograba conciliar el sueño por las noches. El buen párroco con quien había hecho los arreglos estaba dispuesto a celebrar el matrimonio en secreto, incluso si el rito vinculaba a dos familias eminentes y poderosas. Pero ¿qué pensaría la gente? ¿Sería en realidad posible que en Florencia dos familias como los Médici y los Appiani se emparentaran sin que nadie lo supiera?

—Me pregunto por qué Giuliano no regresa —murmuró entre dientes—. Ha estado fuera de Florencia semanas enteras.

—Quizá esté ocupado en algún asunto serio, señora —comentó la criada—. Ya sabe cuántas intrigas trama siempre su hermano Lorenzo.

—Esta ausencia prolongada me preocupa, Foschina. ¿Qué pasaría si cambiara de parecer? Si ya no quisiera casarse con mi hija, ahora que todo está comprometido...

—Pero ¡señora! ¿De verdad cree que los Médici podrían echar este matrimonio por la borda, después de haber violado todas las leyes de Florencia para poder celebrarlo?

A la dama le pareció que había en la voz de la criada un tono tosco, áspero, mal intencionado. ¿Estaba feliz de que Semiramide se casara con Giuliano o todo lo contrario? No le dio tiempo de preguntárselo, porque una voz masculina la llamó.

—¡Señora! Señora Appiani...

—¿Se refiere a mí?

La dama se dio la vuelta. Su bello rostro, todavía juvenil, se tiñó con los colores del estupor más genuino, seguido de inmediato de una profunda vergüenza.

—Perdóneme si la intercepto así en la calle, señora. Pero va demasiado rápido, y este viejo decrépito no podría seguirle el paso jamás.

—No faltaba más, don Jacopo. Por favor, apóyese. Así caminará usted mejor.

El viejo jefe de la familia Pazzi, que desde hacía varias semanas ya casi ni salía a las calles de Florencia, aprovechó esa amable oferta y apoyó su mano artrítica sobre la verde manga de seda de ella, sin dejar de admirar su delicadeza.

—Pero ¡qué hermoso vestido! ¿Un regalo de su esposo?

—Naturalmente —respondió ella.

Sin embargo, un cierto rubor en las mejillas parecía traicionar esa mentira. A un banquero tan experimentado como Jacopo de Pazzi no le hacían falta especialistas ni intermediarios para estimar a primera vista la calidad de una mercancía, fuera la que fuera.

Más allá del coste, los damascos de tal calidad no se encontraban más que en las plazas de Constantinopla. Eran materiales producidos en Oriente, destinados sobre todo a los mercados del sultán, donde los eunucos adinerados pagaban una fortuna para embellecer a las odaliscas del Gran Turco, pues se valían de sus encantos para llegar al poder. Ese vestido era sin duda un regalo que había hecho Lorenzo de Médici a Jacopo Appiani para cerrar el trato y festejar su inminente parentesco gracias a la boda que se celebraría entre la joven Semiramide y Giuliano. Una mirada al rostro de Foschina, quien de inmediato bajó la vista al suelo, fue la confirmación de sus sospechas.

—¿Le molestaría si caminamos un trecho a solas, señora? Después de todo, no hay forma de poner en riesgo su buen nombre. Un vejestorio como yo no podría acosar ni siquiera a un gato.

—Pero ¡qué dice, señor Pazzi! Usted es un hombre honorable. Nadie se atrevería a hablar mal de usted.

—Ni de usted, una mujer próspera que goza de gran estima. Además, tiene un corazón que vale oro y sería incapaz de cometer malas acciones. De hecho, la buscaba para darle las gracias. Pude ver esa espléndida pintura que donó a la capilla de mis antepasados como si fuéramos de la misma familia. Deberíamos haberlo sido, de hecho —concluyó con tono de resentimiento.

La mujer se ahogaba de la vergüenza.

—Don Jacopo, se lo juro..., no es mi culpa lo que pasó, ni tampoco de mi esposo. En realidad, Lorenzo de Médici se nos presentó ofreciéndonos el parentesco como si fuera una orden. No tuvimos alternativa... Nos dimos cuenta de que no sería prudente rechazarlo. Disculpenos.

—Pues claro que los disculpo, señora. Sé bien cómo piensan los Médici. Se creen los señores de Florencia y los dueños del mundo... A ustedes no les

guardo rencor alguno. De hecho, por el aprecio que les tengo, me preocupo por ustedes.

Un escalofrío helado recorrió la espalda de la mujer.

—¿Se preocupa por nosotros? ¿Por qué?

—En especial temo por la salud de su hermosa hija. A Semiramide se la ve desgastada desde hace algún tiempo. Desde la ventana de mi edificio, la veo pasar todos los días camino a misa. Está pálida, muy delgada; ¿acaso no se encuentra bien?

Doña Battistina Appiani tragó saliva mientras se armaba de valor. Lanzó una mirada incendiaria a Foschina: si cualquier cosa en ella delataba la verdad, la haría pagarlo caro. Ahora tenía que jugar muy bien sus cartas, la menor vacilación podía causar un desastre. Entonces sonrió con amabilidad tratando de parecer natural.

—Le confieso que yo también estoy preocupada por usted, don Jacopo. Se lo ve falto de apetito y sé que no duerme bien de noche. Creo que todo este asunto lo ha afectado mucho. Si bien usted no tiene culpa alguna, tiene a toda la ciudad hablando a sus espaldas.

—Ella no tiene la culpa —repitió el anciano con siniestra ambigüedad—. O tal vez sí. Sé que padece una «molestia» específica, y ciertas «enfermedades» son en particular dañinas porque todos saben lo que se hace para contraerlas. ¿No es así? Eso destruye para siempre la reputación de una mujer.

La matrona desvió la mirada llena de vergüenza. Foschina se había quedado dos pasos atrás, silenciosa y con los ojos clavados en el suelo.

—Por fortuna, hay una cura —declaró Jacopo drásticamente—. Sé que tiene una hermosa casa a las afueras de la ciudad. ¿Por qué no la lleva ahí? El campo es la panacea para todo mal de las mujeres jóvenes y debilitadas. El aire de la ciudad, por el contrario, suele ser dañino. El de Florencia en concreto.

Mientras Jacopo de Pazzi hablaba, la dama temblaba hasta la última fibra y pedía al cielo que no se le notara demasiado. Habían llegado a una zona de la ciudad donde solo vivían las familias devotas a ese patriarca. En medio se encontraba el antiguo y suntuoso palacio, adornado con el escudo de armas con los dos delfines; los florentinos lo llamaban «el Bastión de los Pazzi».

—¿Ha quedado claro, señora? ¡Cuide de su hija! Semiramide es una mujer hermosísima, cualquier hombre de Florencia cometería locuras con tal de tenerla. Esto, por supuesto, una vez que se haya curado de su

«enfermedad». ¿Quién podría aceptar una esposa con ese tipo de padecimiento?

—Don Jacopo, yo solo...

—Hablaemos de esto después con más calma, doña Battistina. Por ahora solo tiene que cuidarla. Siga la Via dei Servi hasta el final. Allí encontrará la casa de un talentoso médico llamado Basilio Stròbilos. Es griego, pero es el mejor de Florencia. Tengo una cuenta abierta con él, dígale que la mando yo. Él le dará una excelente medicina.

—¿Una medicina...?

—¡Por supuesto! Se la dará a su hija y ella volverá a estar como nueva. ¿Me entiende?

—Entiendo —repuso la dama con la mirada baja, derrotada.

El anciano se despidió, luego apartó su brazo del de ella y se sostuvo en el de su mayordomo, que había salido a la calle para recibirlo y auxiliarlo.

Doña Battistina permaneció petrificada mirando la figura austera y algo claudicante del viejo patriarca, que se alejó y luego desapareció a través de las puertas del gran portal de bronce. Solo entonces se dio cuenta de que estaba temblando de frío.

Diligente con su patrón, el mayordomo ayudaba a Jacopo de Pazzi a subir la escalera hasta la planta principal.

—Ha hecho una gran conquista hoy, mi señor —bromeó riendo.

—Una mujer espléndida, la señora Appiani —respondió en el mismo tono.

«Y también bastante insegura», pensó.

La carga explosiva estaba lista y la mecha colocada. Ahora solo hacía falta esperar la pequeña chispa fatal que activara la detonación.

VIII

—¡Giuliano!

Distraído, él se volvió. Entre la multitud de cabezas florentinas que abarrotaban la Piazza del Duomo vio una cabellera oscura y rebelde y dos ojos negros enmarcados por párpados lívidos en una cara demacrada y abatida.

¿Era ella? Sí, Fioretta... ¡Cuánto tiempo sin verla! Desde hacía meses. Recordó que el mismo día que regresó de Roma un criado le había traído un mensaje. Preocupado por tener que poner sobre aviso a Lorenzo, aunque sus esfuerzos habían sido en vano, olvidó ir a la cita que Fioretta le había solicitado. ¡Paciencia! Tenía asuntos más urgentes que atender, pero ¿qué demonios podría querer de él?

No había futuro entre ellos dos. La diferencia de clase era demasiado grande y, aunque ella hubiera sido hija de algún conde, o incluso de un príncipe, ahora estaba Semiramide. Solo ella representaba el amor, el calor, la llama de la pasión insaciable que enciende e ilumina el curso de toda una vida. Eso ahuyenta la muerte.

—¡Giuliano! —repitió esa voz desesperanzada, cada vez más débil ahora que él había acelerado el paso para escapar de ella—. ¡Cuidado!

Giuliano se detuvo en seco. Caminando con la cabeza vuelta hacia atrás y con los ojos puestos en el rostro de esa mujer que ya no le provocaba emoción alguna, fue a estrellarse contra un hombre que se dirigía a misa.

—Disculpe, señor —se excusó.

Era Bandini, el secretario de Franceschino de Pazzi, contra quien había chocado. Cischio estaba con él, un poco más lejos.

—Su sombrero. —Franceschino lo levantó del suelo. Giuliano tomó el sombrero y trató de fingir una sonrisa de decorosa gratitud—. He oído que se va a casar. —Franceschino hablaba con un ligero temblor en los labios.

Lleno de vergüenza, Giuliano se irguió. Tenía que conservar su dignidad.

—Lamento lo de la herencia Borromei —agregó con franqueza—. No tengo nada que ver en las decisiones de mi hermano. ¡Créame!

—Yo le creo, Giuliano. Su única culpa ha sido haber visto en Semiramide a la mujer que antes amaba y perdió. Y ella lo ha elegido a usted. Lo acepto.

—Entonces ¿no me guarda rencor?

—Se lo tendré por siempre, para serle sincero. A menos que pueda compensarme.

—¡No tengo suficiente dinero para devolverle los bienes sustraídos!

—No quiero dinero, sino una esposa. A cambio de la que me quitó.

—¡Quiere una esposa de mí!

—Su sobrina Lucrezia. La hija de Lorenzo.

Pasmado, Giuliano lo miró intentando entender si por casualidad quería burlarse de él.

—¡Mi sobrina solo tiene ocho años!

—En cuatro años serán doce, es decir, la edad mínima permitida por el derecho canónico para que las mujeres contraigan matrimonio. Puedo esperar, Giuliano, de hecho, quiero esperar, para concretar esa relación.

—No lo sé... ¿Cómo podría yo hacer un trato con usted? Solo mi hermano puede decidir por su hija.

Franceschino extendió la mano.

—Entonces convénzalo. Jure que estará de mi lado y hará todo lo posible para ayudarme. ¡Ahora, démonos la mano con cortesía!

Dicho esto, le estrechó la mano con entusiasmo y lo abrazó, haciendo contacto con buena parte de su pecho desprovisto de protección.

—¿Estamos de acuerdo, Giuliano? ¿Hablará con Lorenzo sobre mi propuesta?

—¡De acuerdo!

Y entraron en la iglesia uno al lado del otro.

—¿Todo bien, señor Médici?

A Lorenzo casi lo tomó por sorpresa la voz aprensiva de Francesco Nori, su secretario personal, que se había acercado para susurrarle esa atenta pregunta. La catedral estaba repleta de gente, pero no veía a Jacopo de Pazzi. ¿Dónde se habría metido? Llevaba semanas sin aparecer en público, pero parecía imposible que quisiera perderse esa ceremonia de carácter tan solemne y extraordinario.

—Sí, Nori. Todo bien.

—¿Está seguro? No deja de tocarse el cuello de la camisa, como si tuviera miedo de asfixiarse.

—No es nada, amigo mío. Solo una molesta picazón.

—¿Lleva demasiado apretado el cuello para su talla? Si quiere, cambiamos de sastre.

—No te preocupes, Nori. No tiene nada que ver con el sastre, es culpa de mi esposa.

Esa breve explicación hizo a Nori sacar las conclusiones más verosímiles.

—Entiendo, mi señor. He notado que está muy tenso desde que doña Clarice regresó de Roma. No creo que ella haya ido simplemente a visitar a sus familiares. ¿O me equivoco?

—No estás equivocado, Nori. Mi esposa trató de valerse de todos los conocidos que los Orsini tienen en la curia, pero la situación no pinta nada bien para nosotros, los Médici, en ese lugar.

—¿Logró averiguar algo? Si puede saberse, por supuesto.

—En realidad, me pareció muy reticente. Algo serio debe de haber sucedido mientras estuvo en Roma, pero ella insiste en negarlo. Imagínate, hace diez días Giuliano también estaba allí, según me cuenta monseñor Becchi.

—¿Giuliano? O sea, ¿que fue a Roma sin avisarlo?

—Ni siquiera avisó a nuestra madre. Solo Gentile Becchi estaba al tanto. Parece que fue él quien lo llamó, pero con la consigna de que el viaje debía ser secreto.

—¿Para qué lo mandó llamar?

—El rey Ferrante envió desde Nápoles a su secretario personal, don Antonello Petrucci, quien también viajaba de incógnito, y se reunió con Giuliano en un mercado local. Hablaron brevemente, apenas unos minutos.

—Y ¿qué pasó?

—El rey Ferrante me manda decir que estoy en grave peligro. La ley patrimonial ha causado un gran alboroto y teme por mi vida. Como si no lo supiera. ¡Como si ignorara que tengo enemigos ocultos en cada esquina!

—Sin embargo, también tiene amigos poderosos, como Roberto Malatesta. ¿No está él también en Roma en esta época?

—Al menos eso creo, Nori. Pero no he sabido nada de él desde hace varias semanas.

—¿Su esposa lo vio allí?

—Clarice dice que no. Ni una sola vez.

—¿Qué hay de Giuliano?

—Tampoco él. Es un poco extraño, ¿no?

—Absolutamente, señor Médici. Roma no es tan grande después de todo. Y si es verdad que don Roberto está tratando de anular su matrimonio estéril con la hija de los Montefeltro, tendría que haber recorrido con frecuencia los pasillos del Vaticano en busca de apoyo de tantos monseñores como fuera posible. Latino Orsini, el tío de su esposa, habría sido un verdadero as bajo la manga para sus propósitos. ¿Es posible que no haya pensado en eso?

—Tal vez sucedió algo y por eso ni mi esposa ni mi hermano me quieren hablar sobre Roberto... ¡Maldita sea esta endemoniada comezón!

—Realmente tiene que cambiar de sastre, señor Lorenzo. De tanto rascarse, ya se ha dejado el cuello rojo.

—Deja al sastre en paz, Nori. Te he dicho que no es nada. Mejor intenta localizar a Jacopo de Pazzi.

—No está, señor Médici. Estoy seguro de que no ha venido a misa.

—¿Por qué? ¿Quiere perderse una solemne ceremonia oficiada nada menos que por un cardenal?

—Bueno... ¡Vaya cardenal ese de allí! ¿En verdad habrá recibido todas las órdenes sagradas? ¡Apenas tiene dieciocho años!

—La edad no importa, Nori. Raffaele Riario es el sobrino del papa y Sixto IV rompió los códigos del derecho canónico con el fin de hacerlo ascender en el Sacro Colegio. Hoy lo envía a Florencia para demostrar su buena voluntad hacia nosotros. Es una señal de tregua, una mano extendida en signo de paz. ¡Y solo Dios sabe cuánto la necesitamos ahora mismo!

—Aun así, Jacopo no ha venido a misa, señor Lorenzo. ¿Será una forma de protestar contra usted? Veo a sus familiares reunidos allí, cerca de la puerta de la Mandorla. Están todos, excepto al que llaman Cischio.

—¿También él ha abandonado la ceremonia?

—No, señor Lorenzo. Él sí ha acudido, pero se ha movido al otro lado. Lo veo, allí, junto al altar, justo detrás de su hermano Giuliano.

Lorenzo se dio la vuelta asombrado.

—Cerca de mi hermano... ¿Cómo es posible?

Sin embargo, de inmediato tuvo que inclinar la cabeza y arrodillarse. El cardenal había dado la espalda a los fieles y frente al altar comenzaba el rito de la consagración.

IX

—Date prisa, Foschina. ¡Quiero llegar a la misa!

—No debería ir —objetó la sirvienta con firmeza—. Su madre dice que aún no se ha recuperado. A los enfermos se les dispensa de las funciones litúrgicas, incluso las obligatorias.

—Pero ¡no tengo nada, Foschina! Estoy bien, de no ser por estas malditas náuseas...

Semiramide se llevó la mano al vientre; un delgado cinturón de cuero adornado con series de corales le ajustaba el vestido. Solícita, la criada la ayudó a sentarse.

—Descanse y quédese tranquila. Verá que pronto la infusión de canela que ha tomado le hará efecto. Todos dicen que es una maravilla contra los dolores de estómago.

La joven torció su hermosa boca en una mueca dolorosa.

—Puede ser, pero no me siento aliviada en absoluto. Salir de la casa me servirá para distraerme. Pásame la capa, Foschina. ¡Quiero ir a la iglesia!

La criada sabía que había muy poco que hacer contra la obstinación de su ama. Por lo tanto, abrió el arcón y sacó una suave capa de terciopelo forrada de seda escarlata, perfecta para crear un contraste fascinante con los intensos ojos verdes y el cabello dorado de la joven. Semiramide se miró en el espejo.

—Es usted hermosa y lo sabe —la calmó Foschina—, aunque tal vez está un poco pálida.

Semiramide se pellizcó las mejillas para darle un poco de color a su piel.

—Así está mejor. Pero aún quedan esas molestas ojeras oscuras.

En ese momento, doña Battistina Appiani entró en la habitación de su hija. Al ver a la joven bien peinada y arreglada con la capa, entendió que estaba a punto de salir.

—¿Adónde crees que vas? —preguntó abruptamente.

—A misa, madre. Toda la ciudad está allí.

—No estás bien, hija mía. No es prudente.

—Me he tomado la infusión que tan atentamente me ha dado, querida madre. Ahora me siento mucho mejor, puedo ir.

—En realidad, quieres ver a Giuliano, ¿verdad?

La joven vaciló, como sorprendida en un delito flagrante.

—Y ¿qué tiene de malo, madre? Estamos comprometidos después de todo. Aún no he podido verlo desde que regresó a Florencia. Me confinó en el campo como si tuviera la peste. Ahora que estamos de vuelta en la ciudad, quiero verlo.

Doña Battistina cruzó con la criada una mirada que a Semiramide le pareció aprensiva.

—Su hija está preocupada de verse demacrada debido a las ojeras —explicó Foschina—. Quizá podría disimularlas con un poco de harina. ¿Usted qué dice, señora?

Battistina estaba distraída, absorta en quién sabía qué pensamientos. La pregunta pareció tomarla desprevenida.

—¿Qué? Harina, claro. Me parece una buena idea.

—Entonces ¿tengo su permiso para salir, madre?

—Sí, hija, puedes ir a misa también. Un poco de aire puede hacerte bien, pero primero haz lo que dice Foschina. Baja a la despensa, abre el saco de harina e intenta blanquear esas feas ojeras, o los Médici pensarán que les estamos dando una muchacha enfermiza...

Semiramide se abalanzó sobre su madre y le plantó un cálido beso en la mejilla. Luego se dirigió al pasillo y bajó la escalera hasta la planta baja, donde estaban los cuartos de servicio. Entró en la despensa, encontró el saco, desató los cordones con las uñas, puso de lado el tamiz y clavó los dedos en el polvo blanco y fragante de trigo maduro. Un retoque ligero y estaba segura de que ya habría adquirido una apariencia incomparablemente mejor.

Un rápido rechinido a sus espaldas la sorprendió. Se volvió de inmediato, la puerta estaba cerrada.

—¡Foschina! —gritó, pero nadie respondió—. ¡Foschina! ¿Adónde has ido?

Una corriente de aire debió de haber cerrado la puerta de golpe, y el cerrojo oxidado y defectuoso se había atascado sin darse cuenta. Con ayuda de la tenue luz que se filtraba por el tragaluz, Semiramide buscó algo que pudiera ayudarla a salir. ¡Nada! La despensa de esa opulenta casa rebosaba de granos, sacos de garbanzos y habas secas, tinajas repletas de aceite, frascos de conservas y varios tipos de embutidos que colgaban de una viga del techo para mantenerlos alejados de los ratones, pero no había herramientas que pudieran usarse para escapar. No le quedaba más que permanecer junto a la

puerta, golpearla con los puños y chillar con todas sus fuerzas, hasta que la malvada de su criada decidiera abrirle. Eso fue lo que hizo.

—Foschina, ¿dónde estás? ¡Por Dios! ¡Deja de hacer lo que estés haciendo y ven aquí!

La lluvia de golpes en la puerta y la letanía de peticiones de ayuda desesperadas continuaron muchos minutos, primero en tono de amenaza y luego de ruego, pero nada de ello sirvió. Entonces la joven comenzó a experimentar un dolor abdominal intenso.

—¡Ayuda! —gritó—. ¡Ayúdenme! Me encuentro mal...

Se tuvo que recostar sobre el suelo de ladrillos encogida en posición fetal para soportar el dolor, tan agudo. Solo entonces percibió el sonido de unos pasos lentos que se acercaban a esa puerta irremediablemente cerrada.

—Mantenga la calma —dijo la voz de Foschina—. No se altere o sufrirá más de lo necesario.

—Llama a un médico, Foschina. Me estoy muriendo.

—No, querida patrona. Ya se le pasará.

Semiramide no prestó atención a esas palabras rotas y huecas. Los dolores de vientre se habían vuelto constantes, espasmos tan insoportables que le entrecortaban la respiración.

—¿Qué me está pasando? ¡Santa Virgen, ayúdame!

Sintió un chorro caliente que se le escurría entre los muslos. Se levantó la ropa y se horrorizó: era sangre. Abundante sangre fluía incesante de su vientre perforado.

—¡Dios mío! —Se echó a llorar—. Mi bebé...

Al otro lado de la puerta, la voz de Foschina adquirió un tono más humano.

—¡Era necesario, señora!

—¿Qué me habéis dado? ¡Responde!

—Doña Battistina lo hizo por usted, ¡era por su bien! ¿Quién la hubiera aceptado con un hijo bastardo de los Médici en el vientre? Francesco de Pazzi cree que aún es virgen y está listo para casarse con usted de inmediato. En cambio, para ellos ya no hay escapatoria.

—¡Maldita sea, Foschina! ¿Qué estás diciendo?

—Era necesario, patrona. Por el bien de Florencia. Por el mal que causaron los Médici en Volterra, mi ciudad desolada. Y por su propio bien.

Atravesada por la cruel espada de unas contracciones insoportables, Semiramide entornó los ojos con la respiración entrecortada.

—¡Me habéis dado un veneno para hacerme abortar! —chilló entre lágrimas—. ¡Malditas! ¡Lo pagaréis caro! ¡Lorenzo no tendrá piedad con vosotras!

—Ya no hay nada que los Médici puedan hacer, mi ama. ¡Florenzia se ha librado de su tiranía!

Dicho esto, la criada se alejó a paso veloz. Había una suerte de cruel fiereza en el resonar de esos pies.

Semiramide reunió fuerzas para levantarse del suelo y aferrarse a la cerradura con todo lo que le quedaba de energía. Rasguñó, se rompió las uñas y se lastimó los dedos en otro vano intento desesperado.

—¡Dejadme salir! —repetía con un grito histérico—. ¡Giuliano! ¡Giuliano...!

Al pie del altar, el oficiante hace la señal de la cruz. Luego junta las manos en un signo visible de unión no solo entre mente, cuerpo y alma, sino también con los fieles presentes. Mantiene los pulgares cruzados porque la comunidad de creyentes representa el cuerpo místico de Cristo y vive bajo la cruz. El pulgar derecho se sobrepone al izquierdo, ya que la mano derecha es la que bendice y la izquierda la que maldice. El derecho es el lado de los elegidos y el izquierdo el de los condenados, porque Cristo triunfante está sentado a la diestra del Señor, que todo lo puede y domina todas las cosas y a todos los seres.

Qui pridie quam pateretur, accepit panem in sanctas ac venerabiles manus suas et elevatis oculis in coelum...

Nervioso, Lorenzo no podía atender a la parte crucial del rito sagrado. La imagen de Francesco de Pazzi junto a Giuliano y la idea de que Jacopo se hubiera ausentado de la misa lo atormentaban. Y esa maldita comezón en el cuello...

Benedixit, fregit, deditque discipulis suis, dicens...

¿Por qué no estaba Jacopo allí? ¿Cómo podría evitar que el cardenal Riario se tomara su ausencia como una afrenta personal? ¿O acaso estaría enfermo? Alguna enfermedad repentina, quizá. Era anciano, después de todo, y de salud delicada...

Accipite, et manducate ex hoc omnes...

¿Y si Jacopo estuviera perfectamente bien? Si su ausencia fuera voluntaria, deliberada, incluso planeada junto con el mismo cardenal Riario...

Era una conjetura escalofriante. Eso significaría que se habían puesto de acuerdo, que tal vez había algún pacto entre ellos, entre los Pazzi y el papa...

Cischio se había quedado al lado de Giuliano. ¿Cómo era posible? Cischio no podía ni verlo, seguro que lo odiaba. Lo odiaba a muerte...

Hoc est enim corpus meum...

El cardenal consagró la hostia: esa fue la señal.

Lorenzo, que no había podido quitarle los ojos de encima al joven Pazzi, lo vio hacerle una seña a Bandini; ambos esquivaron a los que tenían al lado, desenvainaron las dagas, se abalanzaron sobre Giuliano y lo hirieron numerosas veces hasta que se desplomó.

Todo alrededor era un caos.

Había gritos, gemidos, estrépito de candelabros derribados en el suelo; la gente huía enloquecida y pisoteaba a todo aquel que obstaculizara su camino en aquella carrera despavorida.

—¡Giuliano!

Lorenzo se precipitó hacia el lado opuesto de la nave, pasó por encima de un pobre anciano que estaba a gatas en el suelo. Cuatro manos le sujetaron los brazos; él se resistió y se zafó, pero el brillo de una cuchilla lo alcanzó, provocándole un intenso dolor en el cuello.

—¡Lorenzo!

Se llevó la mano a la garganta y la vio cubierta de sangre.

—¡Venga, señor Médici!

Aturdido, Lorenzo pensaba en el infortunio de su hermano, atacado a solo unos pasos de él.

—¡Déjenme! Giuliano...

La mancha de sangre se extendía abundante, empapando la camisa y tiñendo de rojo la tela de la túnica. Se sintió debilitado y casi se desvaneció.

—Déjenme.

Seis hombres lo tenían bien agarrado y lo arrastraban hacia la sacristía mientras él pataleaba y gritaba, tratando de liberarse de esa sujeción tan determinada e irrefrenable.

—Aquí dentro. ¡Pronto!

Lanzaron a Lorenzo al interior de la sacristía, mientras Francesco Nori luchaba contra los atacantes para mantenerlos a raya. Poliziano logró atrancar la pesada puerta de roble.

—Tranquilo, Lorenzo —indicó con una sonrisa—. Estás a salvo.

Mientras tanto, al otro lado de la puerta, la amplia iglesia se encontraba ahora desierta. Un fatídico silencio se apoderó de las antiguas bóvedas.

Boca arriba en el suelo, bañado en el charco oscuro de su propia sangre, Giuliano sintió que su final había llegado. La vida se le escapaba. Encontró aún la fuerza para mover la cabeza y mirar por última vez el lienzo de la *Adoración de los Magos*, de Botticelli. Encontró a la Virgen y sintió un gran alivio.

—Amor mío...

La última imagen que vio fue el bello rostro de Simonetta Vespucci, que lo miraba melancólica.

Epílogo

—Ahora sí que estás enterado de todo, Lorenzo.

La voz del fraile había adquirido la solemnidad de un oráculo. Lo tenía de pie y de frente mientras que él permanecía sobre una piedra abatido, lamiendo las heridas de su alma. La voluminosa figura del fraile destacaba contra la luz menguante del atardecer, como un ángel de las tinieblas llegado a la Tierra para consumir su venganza.

—Reverendo, si me salvé aquel día, se lo debo a una escena que me montó mi esposa. Clarice quería a toda costa que me pusiera una cosa absurda alrededor del cuello. Era un amuleto curativo, según ella. A mí me parecía más bien el dogal de un ahorcado. No entendía la razón de tanta insistencia, hasta ahora que usted me ha contado que era por un conjuro, magia...

—La cuchilla que te habría cortado la garganta se atascó en la soga de ese dogal, Lorenzo. Solo te hirió de refilón, por fortuna.

—Muchas de las cosas que me ha contado son difíciles de creer. ¿De verdad el hombre de la armadura que se presentó ante los conspiradores era mi padrino?

—Sin duda, Federico da Montefeltro se les unió. Lo sé y Dios es testigo. Federico buscaba la complicidad de su yerno, Roberto Malatesta, por eso le había prometido darle su consentimiento para la disolución del matrimonio con su hija Elisabetta, para que Roberto volviera a ser libre. A cambio, él tuvo que guardar silencio contigo sobre las maquinaciones de su suegro.

—Se habían puesto de acuerdo sobre mi esposa...

—Se habían puesto de acuerdo sobre tu muerte, Lorenzo. Federico te tiene por un traidor, te considera un hijo ingrato que se revuelve para arruinar al padre, como hizo Bruto con Julio César. Entonces, cuando Roberto se encontró con Clarice después de muchos años y se sintió cautivado por ella, Federico supo aprovechar esta debilidad de Malatesta en su propio beneficio. Roberto fue tu amigo sincero, pero el amor se convierte a veces en una trampa sin escapatoria. También le sucedió a tu hermano.

—No debería haber consentido su boda con Semiramide Appiani —gruñó Lorenzo enojado consigo mismo—. Todo el mal tuvo su origen ahí. Quizá Giuliano no la amaba realmente. Tal vez fue solo un espejismo.

—No sirve de nada desenterrar el pasado. Ahora tendrás que valerte por ti mismo, poner a tu familia a salvo. Clarice no estará segura si se queda a tu lado. Debe marcharse de Florencia con los niños, pues existe el riesgo de que tus enemigos la conviertan en un blanco fácil para hacerte daño.

Esa predicción paralizó los ya agotados sentidos de Lorenzo.

—Mis enemigos: Girolamo Riario, Salviati, el papa..., los tenía bien ubicados, pero nunca imaginé que Federico da Montefeltro me odiara. ¡Es mi padrino de bautismo!

—Algunos hombres son tan astutos y sutiles que pueden lograr enmascarar incluso el rencor más feroz con un aparente afecto. Federico es de esos.

—Pero ¿por qué, reverendo? ¿Por qué me odia? ¿Qué le he hecho yo?

—El ojo que perdió, ¿recuerdas? Él te culpa por ello.

Atónito, Lorenzo levantó su rostro, que había hundido entre las manos, presa de la desolación.

—¡Ese accidente ocurrió durante un torneo!

—Sí, pero fue un caballero florentino quien lo hirió. Uno de los caballeros que tú enviaste. Portaba los colores de los Médici. Montefeltro quedó convencido de que se trataba en realidad de un sicario enviado por ti para asesinarlo.

Al enojo y a la consternación que sentía Lorenzo se había agregado una insoportable desesperación.

—Los colores de los Médici... —suspiró—. ¡Y eso fue suficiente para que deseara nuestra muerte!

—También había dinero de por medio, como es obvio, y razones políticas. Girolamo Riario convenció al papa para nombrar duque y gonfaloniero de la Iglesia a Federico. A cambio, Montefeltro debía apoyar la conspiración.

Lorenzo volvió a hundir su cara exhausta entre sus manos.

—¿Y qué se supone que debo hacer ahora? ¿Atacar Urbino, organizar a mi vez una conspiración contra Federico?

—No, Lorenzo. Debes perdonar a Montefeltro, porque necesitas su apoyo. Debes olvidar la pasión que Roberto Malatesta siente por tu esposa. Y debes abandonar la venganza con las que estás manchando de sangre Florencia.

—¡Eso, nunca! Los asesinos de mi hermano caerán uno tras otro. Se lo juré a Giuliano. ¡Lo cumpliré, aunque sea lo último que haga!

Siguieron momentos de un completo e incómodo silencio, como si incluso el viento se hubiera detenido.

—¿Qué pasaría si Dios me diera el poder de darle la vuelta al reloj de arena?

Lorenzo le clavó una mirada irritada.

—¡No diga herejías, padre!

—Hablo en serio. Si yo te devolviera a Giuliano, ¿cesaría tu sed de venganza?

El fraile estaba absolutamente serio, el tono de determinación que reflejaban sus ojos no tenía nada que ver con una broma.

—¿Acaso está usted loco?

—Quiero que me des tu palabra, Lorenzo. Responde la pregunta que te he hecho. Sí o no.

Lorenzo se levantó de la roca y lo miró fijo.

—Solo se burla de mi dolor...

Sin responder, el fraile le dio la espalda y se encaminó hacia la ciudad, haciéndole un gesto para que lo siguiera.

La cálida luz del atardecer se deslizaba despacio sobre el jardín, tenue y de colores maravillosos.

Un soplo de viento fresco propagaba por el aire el aroma agri dulce de los naranjos amargos del huerto de cítricos, orgullosos de sus dorados frutos como una promesa de inmortalidad. Circundado por paredes, bordeado por varasetos de flores trepadoras, equipado con celosías y vallas para que los animales salvajes no pudieran estropear las delicadas hortalizas de los cultivos, el vergel del pintor Scheggia di Giovanni tenía la gracia que corresponde a un palacio principesco, aunque de más modestas dimensiones. Por eso aparecía tantas veces en las pinturas de su hermano Masaccio.

Lorenzo se adentró cauteloso en el pequeño viñado, tan exuberante en los albores del verano. Sintió el aroma de las rosas plantadas al inicio de cada hilera, que hacían gala triunfal de cientos de corolas púrpuras. Escudriñaba con ojos inquietos los cambios de luz que iban del índigo al ocre, señal de que el día moría, lo cual hacía en extremo inoportuna la visita a esa casa.

—¿Por qué estamos aquí?

—Entra, Lorenzo. Te están esperando.

—¿Me están esperando?

El fraile parecía reacio a dar más explicaciones. Sus manos unidas, que desaparecían bajo las amplias mangas del hábito, y la cara oculta en la capucha le indicaron a Lorenzo que tenía que subir la escalera de entrada. Él obedeció.

La casa parecía vacía en la mayor parte de sus habitaciones, toda la familia se había reunido en una sola estancia, una antesala donde el pintor y su reducido séquito de sirvientes esperaban ansiosos ante una puerta cerrada. La llegada de Lorenzo los dejó pasmados, pero, una vez vencido el breve desconcierto, lo recibieron con gran deferencia. Contar con la presencia del Magnífico era un gran honor para los moradores de esa casa.

—Tome asiento, señor Médici —dijo Scheggia.

—Disculpen. Veo que están reunidos aguardando fuera de esa habitación. Lo siento si mi visita resulta inoportuna.

—Todo lo contrario, señor Médici. Ha llegado en el momento más apropiado.

—¿Están ustedes velando a algún pariente difunto?

—No, gracias a Dios. Esperamos un nacimiento.

En ese momento, el grito desgarrador de una parturienta llenó el espacio hiriendo el aire.

—Han pasado seis horas —indicó Scheggia.

—¿Es su esposa quien está dando a luz?

—No, señor Médici. Mi hija Fioretta.

—¿Se ha casado ya Fioretta? No lo sabía. ¿Quién es su yerno?

El rostro del pintor se tiñó de un dolor desesperanzado ante esa pregunta. Mientras tanto, casi como si el cielo quisiera consolarlo, el llanto inconfundible de un recién nacido se dejó oír desde el interior de la habitación. Scheggia sonrió y cerró los ojos agradeciendo a Dios en su corazón.

—Venga, señor Médici. La respuesta a lo que quiere saber está aquí dentro.

Llamaron con discreción a la puerta y, después de unos minutos, el rostro cansado de una partera acudió a abrirles.

Condujeron a Lorenzo al lado de la gran cama donde la mujer que acababa de dar a luz yacía exhausta por el parto. Cuando él la saludó, Fioretta apenas pudo abrir los ojos y encontró la fuerza para esbozarle una sonrisa que era apenas una sombra.

—Aquí tiene, señor Médici. Cójalo.

Los expertos brazos de Lorenzo, padre ya de varios niños, recibieron el dulce bultito con el recién nacido cuidadosamente envuelto en una sábana. Lo miró y se sobresaltó; un flujo de recuerdos lo abrumó: los frescos del palacio Médici, la insistencia de Giuliano, su preferencia por Scheggia di Giovanni, las muchas misteriosas salidas nocturnas...

—¿Es el hijo de mi hermano?

El pintor no respondió la pregunta, el enorme parecido del niño hablaba por sí mismo.

Lorenzo lo sostuvo contra su pecho como un tesoro de incalculable valía. Entonces le vino un recuerdo. ¡El fraile!

«Si yo te devolviera a Giuliano, ¿cesaría tu sed de venganza?».

Abrazar a ese bebé en su pecho, llevarlo a casa para criarlo y verlo crecer, ¿no era como volver a tener a Giuliano a su lado?

—¡El fraile! —murmuró—. Venía un religioso conmigo. ¿Adónde ha ido?

—No hemos visto a nadie con usted. Ha llegado solo.

Aunque desconcertado, Lorenzo entendió con claridad lo que debía hacer de inmediato.

—Debe de haberse quedado en el jardín. Aquí les dejo al pequeño. Le darán el nombre de Giulio, en memoria de su padre. Se quedará con su madre hasta que sea destetado, luego tendrá un tutor. Lo educaremos como corresponde a su alcurnia. No duden en solicitar cualquier cosa que necesiten tanto para él como para la madre. Que tenga todo lo mejor, ¡es un Médici!

Una vez que dejó al niño con la partera, se dirigió a la puerta y bajó corriendo la escalera.

—¡Padre! —gritó—. ¡Padre! ¿Dónde está?

Entre las ramas del huerto de cítricos, reconoció la figura del religioso envuelto en su hábito claro.

—Lo ha logrado —afirmó—. Me ha devuelto a mi hermano. Venga aquí, ¡quiero abrazarlo!

Sin embargo, el religioso le dio la espalda y, sin decir una palabra, se alejó entre los árboles del jardín.

—¡Espere! ¿Adónde va?

Lo siguió, pero el fraile era más rápido. Por un breve instante lo alcanzó, logró asirlo de una manga y lo detuvo.

El fraile se volvió hacia él y le dedicó una sonrisa melancólica. En esa sonrisa, a Lorenzo le pareció ver a Giuliano. Quedó tan anonadado que lo soltó y, esquivo como los sueños, lo vio desvanecerse en la penumbra de la noche.

Nota histórica

LA MISTERIOSA MUERTE DE GIULIANO

El 26 de abril de 1478, durante un solemne servicio religioso que ofició el joven cardenal Raffaele Riario, sobrino del papa Sixto IV, en el Duomo de Florencia, Giuliano de Médici fue atacado y apuñalado salvajemente; las heridas fueron tantas y tan graves que no hubo forma de salvarlo.

La conspiración contra los Médici, urdida hacía tiempo, fue dirigida de manera formal por Jacopo y Francesco de Pazzi, miembros de una noble y rica familia florentina en conflicto con los Médici por razones políticas y financieras. Sin embargo, la conspiración encontró también fuertes complicidades fuera de la ciudad, en algunos Estados italianos que envidiaban la grandeza de los Médici y el poder florentino. Incluso el papa, instigado por su ambicioso e insidioso sobrino Girolamo Riario, había dado algo parecido a un tácito plácet para el golpe de estado.

Pero el golpe de estado era contra Lorenzo el Magnífico. Lorenzo, el primogénito, educado en persona por Cosimo en su refinadísima escuela de praxis política, era mucho menos cauteloso que su abuelo, menos apto para los negocios y mucho más terco y presuntuoso.

Sin embargo, fue Giuliano quien cayó. Giuliano era el segundogénito, al que su hermano mayor mantenía siempre alejado de los asuntos políticos. Era su sombra confiable, dócil ejecutor de la voluntad del hijo mayor, que en su papel de jefe de la familia se imponía con una actitud casi despótica. Giuliano se lamentaba de esta sujeción en privado con personajes importantes cercanos a los Médici. Una vez le dijo a Sagramoro Filippi da Rimini, embajador del duque Galeazzo Maria Sforza, que el papel secundario al que Lorenzo se obstinaba en relegarlo lo hacía sentir un hombre infeliz.

¿Por qué fue Giuliano el que murió? ¿Qué fue lo que determinó ese increíble y trágico error?

Ciertamente, no se puede atribuir a la impericia de los atacantes, pues Francesco de Pazzi y Bernardo Bandini Baroncelli se abalanzaron de

inmediato sobre Giuliano, ignorando a Lorenzo, que era el verdadero objetivo de la conspiración y que en el lado opuesto de la catedral solo fue herido de refilón por uno de los conspiradores, que parecía menos decidido que los otros dos.

Las razones de la muerte de Giuliano aún están por determinarse. Un dramático e ilustre caso sin resolver que yace en los pliegues del Renacimiento italiano más espléndido.

El funeral tuvo lugar el 30 de abril en la iglesia de San Lorenzo, de la que los Médici ostentaban el patronato y, a pesar de que Giuliano no ocupaba ningún cargo público, fueron solemnísimas exequias de Estado. Todos los jóvenes florentinos participaron en el rito e iban vestidos de luto en su honor.

Angelo Poliziano, el poeta amigo de Lorenzo y su salvador, ya que logró encerrarse con él en la sacristía cerrándoles la puerta en la cara a los conspiradores, describió los dramáticos acontecimientos en un tratado titulado *Coniurationis commentarium* («Comentario de la conspiración»). En la parte final, nos deja un breve retrato de Giuliano, a quien describe como una persona alta, de complexión robusta, con ojos y cabello negros, y tez aceitunada. Debió de ser un joven muy admirado y amado por las mujeres, puesto que poseía todas las cualidades típicas de un brillante noble de su tiempo, y que ahora llamaríamos «atléticas»: cabalgaba con valentía, competía en las justas con maestría y se distinguía tanto en el combate como en las competiciones de lanza. También amaba profundamente la pintura, la música y todas las cosas bellas, incluida la poesía, en particular del tipo amoroso.

En resumen, todas estas virtudes lo hacían muy admirable para el pueblo, así como querido por los miembros de su familia. ¿Fue acaso precisamente esa predilección la que marcó su condena? Puede ser.

Un pasaje del historiador florentino Francesco Guicciardini, que escribió unas décadas después de la conspiración, parece eclipsar esta posibilidad. Según él, Giuliano «era muy querido por la gente», y los florentinos lo habrían reconocido gustosos como su líder en el caso de que su hermano hubiera sido asesinado. Incluso Lorenzo, años después de la muerte de su hermano, llegó a admitir que Giuliano podría haberlo sucedido con dignidad: «Tenía todas las cualidades para sustituirme en mi ausencia». (*Storia d'Italia*, VIII).

Hay quienes incluso insinúan que detrás de la muerte aparentemente inexplicable de Giuliano estaba la mano fraticida de Lorenzo, pero ello, además de carecer de pruebas creíbles, es de verdad exagerado incluso para una novela.

Aunque brillante, Lorenzo era obcecado y egocéntrico, y simplemente subestimó las dotes de su hermano. Solo después de haberlo perdido irreparablemente se dio cuenta de lo útil que era la colaboración de Giuliano, un caballero perfecto desde todos los puntos de vista, en las relaciones diplomáticas con otros personajes poderosos, además de valiosa para el prestigio de los Médici.

Poco después del asesinato de Giuliano, nació su hijo natural, quien fue bautizado al día siguiente con el nombre de Giulio (en 1523 se convertiría en papa con el nombre de Clemente VII).

En 2017 tuve la oportunidad de encontrar en los fondos del Archivo Secreto del Vaticano el documento original con el que, años más tarde, el papa León X, hijo de Lorenzo, pretendía legitimar a su primo Giulio. La madre aparecía con el nombre de Fioretta di Giovanni, hecho que la identifica como hija o sobrina del pintor Giovanni di Ser Giovanni, conocido como Scheggia, hermano del famoso Masaccio.

Fioretta era una mujer de un estatus social mucho más bajo que los Médici, hasta el punto de que la hipótesis de un matrimonio ni siquiera era concebible, además de que ella no fue el gran amor de Giuliano. El libro *Estancias*, escrito por Poliziano en 1475 con motivo del famoso torneo caballeresco en el que Giuliano se cubrió de gloria, inmortalizó sus sentimientos por Simonetta Cattaneo, nacida de una noble familia ligur y esposa del comerciante florentino Marco Vespucci.

Sabemos muy poco acerca de ella, aparte del hecho de que también fue celebrada fuera de Florencia por su extraordinaria belleza: le dieron el sobrenombre de *sans par*, es decir la «inigualable».

En ese tiempo no era un hecho especialmente escandaloso que los hombres de la clase alta, en particular aquellos con cierta notoriedad política, manifestaran sin reticencias su pasión por una mujer hermosa ya casada. Entonces los poderosos podían hacer cualquier cosa, y cortejar en público a una bella dama, lejos de ser motivo de vergüenza, lo era de orgullo.

De hecho, no es casualidad que el duque de Milán, Galeazzo Maria Sforza, llegara a tener cuatro hijos con la encantadora Lucrezia Landriani

(retratada en una famosa pintura de Pollaiolo hoy expuesta en la Gemäldegalerie de Berlín), sin que ello llegase a afectar su amistad con el conde Gian Piero Landriani, su esposo.

Incluso Lorenzo, antes de casarse con la noble romana Clarice Orsini, coqueteaba mucho con Lucrezia Donati, una bella adolescente que se quedaba sola durante largos periodos, pues su marido, de edad avanzada, a menudo estaba ocupado en viajes de negocios. Se hablaba bastante mal de la pareja clandestina, se hacían comentarios sobre los opulentos regalos y las suntuosas fiestas que el vástago de los Médici organizaba para rendir homenaje a su amada. Sin embargo, no hay pruebas reales que indiquen que el amor entre los dos fuera más allá de una esfera platónica. En todo caso, después de la boda de Lorenzo este cortejo terminó, dejando en su lugar un cordial sentimiento de amistad entre Donati y la pareja Lorenzo-Clarice, hasta el punto de que los dos cónyuges fueron los padrinos de bautismo del hijo de ella.

En cuanto a Giuliano, su pasión por la estupenda musa que inspiró las pinturas de Botticelli parece haber excedido todo límite aceptable para este tipo de desenfrenos juveniles. En pocas palabras, no se trataba de un juego social, sino de una especie de obsesión. Cuando Simonetta murió el 26 de abril de 1476, por razones desconocidas, Giuliano cayó en la melancolía más profunda. Con una prepotencia que hoy puede parecernos descarada y poco respetuosa con el dolor ajeno, hizo que el viudo Marco Vespucci le entregara su ropa y su retrato.

Aunque Simonetta haya llegado a ser para Giuliano el amor de su vida, no era su esposa. De hecho, antes de su prematura muerte, se hablaba de encontrarle a Giuliano una esposa adecuada; es decir, una mujer que aportara lazos políticos ventajosos tanto para los Médici como para Florencia.

Atractivo, galante, inteligente y audaz, además de muy rico, Giuliano era el soltero de oro con el que toda joven de familia importante soñaba, y en efecto fueron muchas las potenciales novias que quedaron decepcionadas.

Al principio, el Magnífico pensó en comprometerlo con la hija del riquísimo comerciante Giovanni Borromei, heredera de una fortuna tan grande que luego, cuando todo ese dinero fue heredado por Jacopo de Pazzi, Lorenzo tuvo que forzar ilegalmente los mecanismos de la Signoria para que se votara una ley *ad hoc*, capaz de sustraer el patrimonio Borromei a la familia rival. El plan fracasó porque Giuliano, a pesar de todo su dinero, no quiso saber nada de ese matrimonio. Luego les fue ofrecido a los Médici un

pacto nupcial para casar a Giuliano con una Riario, sobrina de Sixto IV, pero también esto se desvaneció.

Una visita de Giuliano a Mantua puso en boca de todos un compromiso con una joven de la familia Gonzaga. Las brillantes cualidades del joven atraían elogios y desataban pasiones en poco tiempo y por todos lados. Así sucedió cuando viajó a Venecia, donde tomó cuerpo la idea del matrimonio con una de las hijas de Marco Correr, un miembro prominente del patriciado veneciano. El proyecto comenzó en 1474, pero se descartó después porque Lorenzo parecía preferir ver a Giuliano como sacerdote y con posterioridad cardenal del Sacro Colegio.

El proyecto se volvió a discutir en 1477, cuando la idea recobró fuerza debido a la alianza entre Florencia y Venecia. Aunque entonces no se llegó a nada concreto, probablemente no fue por razones de conveniencia política. A ese año, es decir, pocos meses antes de la muerte de Giuliano, se remonta su compromiso con Semiramide Appiani, hermana de Jacopo IV Appiani, señor de Piombino. Por supuesto, había razones políticas de peso: el señorío de Piombino daba al mar Tirreno e incluía la isla de Elba, con sus reservas minerales, pero sobre todo era un territorio muy codiciado por razones estratégicas, dada su ubicación; eso lo hacía motivo de disputa entre el rey de Nápoles, que la usaba como cabeza de puente para expandirse a la Toscana, y los Sforza, que la habrían querido como salida al mar para el ducado milanés.

En ese año, 1477, Lorenzo y Giuliano arrendaron las minas de hierro de la isla de Elba, las únicas en Italia, y puede ser que el matrimonio con Semiramide sirviera para adjudicar a la casa Médici los derechos de explotación a manera de dote.

Sin embargo, los documentos muestran otras maquinaciones ocultas que la sola lógica comercial no logra revelar. Monseñor Gentile Becchi, durante un tiempo tutor de Lorenzo, escribió que la boda de Giuliano tendría lugar «siguiendo el rastro de Simonetta».

Esto quiere decir que, de alguna manera, la quería como un *alter ego* de la difunta amada, porque ambas mujeres eran parientes y probablemente muy parecidas. Eso se deduce del hecho de que las obras maestras más famosas de Botticelli, *El nacimiento de Venus* y *La primavera*, en las que el retrato de Simonetta tiene un papel central, fueron pintadas para Lorenzo di Pierfrancesco de Médici, primo del Magnífico, que se habría casado con Semiramide Appiani después de la conspiración y la muerte de Giuliano.

Puesto que Botticelli comenzó las dos obras en 1477, cuando Giuliano aún estaba vivo y comprometido con la joven, y solo años más tarde llegó a

completarlas, no debe excluirse la posibilidad (si bien continúa siendo solo una hipótesis) de que la bellísima mujer retratada como la Venus no fuera en realidad Simonetta, sino su muy parecida prima.

Estos son los principales datos históricos. Si el lector los encuentra bien narrados, sepa que ello se debe también al apoyo de algunas personas con quienes estoy agradecida: en primer lugar, mi editor, Raffaello Avanzini, y todo el equipo de Newton Compton, incluida la muy paciente Alessandra Penna; mi agente Roberta Oliva, lectora implacable pero justa; el profesor Franco Cardini, una valiosa brújula en el estudio de los Médici; la familia Bernabei, que me honró al confiarme la consultoría histórica para la serie de *Lux Vide I Médici* (segunda y tercera temporada); finalmente a Chiara Graziani, periodista de *Il Mattino*, y a la abogada Simona Teodori, responsable cultural de Neroma, el Festival Nacional de Novela Negra de Roma, por su reconfortante apoyo.

Mi más sincero agradecimiento a los reseñadores de varios blogs que han tenido la bondad de comentar mis novelas: su opinión experta es invaluable para mí y trato de atesorar cada crítica.



BARBARA FRALE (Viterbo, Italia, 24 de febrero de 1970), es una historiadora italiana especializada en la Edad Media y el Renacimiento y desde 2001 trabaja como paleógrafa en los Archivos Secretos del Vaticano.

Además de varios ensayos e investigaciones, es autora de novelas históricas, como *I sotterranei di Notre-Dame* (2018), *In nome dei Medici. Il romanzo di Lorenzo il Magnifico* (2018) y *La conspiración Médici* (2019). Ha colaborado, además, con la adaptación de la historia de los Médici a la serie *Medici. Masters of Florence* (Netflix/RAI).

Notas

[1] En español en el original. <<